

MUJERES AL FILO **DE LA HISTORIA**

Tres siglos en San Luis

JUSTINA A. CONTESTIN

(Año 2001)

A la memoria de mis padres
que supieron forjarme en el
amor a mis raíces.

A mis hijos:
Ana Cecilia y Víctor Bartolomé
continuadores de mi estirpe.

A Mariano Mas y Marta Aleman:
Mi agradecimiento por posibilitar la publicación de esta obra.

CAPITULO PRIMERO

El capitán, absorto, no separa los ojos de la descomunal mole de agua que ha comenzado a agitarse como si mil demonios pugnarán por liberarse de su misterio.

“¿Cómo saber en que momento se descolgará la maldita tormenta que se anuncia en amplios relumbrones desde el poniente?”.

De pronto, la primera ráfaga de viento.

“Se acabó el sosiego”, se dice preocupado.

En respuesta un rayo no tan lejano desgaja el espacio en ríspido estruendo.

El día se hace noche bajo los cúmulos amenazantes. Las voces de mando se confunden con súplicas y maldiciones de la tripulación que se pierden en el aullar del viento.

Desde las profundidades el agua se eleva en muros descomunales. Tres hombres son barridos de cubierta.

El barco se bambolea sin control, aparece y desaparece en la desmesura, crujen los mástiles; la lucha continúa en denodado esfuerzo. “No es la primera vez, espero que no sea la última”.

En el estrecho camarote la niña aterrada, se aferra a los bordes de la litera para no ser despedida. La mente ajena, los labios farfullan oraciones.

La mujer de edad indefinida, en la litera contigua, permanece inmóvil la cara desencajada, los ojos cerrados con fuerza. Un murmullo continuo, monótono, brota de los labios lívidos cortando el silencio opresor del reducido espacio. “Jesús reina Jesús vence Jesús nos defiende, sálvanos Señor” al tiempo que se persigna una y otra vez cuando el vaivén se lo permite. “Jesús reina...”

¿Cuánto tiempo ha transcurrido? Para la jovencita una sucesión de miedos, zozobras, desesperanzas. No siente ninguna emoción, todo se ha desvanecido en el transcurso de los días, las noches. La domina la fiebre. En la nebulosa trata de evitar los pensamientos que la acerquen al dolor de la separación.

Pero cómo olvidar las lágrimas de la madre, el rostro tenso del anciano padre, los hermanos.

1796. Recuerda aquella mañana.

Los pies descalzos de Pilar se hunden libres en la arena de la costa.

-¡Mi niñita no se levante las faldas, está mostrando las piernas! ¡y no debió sacarse el calzado!

Una carcajada plena de vida e inconsciencia contesta la recriminación.

-¿Y quién se va a espantar por ello, nana? A esta hora solo los pajarillos están despiertos, ¿crees que pecarán por mi impudicia?

-¡Sólo a usted puede ocurrírsele salir a caminar por la playa a estas horas! ¡Si llega a enterarse su mamá! ¡Dios me asista!

-¡No me recrimines! Es el único lugar y momento en que puedo reír y gritar mi alegría sin que me estén sermoneando. ¡Y levantar las faldas también!

Con gesto de cándida provocación se alza los pollerones hasta las rodillas.

-¿No las tengo hermosas pajarillos?. Baila y da vueltas alrededor de la mujer que simula fastidio. ¡Cómo ama a esa niña que viera nacer quince años atrás y que deberá acompañar en una aventura de impredecible futuro!

- ¿Ha enloquecido niña? ¡Tenga usted compostura!

-¡Loca no nana, simplemente feliz! Solo faltan tres meses para embarcarnos. Mira el horizonte infinito.

¡América! Pronuncia en voz baja y con unción.

-¡Si supieras las maravillas que escribe Antonio! Anoche no he dormido leyendo una y otra vez sus noticias.

Saca del bolsillo un papel apergaminado blandiéndolo al compás de sus piruetas. Lee en voz alta:

“He sido afortunado, mi apreciada y nunca olvidada Pilar. Ya tengo casa en San Luis de Loyola de La Nueva Medina. El Señor Corregidor me ha otorgado mercedes en un apacible rincón de la sierra no muy alejado de la

ciudad. Los valles son de maravilla, aptos para la cría de ganado grande y chico”.

-¿Qué será eso nana? Y sin esperar respuesta continúa la lectura:

“Para su cuidado se me han asignado cuarenta indios. Más adelante le hablaré de ellos. El Portezuelo he llamado al lugar.”

La niña ha interrumpido la lectura en voz alta y lee para si.

- Perdóname nana, pero lo que sigue es muy íntimo – y sonrío ruborizada.

El sol ya ilumina las techumbres del pueblo levantando un airecillo helado que las hace estremecer ¡Es hora de volver criatura!

-¡Espera un poco más mujer rezongona! Quiero que te enteres de lo que me informa ahora, escucha:

“Mi hermana Francisca, su esposo e hijos ya están afincados en un lugar llamado Renca, donde se venera un Cristo milagroso bajo cuyo emparo las propiedades y los hijos se multiplican. ¡Esto es lo que hace falta Pilarica, gente guapa y dispuesta a aumentar la población bajo la bendición de nuestra Santa Iglesia Católica.”

-¡Por todos los Santos niña, es atrevido el caballerito! No creo que sean cosas de escribir a una novia.

-¡No digas ñoñería nana! Yo encuentro hermoso lo que me dice y no es sólo eso, presta atención:

“¡Me siento tan solo! La necesito mi adorada Pilar. Ha marcado cada palabra riéndose de la turbación de la mujer.

-¡Válgame Dios con esta juventud! Musita la nodriza persignándose.

La chicuela desgrana palabras sin pausa en aturdimiento gozoso.

-¿Te imaginas? Tendrás que cuidar muchos niños; ¡serán siete cuanto menos! Ya los veo correteando en el jardín, que habrá hecho preparar mi Antonio, en su casa de la ciudad.

La nana mueve la cabeza de un lado a otro entre risueña y preocupada; ¡son tantas y tan diversas las versiones que ha escuchado sobre el lejano mundo!

-¡Escucha mujer, pareces en babia! Dice que mi ajuar deberá ser escaso, que allá encontraré todo lo que necesitamos para el hogar y vestidos, y vajilla de porcelana, telas y preciosos adornos. ¿Te imaginas? ¡Seré una princesa!

-¡Tranquílcese niña! Ya tendremos tiempo para que me cuente todo.

-¡Qué afortunada me siento! Ni nos faltará asistencia religiosa. La Orden de los Predicadores está instalada en la ciudad y...

-¡Despierte niña despierte! Hemos llegado.

Pilar abre los ojos, los siente pesados, doloridos como si toda la arena del mundo se hubiera apoderado de ellos.

-¿Adónde llegamos nana? Contesta adormilada.

-¡Adónde va a ser criatura, a su nuevo hogar! ¿No le parece mentira?

Pilar intenta incorporarse; sin fuerzas se deja caer sobre la cucheta. Trata de recordar imágenes de un reciente ayer. ¡Había sentido tan cerca la muerte! La presencia en bulto de la Virgencita de Los Dolores junto a ella había contribuido a tener esperanzas. ¡Tenía tanta fe en las plegarias y ella había rezado tanto!

La niña se resiste, no obstante, a abandonar el lugar. Le resulta alucinante enfrentarse a esa oscura mole de agua.

Venciendo los temores de la jovencita la viste y arregla como puede, el rostro descompuesto, los cabellos desordenados, descoloridos.

-Y ahora mi niñita subiremos a cubierta. Podrá contemplar la costa.

-¿En verdad hemos llegado?

Por lo menos terminamos con este viaje que tanto mal nos ha causado hija.

Está bien nana, esta bien, subamos. Con el cuerpo laxo, aturdida, sigue a la mujer.

Ante sus ojos el agua mansa, límpida como el cielo sin nubes reflejado en ellas. Les pareció estar soñando. Sintió el sol ardiente del mediodía ecuatorial.

A lo lejos hombres de piel negra pululan cargando grandes bultos sobre las espaldas vencidas. Voces de mando, agitar de lazos trenzados, gemidos contenidos. Cantos broncos, dolientes, llegan con la brisa a la cubierta del barco donde dos pálidas mujeres de dispar edad esperan ser conducidas a la orilla.

El corazón sensible de Pilar se duele del espectáculo. La nana procura ocultar la turbación.

Sólo el sol sobre sus cabezas les da la bienvenida.

La jovencita no puede explicarse lo que siente en ese momento. ¿Es ese el destino junto a Antonio? Recién puede pensar en él, pero no despierta gozo su recuerdo. Aprensiva se aferra a su acompañante.

Transbordaron a grandes barcasas. En ellas llegaron a la orilla.

Pasaron el resto del día y la primera noche encerradas en el cuartucho de una posada llamada ostensiblemente "Casa del sol".

Las sombras se habían apoderado del recinto cuando una mujerona de pechos exuberantes y amplias faldas coloridas encendió varios velones que traía consigo. Cumplió la tarea en silencio y al retirarse anunció:

-En un ratito sirvo la cena vuestas mercedes. Con una reverencia se retiró tras las cortinas de junco.

Sobre la tosca mesa desmantelada en un rincón del habitáculo, la mujer que dijo llamarse Jesusa asentó dos burdos tazones con sopa espesa de agradable aroma.

El estómago de Pilar contraído por los ayunos forzosos recibió el alimento como fuego reparador. En otro cuenco les fue servida leche de coco.

El ama sonrió al verla comer ávida lo poco que le aceptaba su cuerpo.

Pilar no extrañó la cama de roble, las blancas sábanas de hilo, la almohada de plumas ni....."¡Quiero dormir, dormir, olvidarme de este viaje de espanto!"

Sumida en profundo sueño recibe el beso de la nana y la suave caricia con que acomoda los bucles rebeldes que han escapado de la cofia de dormir.

Al declinar el día, cada tarde, Guadalupe, la nana, saca a su niñita de la habitación. Instalada en el cautivante patio en la parte posterior de la casa se deleita curiosa con el desborde de extrañas flores, con las palmeras; el alboroto de los papagayos asentados en la cercanía logra arrancarle sonrisas.

Han transcurrido seis días. Esperan el nuevo desembarco desde la península para iniciar la travesía que las llevará al Perú. ¿Llegará en el barco el padrino de la niña que no pudo acompañarlas con anterioridad? La esperanza las alienta.

El paisaje ganado por las sombras impulsa a las mujeres a volver al cuarto. El viento cálido, violento que se ha desatado de pronto les hace apurar el paso.

Acaban de trasponer la entrada cuando se presenta visiblemente alterado el posadero.

-¡ Se viene! ¡Se viene! ¡Rápido, síganme!

-¡ Por todos los santos, qué pasa! Protesta Guadalupe ¡la niña no está en condiciones!

-¡ Por favor señora, no es tiempo de explicaciones, observen el mar!

Las dos mujeres comprueban alarmadas cómo el cielo se vuelve intensamente gris con nubes extrañas de movimientos envolventes. El viento se expande, se concentra en círculos que se aproximan amenazantes.

Entre charcos infectos y suburbios malolientes, las condujo junto a los pasajeros a mulatos, negros, niños y ancianos, hacia una colina alejada de la costa. Entre la multitud se destaca un hombre de cuerpo enjuto vestido con andrajos que clama en tanto se persigna de continuo:

-¡ Sois una raza de sordos, una raza de pecadores! ¡No han escuchado la voz de Dios que es mi voz! ¡Ha llegado el castigo, siempre llega!

La cabeza blanca, motosa, la tez oscura, apergaminada, los ojos desorbitados elevados a lo alto y sus sentencias, distrajeron por momentos a Pilar y la nana que interroga al posadero:

-No presten oídos, es el santón de la aldea, hace días que recorre las callejuelas con sus sentencias de loco. Siempre repite lo mismo cuando se avecina un huracán.

La voz del negro vibra en el ambiente. Semeja los “tum-tum” dolientes que habían escuchado el día del desembarco.

-“La luna con cerco, lluvia y viento”. “El cielo rojizo ¡peligro, peligro!”

¡Raza de sordos! ¡Pecadores, pecadores!

Las sentencias se diluyen entre el fragor de las ráfagas aterradoras.

Fueron ubicadas entre roquedales que emergían de la vegetación.

Nadie pregunta, nadie habla, solo respiraciones agitadas, gestos nerviosos, denotan el pánico. Pilar y la nodriza siguen las miradas fijas de la multitud.

De pronto, el primer ramalazo. Las palmeras como juguetes se retuercen, barren con sus copas el suelo. La arena de la costa arrastrada por el torbellino llegó hasta ellas encegueciéndolas. Las ráfagas de diabólica violencia las separaba por momentos. Se aferran a los rebordes de los peñascos hasta sangrar. Sienten que pueden ser arrancadas del lugar. “Santa Bárbara bendita que en el cielo está escrita”, repite el murmullo una y otra vez la desesperada nodriza.

De súbito el silencio. Silencio encendido por tenues murmullos más alucinantes aún. Las mujeres levantan sus cabezas con cautela. El bao ardiente enturbia los contornos. La multitud a impulso de voces ancestrales se ha levantado al unísono y enfilan hacia el poblado. Semejan una procesión implorante.

-¡Raza de pecadores ya tuvieron el castigo! ¡oooh! ¡oooh! ¡aaah! ¡umba umba bá! ¡oooh eeh aaah!. Las voces negras se elevan, retumban en el espacio calcinado.

-¡Estamos en el infierno mi niña, en el infierno! – clama en voz baja la nana -. Pilar eleva plegarias.

Aturdidas, sin fuerzas, con las ropas desgarradas, fueron auxiliadas por el posadero, que las apartó de la multitud.

Vieron entonces acercarse presuroso a un hombre. Tardaron en reconocerlo.

-¡Padrino! Pilar se abrazó a él sollozando desconsolada.

-¡Mi niña! Ya no tienes nada que temer, todo pasa como llega. Tengo experiencia por mis viajes anteriores. ¡Vaya que las ha puesto a prueba la nueva tierra!

-¡Por Dios padrino! ¿Este es el bendito lugar para formar un hogar apacible del que tanto habla Antonio?

Don Tomás comprendió que su ahijada nada sabía de los riesgos del viaje: recorridos inacabables, amenazantes, abrumadores.

Con cautas palabras fue revelándole la realidad. Pilar lo mira desolada.

No sé de las palabras de tu Antonio pero no dudo que si bien encontrarás dificultades y no pocas, tú lo has dicho ¡es un mundo nuevo! Todo está por hacerse. Deberás tener mucha paciencia y gran amor ¡Eres tan joven! ¿Adónde ha quedado tu alegría, tu optimismo desde la última vez que nos vimos?

Durante la vigilia de ese día inolvidable Pilar trata de ordenar su mente confundida. Las palabras del tío resuenan en su mente una y otra vez: “es un mundo nuevo... es un mundo nuevo...”

“¿Nuevo para quién? ¿Para los que se apoderaron de sus tierras esclavizándolos, apoderándose de sus cuerpos, de sus almas?. Había escuchado decir que lo hacían en nombre de la Cruz y para ella la Cruz era amor. ¿Qué rédito obtenían los hombres blancos? No lo sabía, pero repudiaba lo que había visto. Sentía en su interior un gran dolor que desbordó en llanto.”

Era la primera vez que la niña se cuestionaba. Su vida estuvo rodeada de amor. Desconocía el dolor, la crueldad y ese descontrol de la naturaleza que la gente tomaba como algo natural. ¿Existía la posibilidad de ser feliz allí?.

De madrugada logró conciliar un sueño poblado de pesadillas.

Despertaron al día siguiente en la posada que había resistido en parte los embates del viento arrollador.

Persistía el aire abrasador, enfermizo. El padrino les había informado que recién se iniciaba el viaje. Era más de lo que las fuerzas de la jovencita podía sufrir. Se sumió en un estado de apatía que no pudieron vencer. La nodriza la arrullaba como a una pequeñita y lloraba en silencio los temores que debía callar.

El carruaje se desliza lento dando tumbos. Lucha en la angosta brecha abierta entre la vegetación. El calor agobia a pesar de lo avanzado de la hora. Las nubes agrisadas danzan al compás del vientecillo ardiente, denso. Las sombras borran el perfil espeso del monte. Se ha iniciado el segundo tramo del viaje.

Más adelante se hace un alto. El fogón encendido en el vasto claro del bosque aleja el peligro de las fieras.

Los hombres hacen abandono del carruaje. Se pasean inquietos, van tras algún árbol.

Guadalupe, en el coche, siente urgentes necesidades. Pilar duerme un sueño pesado. Desciende. Mira indecisa a su alrededor, vence el pudor, el pánico, y se aleja de la seguridad de las llamas. Alivia su cuerpo con el corazón latiéndole desordenado. ¡Son tan cercanos los movimientos fugaces, chillidos, rugidos lejanos! Sin dar la espalda a las sombras, llega al carruaje.

Pilar despierta. Sacude a la nana que duerme inquieta. ¡Está amaneciendo, nana! La niña se muestra animada. El resto del pasaje descansa.

Observan por la ventanilla. La aurora les devuelve la calma. Guadalupe rememora la noche pasada: se han diluido las sombras, los fantasmas nocturnos son ahora opulentos árboles cuyos troncos se cubren de extraña vegetación. Verdes sobre verdes, mansos verdes de exultante frondosidad. Exóticas flores emergen como por magia entre el follaje. Un vapor ondulante sube desde la tierra oculta bajo la alfombra vegetal. Bandadas de pájaros se confunden en el cielo.

Extraño espectáculo para las mujeres acostumbradas a la pudorosa vegetación de su tierra. El penetrante perfume las invade aletargándolas.

Se sienten sofocadas, el calor aumenta. Las ropas mojadas adheridas al cuerpo las desapacigua. La nodriza seca con un pañuelo la frente y las mejillas de Pilar.

Se hace un nuevo alto en el camino. Los espera una humilde posta. Los dueños se afanan por atender las necesidades prioritarias de los viajeros. El agua escasea, pero salva las mínimas urgencias. Con inenarrable precariedad se disponen a pasar la noche luego de una frugal cena.

Pilar no puede conciliar el sueño. “¡Madrecita, qué hago aquí! ¡Por qué no me retuvieron!, ¿Acaso desconocían...”? El recuerdo de Antonio está ausente esa noche. Solo ruega al cielo, a la Virgen de los Dolores, terminar con esa pesadilla de verdes, ocres, amarillos, de torsos cobrizos y negros, de rostros con ojos huidizos y mansos. Siente en el alma que es manoseada por un mundo lleno de turbias ambiciones percibidas en conversaciones de hombres honorabilísimos que las acompañan en los diferentes tramos del viaje. Sólo ellos parecen no tener metas desmesuradas en la desmesura de esas tierras.

¡Y ya es otro el paisaje!. Horizonte infinito perdido en la bruma abrasadora. Desierto de arena y piedra; exuberancia de higueras de tuna cortando la lejanía en verticalidad verdinegra.

De pronto tiene encima el oscuro coloso de agudos picos que parecen no tener fin; penetran entre los paredones sombríos. El pavor saca a la niña de la abulia de las últimas horas. Alucinada observa el abismo que se pierde entre peñascos filosos y una nada sin fin. No quiere mirar y mira, no quiere esta allí y allí está aferrada a las manos heladas de Guadalupe que desgasta las cuentas del rosario.

¡Y hay que seguir!. Cierra los ojos.

¡Ea!.. ¡Ea! El látigo silva en el aire callado.

Despertaron una mañana transitando sobre un mar de pasto tierno. Bosquecillos espinosos yerguen a intervalos sus copas desprolijas como queriendo detenerles el paso. ¿Terminará ya el viaje? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

Falta poco mi niña, una o dos semanas más. El que habla con voz tranquila y protectora es don Francisco.

-Descansaremos en la próxima posta. Un chasqui avisará a tu futuro esposo de nuestra cercanía.

El último tramo fue un paisaje muerto, gris, donde las dunas parecían acompañar el lento andar del pesado carruaje. Los cardos rusos desparramando semillas al ritmo del viento caliente, arrastrado, da la nota viviente a la desolada región.

El viaje ha concluido. Reclinada sobre blandos almohadones de lana cardada, la niña se debate en altísima fiebre. Palabras incoherentes confunden a Antonio y a la nodriza que no se separan de su lado. El médico ha dejado pócimas que deben administrársele cada tres horas. Las mixturas que prepara la mujer india encargada de la cocina, refuerzan el tratamiento. Cuando el patrón se ausenta, cubre la frente y sienes de la enferma con hojas de leve aroma a almendras, en tanto pronuncia extrañas palabras con unción religiosa. La nodriza en su desesperación la deja hacer rogando en voz baja que “eso” que dice no sea blasfemia. ¡Dios nos libre y guarde! Pronuncia para sí.

Anunciación, que así se llama la mujer morena, cambia los emplastos.

-“Ta muy cansada la niña, agorita nomás tará bien; usted también haga juerza y récele al diosito suyo”

Y así fue en efecto. Tres días después cedió la temperatura y Pilar pudo incorporarse en la cama.

Antonio ha dejado todas sus actividades para estar junto a ella. La jovencita se muestra indiferente, lejana, ante las atenciones de quien pronto será su esposo.

En la nebulosa de la debilidad no consigue reencontrarse, ajena a todo ó con sólo su obstinación: “¿ Qué hago aquí?”.

Antonio intenta despertar en ella las promesas de felicidad compartida. Le habla de su propiedad al pie de las sierras.

- Allá iremos mi Pilarica; ¡Seremos tan felices!.

Por momentos ella sonríe como una madre ante un niño de exuberante imaginación. Él cree ver en el gesto, signos de complacencia.

Empero, en los breves momentos de soledad que le permite la nodriza y el joven, deja correr las lágrimas contenidas. Se siente prisionera de un destino que no logra imaginar, pero lo presiente irreversiblemente hostil. “¡Dios me favorezca!”

Sabrosas sopas de maíz pisado y zapallo, mazamorra con leche y miel rosada, patay, que la nana le hace ingerir con cierto esfuerzo van reforzando la salud de Pilar. ¡Hasta se le ha agregado puchero de gallina y huevos frescos del día!.

-¡Está totalmente repuesta!. Dictaminó el galeno días después. Nunca supieron si las pócimas, las infusiones o las hojas sobre la frente obraron el pronto restablecimiento.

Pilar ya se siente fuerte. Bajo la sombra reparadora del parral que ocupa gran parte del patio posterior de tierra apisonada, la vista de los higuerales que se agrupan en el fondo de la quinta, le hacen añorar a sus padres, a sus hermanos y a su vibrante tierra de color y alegría. “¡Nada de esto es como lo imaginé! Deberé acomodarme a la nueva situación. ¿Pero como culpar el entusiasmo desmedido de Antonio por estas tierras si el padrino también abandonó su entrañable pueblo sevillano tras la alocada aventura en esta tierra desolada?”

“Aquí llaman ciudad a una aldea, sólo con una plaza con borricos y caballos pastando, con un cabildo de construcción primitiva y vetusta igual que la cárcel y las dos iglesias; ¡todo triste, ceniciento!. Apenas se destaca mi casa por la azotea, ¿y el resto? ranchitos desperdigados y luego, un horizonte desesperanzado. Deberé acomodarme a esta nueva situación”.

Algo colma de paz el corazón adolescente de Pilar, a dos cuadras de su vivienda se encuentra la iglesia de la compañía de Jesús. Concurren a diario con la nana y una simpática negrita, su nueva sierva. El landó las traslada en el corto recorrido por calles polvorientas o guadalosas según el tiempo. Allí se reencuentra con el cristianismo leído en el evangelio: sin lujos, sin ostentaciones. Modestos bancos de quebracho toscamente labrados al igual que el púlpito, las imágenes de bulto de particular belleza y sencillez.

Postrada ante el Cristo doliente encuentra consuelo espiritual. Hace votos: será buena esposa, buena madre y contribuirá en todo cuanto fuera necesario para hacer feliz a su esposo.

La boda se realizó al mes siguiente del arribo de las mujeres. Antonio, afincado en El Portezuelo hasta entonces, llega para la ceremonia con elegante levitón de terciopelo. Lo espera ella ricamente ataviada con el vestido color aurora que le obsequiara el novio. En la cabeza, la mantilla que la madre incorporara a su ajuar junto con el peinetón de nácar. “¡Se la ve tan niña!”. Piensan al unísono quienes la rodean.

El recorrido se realiza con la pompa correspondiente a su linaje, en el carruaje del tío. En sencilla ceremonia quedan unidos ante Dios.

La vivienda de la ciudad y El Portezuelo, fueron protagonistas de la nueva vida de la joven pareja. La paz infinita del campo, la luminosidad del cielo desciende a sus corazones; el aire vivificante revitaliza el cuerpo y el alma de la esposa que ya se siente integrada al nuevo paisaje aún cuando cae de tanto en tanto en dudas nostálgicas.

Gozan de un bienestar que les permite aumentar año tras año la familia. Sólo han transcurrido diez meses cuando nacen los mellizos Antonio María y Felipe Jesús. Es considerado de buen augurio el doble nacimiento. En la casa, varias mujeres de trabajo – la mayoría indias – realizan las tareas pesadas. La nodriza y Candela, la negrita ayudan en las tareas internas de la misma. Numerosos paisanos e indios se ocupan de las tareas de campo. La herrería y la carpintería abastecen las necesidades de las dos propiedades.

Pilar es casi feliz en la intimidad del corazón; felicidad pesadosa. Los atardeceres se convierten en hora propicia para la meditación. Raro sortilegio de presencias ocultas en las primeras sombras; resonancias persistentes.

Tiene en las manos la última carta recibida de España en contestación a la suya en la que anunciaba el doble nacimiento. Por ella se enteró de la enfermedad del padre, del casamiento del hermano mayor, ¡Cómo quisiera estar allá, corretear por la playa, retornar a casa por la calle empedrada en declive, solazarse con la vista de los balcones exultantes de geranios, sentir el perfume de los naranjales en flor, trepar la Peñeta del Moro y desde la altura contemplar las aguas del océano. ¡Es tan difícil vivir en esta tierra ajena que aún no logra amar!. ¿Cómo descubrir el sortilegio de este país incierto que atrapa a su esposo?.

Hace tiempo que ha tomado firmes resoluciones: tolerar, enfrentar, batallar. Reconoce que su espíritu flaquea por momentos. Aprieta contra el pecho el relicario que su madre le colgara al cuello la noche anterior a su partida. Allí están, como reaseguro de felicidad, las miniaturas con el rostro de Antonio y el suyo atados con mechoncitos de ambos. Los colocó entre risas y desconcierto de su esposo poco crédulo de tales fetiches, más para ella, imprescindibles a causa de contradictorias emociones.

El solar ha quedado escaso de brazos para las tareas del campo, de la finca. Sólo algunos viejos; el resto ha sido enganchado; se lucha contra insurrecciones o en pos de liberar de godos el país.

La otrora niña mimada de la casona valenciana es ahora ama de casa, hortelana, dulcera. La piel fresca y tersa se ve plena en insipiente madurez, los cabellos recogidos tocados con blanca cofia, la asemejan a una Madona como dijera el tío contemplándola con uno de sus pequeñines en el regazo.

Pilar no se da tregua. El alba la encuentra desbrozando la quinta, recolectando los frutos de la tierra. Más tarde se la verá ante el telar o secando frutas de la estación. Nada debe faltar a su marido, a sus hijos que crecen día a día.

Hasta sonrío cuando recuerda que soñó con ser princesa. “¿Perdí el zapatito de cristal alguna media noche? ¿Por dónde andas mi príncipe?. Las lágrimas se deslizan sobre el fruto que acaba de desprender de la planta y coloca en manos de Candela. Relucen los blancos dientes de la muchachita ajena a todo pesar.

Tras los días de ardua tarea disimula el agotamiento. Siente que es una fatiga gratificante que celebra cada noche dando gracias a la Virgen de los Dolores.

No fueron siete sino ocho los niños nacidos del matrimonio: siete varones, los primeros y María la más pequeña, con la delicada belleza de la madre y los cabellos tan claros del padre.

CAPITULO SEGUNDO.

Hasta esa lejanía llega la incertidumbre de momentos decisivos. Es dura la vida para la joven señora. Pesa la soledad. ¡Son tan largas las ausencias!. El marido siempre esperado y necesario, los hijos mayores que van y vienen de acuerdo a las necesidades de la patria.

Con la llegada de la orden venida de la Costa Oriental se presenta el momento crucial para la familia.

“Buenos Aires necesita hombres valientes y dispuestos a repeler a los piratas ingleses que se han atrevido a acercarse a la ciudad y preparan atacarla”.

Y allá va Antonio con los tres hijos mayores a defender la patria. Son 150 hombres sanluisños los que se desplazan.

Pilar palpó el dolor, la desprotección de la larga ausencia. Al cansancio se sumaba el agobio, la depresión. Junto a ella estaba la nana y Candela para sostenerla y cuidar a sus hijos.

Al año regresa el contingente sanluisño. Rumores de una masiva invasión de indios ranqueles a la provincia, determina su retorno.

La familia se instala en la finca. Se preparan defensas, pero los bárbaros asolan la zona norte, pierde la vida en el feroz ataque el cuñado de Antonio. La hermana y los hijos con tenacidad inquebrantable permanecen en el lugar recomponiendo lo que queda en pie.

El mundo parece detenido en el cálido anochecer de comienzos de verano. Las sombras se proyectan hacia la galería. Pilar junto a Antonio, goza en paz de su compañía. El peligro de la indiada ha pasado. El aire somnoliento invita a los recuerdos.

Los ojos cerrados, de la mano del esposo, rememora tiempos distantes. “Tienes aquí todo lo que necesitas para vestir con elegancia y hacer vida social,” así le escribía él, mas sólo en tres o cuatro ocasiones cuando los embarazos se lo permitían pudo lucirlos.

Cambio de autoridades, visitas del obispo, saraos en casa de amigas. Recuerda en especial la fundación de la Villa de Melo. Concurrió con sus hijos. Rememoró las festividades religiosas de su pueblo valenciano, hizo comparaciones. “En esta tierra habita la melancolía, ¿porqué los gestos adustos, el andar cansino?” Solo los diferentes matices de las flores de géneros multicolores con que se ha engalanado a la Virgen del Rosario para la procesión daban vida a la ceremonia.

Para la ocasión lucía un traje de raso que la nana había despojado de puntillones y moños de color, reemplazándolos por puntivies color crudo. “Como corresponde a una señora con cinco chiquillos”, había sentenciado la nodriza.

“¿Qué sería de su vida sin ella? Por las noches oraba en su compañía, por los suyos. Los sábados se repetía el rito con toda la servidumbre. Rezan

para que los malones no lleguen al lugar, rezan para que ninguna peste diezme los habitantes de San Luis, rezan por las cosechas, rezan, rezan.

En ocasiones la Virgencita de los Dolores escucha los ruegos, otras... Pilar inclina la cabeza y recuerda que se ha comprometido ante Dios a aceptar todo lo que decida, por la vida de los suyos. Ya le ha entregado a dos de sus hijos. "¡Basta, Virgencita! ¡Basta!"

A su lado Antonio duerme con placidez, ajeno a los pensamientos de su esposa.

Corre el 16 de diciembre de 1816. La guerra declarada una vez más entre godos, criollos y españoles adictos a la causa americana amenaza la epopéyica empresa de liberar América. Gobernantes y pueblos de San Luis de Loyola están unidos en la única consigna del momento ¡Liberación!

El pueblo lo ha dado todo: hombres, hacienda, provisiones. Quedan vacíos los campos, las huertas, las despensas. Todo es poco para aprovisionar el colosal ejército. Cada cargamento obliga a la gente a mayor estrechez, a la miseria.

Indias y chinitas, con el corazón desgarrado por la ausencia de sus hombres ocupan ahora su lugar en la labranza, el hachado. Los gurices gatean, lloran abandonados en los pastizales o en la tierra a la espera de que sus madres se ocupen de sus necesidades. En los breves descansos se ve a los pequeños de teta, prendidos a los pezones de las madres, sucios, escaldados. Los cuerpecitos desnudos se curten bajo la inclemencia del invierno o los ardores del sol. En los anocheceres todo es silencio, las guitarras también esperan a quienes hacen vibrar sus cuerdas en gatos, tonadas... Silencio de guerra.

"Alegrías y tristezas" le había pronosticado su padrino. Alegría y tristeza son sus hijos que se han asimilado a las filas del Ejército Libertador; amor y ausencia su marido también incorporado; temor por ese hijo que se anuncia en un tiempo en que el valor y las armas prevalecen como nunca sobre el corazón y los sentimientos; jella no puede entenderlo!

Pilar no se resuelve a trasladarse a la ciudad. Los caminos no son seguros para su estado. Por vez primera dará a luz en la finca.

La "médica" del lugar la visita a diario. Realiza sobre su cuerpo maniobras a las que se somete con docilidad. Soba el abultado vientre de la señora con ceniza tibia "Pa' quel guaricito siacomode", le expresa con voz dulce y segura. Antes de retirarse hace cruces sobre la cabeza de la parturienta y la cubre con una manta liviana de lana. "ansi flojito seai di acomodar".

El día veinte, ya amaneciendo, Pilar comenzó a perder aguas. Avisada la india se presenta de inmediato. Ante la mirada atónita de Guadalupe hace incorporar a Pilar, la saca al patio en donde previamente ha extendido sobre el piso una larga cuerda de cuero sobado.

Con paso cansino, torpe, la parturienta se dirige ayudada por la nana, hacia el lugar indicado.

- Agora debe usted caminar derecho por el tiento. ¡Ansí va bien! ¡Yastá! ¿Dice quies la primera vez qui anda con problemas? ¿No l'habrán vichau doñita? Y sin esperar respuesta añade: el cordón no sehai di enriedar agora; en

cuantito sangrie me iaman, vua estar aisito nomás, ande topa la pirca dueblen pa donde si escuende el sol y ái mi han d' encontrar espantando el mal.

¡"Vaya con la gente hereje de por aquí" –exclama Guadalupe- si estuviéramos en Valencia, ¡a la pira ardiendo íbamos a parar!, Murmura en tanto se dirige al dormitorio; no sé como mi niñita está tan tranquila.

Al día siguiente un chasqui enviado por el tío, aún capitular del Cabildo, llega con las nuevas buenas:

"Tu Antonio y tus muchachos están a salvo, todo lo bien que cabe ante tan extraordinaria y riesgosa empresa; y la gran noticia mi querida sobrina, el día 12, nuestro general ha liberado a Chile de los godos; ¡somos libres! Ha victoreado el pueblo hasta el cansancio. El Cabildo ha mandado a iluminar las calles, se ha celebrado misa solemne en acción de gracias. Me hubiera gustado que fueras parte de los festejos".

"Te espero en estos días para que tu hijo nazca con las atenciones que te mereces".

"¡Alabado sea Dios que ha escuchado mis ruegos! Perdona Padre mi poca fe. ¡Mis muchachos, tan jóvenes y ya héroes!; y Antonio, ¡cómo lo necesito hoy!

A pesar de que las noticias recibidas dan tranquilidad a su espíritu, tan necesario para el inminente parto, siente un extraño desasosiego. ¿Premonición?

No han llegado aún los dolores, pero algunos indicios reconocidos por su larga experiencia le dicen que su hijo está por nacer. Despierta a Guadalupe que cabecea a su lado.

-¡Ve a buscar a la india, nana!, ¡Por favor!

Las viejas piernas de la nodriza parecen volar impartiendo órdenes.

-¡Vayan por la médica! ¡Calienten agua! ¡Apúrense por la Virgen y todos los santos!

No tarda en llegar la mujer, segura, tierna, con la sola sabiduría ancestral. Se la ve preocupada, no obstante sus palabras son de aliento para la parturienta que intenta reunir fuerzas.

-¡Ceniza tibia!...¡más ceniza! Ordena la india ¡qué no s' infrie!...¡no aflueje doñita! Usted solívielá qui via untarle l' espalda.

-Nu han bastau los rezos destas horas ¡es juerte la bichada! La deja caer suavemente sobre las almohadas. Con unción ritual se ubica a los pies del lecho. El cuerpo adquiere rigidez, luego se convulsiona en tanto pronuncia letanías ininteligibles. El rostro se le transforma, la cara se le empalidece, las pupilas vueltas hacia lo alto.

Lentamente vuelve a sus cabales, se tambalea y pronuncia en voz pausada:

-Ta güeno. Se arrodilla al lado de Pilar y tomando sus manos recita con entonación monótona:

A la vera vera

Tarai tai tu

Amén quechú.

Chiche bolé

¿Queré que te beche?

Amén Quechú, María y Coché.

Suelta las manos de la doñita que ha presenciado la escena como anestesiada, se incorpora y sin explicaciones suspira aliviada.

-¡Ya se jue el mal!...¡ya se jue! Agora ´ta bien.

“Qué Dios perdone tanta brujería”, se dice la nana, “todo sea por ella y el niñito”.

Pilar ha perdido el conocimiento. Aprovecha la india para presionar con fuerza el vientre hacia abajo.

-¡Ya viene el guri!. ¡Ya viene!.

Un cuerpecito amoratado con suave pelusilla en la cabeza es blandido por la “médica”.

Ante el horror de Guadalupe saca del bolsillo una vieja cuchillita, corta la unión con la madre y recién anuncia.

-¡Es una gurisita!.

La pequeña pasa a manos de la vieja Guadalupe que expresa con llanto su alegría.

Un rápido baño y la recién nacida es vestida con primor: camisita de hilo, bata de listadillo bordado, pañales, mantilla y primorosa gorrita tejida por la nana.

Pilar, que ha reaccionado bajo los cuidados de la india, arrulla al rollito de tela del que emerge una carita regordeta.

“¡Ella no será para la guerra! ¡Es mía, mía! Se llamará María, María de los Dolores”. Besa con ternura la pelusilla color oro.

La india Visitación se retira. Su silueta se pierde tras la pirca.

Pilar no puede alimentar a la pequeñita. De ella se ha hecho cargo una india joven con hijo de pocos meses que ha sido adoptada por la familia. Todas sonrisas, la muchacha es trasladada a la casa. Hay que vigilar su alimentación, la higiene.

Guadalupe se mueve de la cocina a la habitación de Pilar controlando a la madre, a la pequeña, al ama de leche. Parece haber renacido y renovado sus viejos huesos.

Quince días después la enferma puede abandonar el lecho. La tibieza del sol del mediodía llega benévola hasta el reparo de la galería. Pilar está preocupada. Le complace la pequeñita que considera un regalo del cielo, pero tan embeleso se confunde con la ansiedad, la pesadumbre por sus treinta y siete años cumplidos, los quebrantos de la finca, la falta de brazos para el trabajo. ¿Qué será de la vida de María de los Dolores?.

"El ejército demanda, exige, ¿hasta cuando? Y aún debemos dar gracias a Dios pues los malones no han llegado nunca al lugar".

Pilar se ha negado a volver a la ciudad pese a los ruegos del tío. En la casa de campo se respira ambigua tranquilidad.

-¡Un regalo, niña! ¡Un regalo!.

En rústica jaula de caña dos pajaritos intentan vuelos. Brillan de entusiasmo los ojos de Guadalupe.

-¡La despertarán con sus trinos por las mañanas! Dice Ceferino que los dioses les dieron su canto para alegrar los corazones afligidos; él mismo los entrapa y también dice que ahuyentan...

-¡Basta nana, basta, estás diciendo herejías! ¡Tú, que te quejas de los decires de esta gente!.

-Yo repito lo que dice Ceferino - la voz de la vieja mujer encierra callado reproche- ¡Y si lo digo es para que Usted vuelva a reír!.

-Está bien mujer, hasta yo pienso por momentos que Dios es más generoso aquí que en Valencia – y cambiando bruscamente de tono - ¡y esos dioses no existen! ¡Tendrás que confesar tus herejías mujer ignorarte!.

"¿Quién entiende a mi niña?" – se dice Guadalupe con resignación y congoja.

Los días pasan aquietados, monótonos. Benita alimenta a María con permanente sonrisa. Pilar no le conoce aún la voz ¿Qué misterio atávico puebla la mente de esos seres que los ata a sus amos sin condicionamiento?.

Poco a poco la señora fue reintegrándose a las tareas habituales. Gusta preparar la comida de sus hijos: desgrana el maíz fresco que luego hierve gozoso en la marmita de hierro, recoge las verduras que con vigor crecen en la huerta regada por las aguas de la acequia.

Los muchachos festejan sus guisos con charqui, porotos, zapallo, el postre de patay, la mazamorra con miel. Es el fruto de su trabajo mañanero. Controla los cultivos que cuidan varios nativos viejos. Los zapallares se extienden a lo largo del cerco que separa los sembradíos del jardín. Trabajo y recogimiento evocador; en ramalazo se le representa el jardín de su casa de Valencia con la alberca, los naranjos en flor, la madre paseando por los senderos. Aquí, son jazmines y verbenas rojas y azules que brotan libres sobre la ladera de las sierras, pintando de colores la tierra parda. Son hermoso, pero...

María de los Dolores cumple cinco meses cuando el padre y los hermanos vuelven al hogar. Llantos, risas, exclamaciones de admiración ante el encanto de esa muñeca rubia y muy seria por la presencia de extraños.

La familia se traslada a la ciudad para el bautismo de la pequeña que solo ha recibido el agua de socorro de manos de la nana.

La ceremonia se realiza en una jornada abatida bajo la furia desatada del chorrillero que hacen retemblar los postigotes y puertas del templo. Se intranquiliza el corazón de la madre. ¿Preanuncio de algo funesto?. Oprime sobre su pecho a la pequeña como temiendo perderla.

Sólo una hora después pueden abandonar el lugar.

Ante la insistencia de Pilar, la familia retorna al campo.

Fueron quince días de distensión. En los atardeceres, bajo el tutelaje del cielo campesino Antonio relata su esposa la euforia del triunfo con dejos de dolor por los que quedaron en el suelo conquistado, por el hijo herido y en peligro de muerte. Ambivalencia de sentimientos la punzan permanentemente ante la situación que impera: el país dividido, el ejército casi disuelto, reina la ambición, la codicia. Es acibarado el tono del soldado. ¿Podrá revertirse tal situación? Antonio no tiene repuesta y eso ensombrece la estadía.

En tanto su mujer descansa, el oficial medita. Con los sentimientos en pugna entre la lealtad a la patria y la paz del hogar se le hace muy dura la resolución. Más se impone el espíritu guerrero.

La nueva partida se ha demorado por el temporal desatado durante tres días.

Pilar abandona el lecho. La alborada se presenta luminosa. Hoy será la marcha se dice apesadumbrada. El bullicio del trabajo llega desde el galpón grande. Ello no alcanza a mitigar las voces interiores de su Valencia: voces familiares ¡tan lejanas en el tiempo y la distancia!. La del abuelo, sentencioso; del padre manejando a los hijos con mirada afilada ante faltas que consideraba impropias; la madre siempre jubilosa con sus cantares colmando de alegría cada hueco de tristeza y nuevamente la interrogación que creía olvidada: ¿Debió abandonar su patria? ¿Ama a Antonio?. Se siente protegida en sus breves estadias en el hogar, ¿esto basta para su corazón sediento de ternura, de pasión? ¿Lo percibe él cuando sus cuerpos se encuentran? ¿Adivina el rubor encendiéndole las mejillas? Eleva una plegaria para alejar los malos pensamientos ahora que parte nuevamente sin fecha de regreso.

¡Que poco queda del apuesto mozo al que entregara el corazón!. Trasuntaba abolengo de cuna y espíritu, el porte recio, la mirada abierta. Ávido lector, no faltaba jamás en su bagaje algún libro y el breviario de oraciones a las que dedicaba buena parte del descanso en campaña.

Joven aún, se entrevé el sufrimiento en sus ojos, la espalda algo encorvada, los soles, el viento, el frío le han marchitado la piel del rostro, encanecido los cabellos. Solo la presencia de la pequeña despierta en él una esperanza que le ilumina la expresión.

Ha llegado el día de la partida. Siente el capitán que esta vez será más dura. No es solo el alejamiento del hogar con la nueva gratificación espiritual de la hijita. Su corazón de patriota siente el orgullo de las loas del libertador que ha mencionado al pueblo de San Luis como benemérito tras la victoria de Chacabuco, pero la sublevación y posterior ajusticiamiento de los prisioneros españoles confinados en el pueblo, lo conmueve y a la vez lo sufre como una traición al amigo (lo era de vario de ellos), y al soldado. El altísimo rango de los vencidos había sido respetado por el gobierno y pueblo. Se los alojó dignamente, se les concedió libertad de tránsito en la humilde aldea, amistad, afecto.

Todo ello se truncó con la bárbara rebelión con intenciones de dar muerte al gobernador, apoderarse del gobierno.

Dejó de lado la turbación que le provocó tal recuerdo. No eran tiempos de sentimentalismo.

Su nuevo destino era la expedición al Perú. La victoria en los llanos de Maipú había abierto las puertas para las nuevas aspiraciones del libertador y de quienes eran sus oficiales seguidores.

Continuaba la confusión en el país: el litoral sublevado; los caudillos criollos guerreando en el norte, el este; ambiciones, codicia. Sombras que mortificaban los espíritus. El destino del soldado, esposo de Pilar, era inequívoco.

María crece rodeada de atenciones y cariño.

"¡Llévame a cococho!" pide a los hermanos, incansable. Carcajadas, corridas tras la niña se suceden al llegar la oración. Es momento de distensión

luego de las pesadas labores campesinas. María es paz, sosiego. Cuando el cansancio y el sueño la rinden, se refugia en el regazo de la madre. En las noches de luna llena bajo la bendición de la brisa que alivia el bochorno del verano pide mimosa:

-Mamacita, cuénteme el cuento de la Virgen; en tanto el dedito señala hacia el firmamento en donde refulge la luna en la negrura de la noche despejada.

-¿Otra vez?, Está bien, pero luego a dormir. "Hace muchos, muchos años, tantos como estrellas ves, conversaban San José y la Virgen María. ¿Qué os parece si visitamos la luna? Dijo ella. Capaz que allí vive gente que nos necesita. José estuvo de acuerdo y allá fueron con el Niñito Jesús y el borrico. Se encontraron al llegar con solo un pueblito de ancianos y niños. Jesús jugó con ellos en tanto María conversaba con los viejecitos. Cuando llegó la hora de partir, los bendijo y les prometió que volverían cada vez que la luna estuviera redonda, redonda como la ves hoy". Mariíta cierra los ojos ante la visión encantada de la imaginaria escena. No toma en cuenta que el relato ha sido muy breve hoy.

Pilar observa con admiración a sus hijos varones. La vida los convirtió en adultos sin que hubieran gozado de la niñez. El medio en que viven cuando no están al servicio del ejército, los ha formado hombres de a caballo, diestros en el lazo, conocedores de todas las faenas del campo. Manejan el tosco arado, siembran, cosechan el fruto de la tierra que no siempre es pródiga. Rastrean, campean a rumbo y al amparo de la calidez de la cocina trenzan y repujan el cuero en tanto el mate, muchas veces cebado por la madre, pasa de mano en mano acompañando las noticias del día.

A la vez siente el rechazo hacia el General. Su esposo y los hijos lo admiran sin límites y en él han puesto todas sus esperanzas de libertad. El es el culpable de que ellos se aparten de la familia. ¡Siempre pidiendo, exigiendo hasta casi agotar cuanto se tiene y cuesta tanto mantener.! ¿Cómo será?. Muchas veces se hizo la misma pregunta.

La ocasión se presentó poco después. Estarían frente a quién no reparaba en medios y sacrificios en pos de la empresa que se decía gloriosa, fundamental.

Su tío llegó una tarde apacible de principios de otoño.

-No puedes dejar de tomar parte del acontecimiento. El General, de vuelta de Buenos Aires, se ha detenido en nuestra ciudad; lo agasajaremos según lo merece tal héroe. Representarás a tu esposo.

Sólo en esta oportunidad se permitió Pilar abandonar el campo después del bautismo de su hijita.

El Cabildo se había vestido de fiesta. Autoridades y nobles, señoras y jovencitas emperifolladas de acuerdo a la ocasión, estaban presentes en el salón que había sido engalanado con el aporte de los pudientes; alfombras, cortinados, espejos, dieron al lugar el esplendor que exigía el festejo.

Los hombres en una esquina del salón, trajeados de gala, conversaban animadamente, halagaban al invitado, requerían informes sobre sus futuras intenciones. Era alto, moreno, mirada acerada, la espalda algo vencida (se decía que había estado seriamente enfermo durante la travesía de Los Andes),

no le restaba elegancia ni distinción. De tanto en tanto volvía la mirada hacia la concurrencia femenina a instancias de alguna indicación hecha en voz baja. Se percibía la agitación en el grupo involucrado.

Sentadas en sofás que rodean el salón, las damas atentas a los detalles se enorgullecen de ver sus pertenencias brillando en el lugar. En su murmurar se pierde el buen nombre de hombres y mujeres sin ninguna piedad. Los abanicos en frenético movimiento u ocultando las bocas.

Las miradas se dirigen con insistencia hacia una dama ya no tan joven, pero de llamativa belleza. Se comenta sobre una relación clandestina y apasionada en ausencia del marido militar, con un distinguido caballero. No han dejado de percibir su inquietud, sus fugaces miradas hacia el lugar de la agraciada y perturbadora fémina. De tez muy blanca y anchos ojos negros, se mantiene en apariencia, ajena a los disimulados comentarios.

No es la única que cae en el chismorreo malintencionado. Ni el general sale indemne, se quejan, aún cuando todas aguardan expectantes su atención.

Actitud femenina, casi lógica, consecuencia de la vaciedad y tedio que envuelve la vida estéril de las damas de la aldea.

Las niñas, en otro sector, esperan arreboladas, inquietas, el inicio del baile tan poco habitual en época de perturbación social.

Telas livianas, colores claros (últimos dictados de la moda), profundos escotes que dejan lucir los mórbidos bustos, peinados con bucles cayendo sobre espaldas desnudas; rostros de criolla belleza, las hace apetecibles a la imaginación de los jóvenes oficiales.

La sangre de la juventud bulle como canto doliente.

Pilar, en el grupo de damas no tan joven, contesta distraída los comentarios. Se niega a mirar al General luego de las presentaciones protocolares. No puede contener la turbación. Allí, muy cerca, está el militar venerado, admirado, al que no puede negársele ningún sacrificio aún a costa de pobreza, soledad. ¿Es ese el hombre del que depende la patria?

Inmersa en sus pensamientos escuchó sobresaltada la voz grave, pausada del general solicitándole venia para el próximo baile cuyos primeros acordes ya flotaban en el aire. El salón adquirió contornos imprecisos se le negaba la voz, se sentía sorprendida en falta. No podía dominar el temblor de su mano sobre la de él. En cierto momento en que la figura del cielito los acercó, habló el Libertador:

-Está muy nerviosa señora, quizás no le simpatizo. Todo pasará, piense que nada es en vano, más aún, está en juego la libertad de América.

"¿Había adivinado su sentir?". Reaccionó Pilar y pronunció con voz dolida, irónica:

-¡ Es muy duro lo que pide, General!

Una sonrisa casi paternal se dibujó en los finos labios del guerrero.

-¡ Es toda América, mi señora!. ¡Es por su patria!.

Ella responde con voz firme:

-¡ América no es mi patria!.

Había levantado la voz y ruborizada agregó:

-¡ Es la patria de mis hijos, si no mueren en el campo de batalla!. Estamos quedando sin hombres. ¡Por Dios!, ¡Tenga Usted piedad!.

Le temblaba la voz, sintió que los ojos se le desbordaban de lágrimas.

-¡ El hombre no es hombre si no da la vida por la patria!.

-¡ Así será General, si usted lo afirma!.

Al dialogo siguió un silencio tenso; acabado el baile, más abatida aún, ocupa su lugar en el sofá.

Al observar el rostro demudado de la aún joven señora, enmudecen quien están junto a ella; les ha causado envidia la preferencia del héroe hacia la dama que no luce las últimas elegancias de la moda y con un rostro poco lozano y falta de cuidados.

"¿Por qué la expresión contrita, turbada? Se preguntan luego de su partida casi inmediata. No faltaron sonrisas suspicaces.

CAPITULO TERCERO.

María de los Dolores está en edad,, de casarse. Los padres no pueden negarse al pedido formal del joven Coronel Patricio Romero. De familia de abolengo, valeroso y muy enamorado de la niña de la casa que responde a las atenciones del pretendiente con alegre inocencia y persistencia, ante las primeras negativas de los padres a quienes cuesta separarse de la pequeña.

Afincado en el pueblo de Renca, es poseedor de bienes raíces, numerosa hacienda, un molino. Aún cuando su riqueza se ha diezmado con las donaciones al ejército, han hecho poca mella en su fortuna. Posee tierras fértiles, buena peonada. El porvenir de María está asegurado.

Pilar siente que no podrá resistir la separación. Ya ha perdido tres hijos en guerra, el último en la peste del cólera; y ahora su amada hija.

A los conflictos políticos que no cesan, se suman una vez más las incursiones de los indios ranqueles adentrándose en el territorio, provocando desmanes sin piedad.

Pilar aceptó con resignación y dolor el nuevo desgarramiento.

La ceremonia se realizó sin ningún boato. La novia vistió las mismas galas de la madre; solo el ramillete de jazmines blancos sustituyó el rosario familiar.

"¡Ahora sí quedaré sola!", medita la madre durante la ceremonia. Observa a su esposo que desde hace varios meses está junto a ella. La herida recibida en batalla, le ha inutilizado el brazo izquierdo, camina con dificultad; ¡pero está vivo! En cambio...

Sintió su mano fuerte apretando la suya. Si, ahora que están juntos, todo será más fácil. Quizás la finca vuelva a ser la de antes, cuando se abastecía por sí misma: la rústica herrería donde se forjaban y reparaban herramientas, el galpón, donde se construían muebles, los telares, todo en quietud de espera. Solo el horno para el pan se mantiene vivo. El aroma de la crujiente corteza es esperanza, ritmo imperecedero, vital compañero de la leche fresca, del quesillo, de la miel silvestre.

El rendimiento de las tierras resulta exiguo como nunca dado la persistente sequía, la invasión de langostas. Los víveres escasean. El matrimonio trata de equilibrar con medida lo poco que se obtiene.

¿Cuántos años han transcurrido?

La nana descansa sus huesos en el sillón hamaca que Pilar ha hecho construir para su comodidad. Balanceándose en incansable vaivén mira a lo lejos con ojos ausentes, perdidos en quién sabe qué sueños, recuerdos.

En tres petacas había acomodado personalmente el ajuar de su niña. Suprimió enaguas, agregó delantales de uso diario, pollerones de drill. El trajinar propio de los lugares que a ellas les había tocado vivir y en el que se desenvolvería su Mariña no condecían con el vestir ciudadano. Entre las prendas había incluido el mantillón de bautismo familiar entre gajos de alhucema y algunas lágrimas suyas y de Pilar, que no habían podido contener.

La nueva pareja se radica en las afueras de la importante ciudad de la provincia bajo el amparo del Cristo del Espino. La casona se levanta en el valle junto al río, cercano a las sierras.

María es más fuerte e independiente que su madre. Está llena de proyectos.

"Me dedicaré a la enseñanza, a tener muchos hijos como usted madre."

Así le había hablado antes de la partida. "Ellos llenarán mi vida y la suya."

En vano espera Pilar los nietos. Cada tanto intercambian visitas, se cuentan las pequeñas alegrías, los miedos, los pesares.

-He hecho una promesa al Cristo del Espino, madre, ¡quiero acunar un hijo! El parece no escucharme, pero redoblo los ruegos y ¿sabe?, Noche a noche rezo la oración de la india Visitación, ¿Quién le dice que la plegaria no llegue hasta la Virgencita de Los Dolores? Le enciendo velas todos los sábados. ¡Cuánto le agradezco que me la haya cedido!

Pilar suspira entristecida, consuela a la hija renovándole la confianza en Dios.

Ese año la india ha incursionado en repetidas ocasiones acercándose a la zona en donde habita su hija. El Cabildo ha solicitado urgente ayuda a Bs As que responde enviando gente para construir defensas. La zona donde habita María aparenta calma.

La joven señora, para llenar el vacío de las horas se ha consagrado, según sus propósitos, a instruir a los niños del pueblo en la enseñanza del catecismo y las primeras letras.

Tres veces por semana la calle principal cobra vida con la presencia de pequeños de todas las edades acercándose a la humilde capilla esperando la llegada de la joven de cabellos rubios y las golosinas que les reparte al concluir la clase.

María llega montada en caballo zaino. La acompaña Benita – su ama de leche – que heredó con sus hijos luego del casamiento. Ella es la encargada de mantener el orden que a veces se ve perturbado por algún niño mayor. Menudean los coscorrones y tirones de orejas para los que no cumplen las reglas.

Benita vive en un ranchón cercano a la casa de María. Madre de cuatro morenitos, presencia viva y humilde de la tierra. El más pequeño se distingue por su tez clara y enormes ojos verdes, rasgos más afilados. Hijo nacido en las largas ausencias de su hombre y su complacencia con algún soldado español afincado en el lugar.

Mariquita, la única mujer, se ha aquerenciado en la casona y María accede que permanezca en ella la mayor parte del día. La niña es dulce y

obediente, de pocas palabras como la madre. Gusta acercarse un banquito junto a la patroncita para escuchar con embeleso los cuentos y leyendas que ella relata. Historias escuchadas de boca de Pilar y de la india Benita, enriquecida con el colorido y superstición local: leyendas de cerros encantados, de toros de aspás de oro, de lagunas habitadas por misteriosos personajes, de pájaros que hablan...

¡Maravillosa conjunción de dioses de la tierra y el cielo!

Las que más gustan a la niña y a los pequeños que concurren a la capilla, son la de los pájaros habladores y las del firmamento. Esas piedrecillas que enjayan el cielo en las noches serenas, son entonces mágicas luces para las mentes vírgenes.

María es una relatora de excepcionales dotes, conocida por los concurrentes a las reuniones que de tanto en tanto se realizan en casa de amigos. Luego de guitarreada, cielitos, mazurcas, valeses; se solía concluir con algún decir de María a solicitud de los asistentes.

Los malones habían comenzado con furia desatada. Estando María junto a su madre asistiéndola de la enfermedad que la tenía postrada, los maloqueros invadieron la zona de su hogar barriendo hacienda y cautivando mujeres y niños.

María se enteró de lo acontecido cuando todo había pasado. El chasqui llegó con la infausta noticia un atardecer de comienzos de otoño.

Las hojas amarillentas en la arboleda contrastan con ramas que muestran al aire su desnudez. En la casona los jazmineros persisten en su floración.

El esposo llegó una semana después y fue terminante: debía quedarse con su madre ya que la situación en la zona era insostenible. Los bárbaros se habían permitido incendiar hasta la capilla y entre las llamas se había consumido el Cristo milagroso. El trabajo de reconstrucción iba a demorar.

La joven apretó con fuerza la mano de Mariquita que lloraba al entrever en las palabras del patrón que su madre, sus hermanos, habían desaparecido. ¿Cautivados? ¿Perdidos en la huida?.

Antonio regresó a la ciudad. Eran momentos límites y debía estar presente afrontando las responsabilidades de su cargo.

Transcurrieron dos meses de tensa calma. María podía volver al hogar. Los indios, en la hartura de todo lo que habían acumulado en víveres y caballada, se mostraban tranquilos. No era previsible otro malón.

Patricio acompañó a su esposa llevándose con ellos varias chinitas de propiedad de Pilar. Acondicionó ropa, vituallas y otros enseres a fin de atender las mayores necesidades de los renqueños.

Ya instalados, la joven continuó con su misión docente; no en la capilla que continuaba en ruinas. Su hogar, que había sido reparado de los daños sufridos se transformó en pequeña escuela. María ofrecía especial atención a los niños privados de sus madres víctimas del ataque. Fue difícil la misión que le tocó vivir en la que volcó la devoción y amor maternal que le era negado.

Benita había aparecido semanas después de la invasión, hambrienta, desgredada, con los hijos consumidos por el hambre. Fue enviada a Los Tapiales para la recuperación.

Crisanto, su hombre, se presentó en el rancho un gélido amanecer de invierno. Reconoció emocionado, entre las últimas sombras del amanecer, las sierras coronadas de nieve ahora cerquita, casi al alcance de las manos, ¡se veían tan imponentes como las del sur en la lejanía! Más adelante el rancherío, la casona... ¡y el que creía haber olvidado!

Siete años atrás lo habían enganchado junto a otros paisanos y negros. Era la época de constante milicia. La voluntad del hombre de la tierra no contaba por entonces.

Benita, rodeada de sus hijos miraba con azoro y alarma a ese ser casi desconocido.

"¡Diosito me favorezca!" Murmuró para sí.

Él la observa con cariño manso, no parecía dispuesto a pedir cuentas. Dos de los niños indudablemente no le pertenecía. Las caritas mostraban a las claras el mestizaje; sólo los dos mayores eran sin duda de su sangre.

-¿Y la Mariquita ánde está?, Preguntó anhelante.

-Con la señora María pues, eia está muy solita. Pronunció con voz apenas audible; la gurisita ya sirve pa todo.

El hombre suspiró resignado sin intentar acercamiento físico.

No tardó en arder el fuego en el precario fogón. Crisantos había traído charque y con él la mujer preparó un guisado. Le hicieron honores con avidez. ¡Estaba todo tan escaso!. Los muchachos devoraron el potaje.

La voz se escuchó clara tras la entrada protegida con un cuero.

-La doñita quiere hablar con usted, don. – Dijo la chinita asomándose luego por la ventanuca -. Dice que no demore.

-Digalé que agorita voy.

Pilar, en su sillón, se balancea melancólica cuando el paisano con la familia hace su aparición. Con el sombrero en la mano saluda con tímida inclinación de cabeza. El fuego brilla en los diferentes braseros ubicados en las esquinas de la habitación. La calidez del ambiente es propicia para la escucha.

Con la mirada ausente tratando de acaparar recuerdos, habló Crisanto:

"Y fue pasando el tiempo... más entreveros, más peligros, alguna enfermedad, y por juerza nos teníamos que desenganchar hasta el alivio el mal, siempre lejos e la querencia. ¡Que había siu grande la patria doñita! Como pa ponerse di acuerdo tanta gente qui mandaba di un lao y di otro y pa pior, sabedores e la razón creiban ser, y nosotros sin saber pa que lao agarrar ricordando los gurises, la mujer di uno, ¡la tierra!

Una breve pausa, un suspiro profundo y retomó el relato rememorando que en uno de los entreveros había recibido un chuzcaso en el costado. Pa mi, quedaba pa toda la ciega, esuera lo que pensé".

Con emoción recordó la actitud del comandante que los había enviado a Buenos Aires (eran varios los heridos). Apostaba sin duda que la Virgencita del Rosario había ayudado a su curación. Otros no corrieron la misma suerte.

Los médicos habían recomendado que los librarán de la milicia; él se había negado con tozudez, "¡Cómo iba a dejar a su comandante sin un hombre con la falta que hacía!. Y yo nu e naciú pa florcita, doña."

"¡Jue de fiesta mi guelta!"

Pilar observa al hombre de hablar pausado como quien mastica recuerdos algo olvidados. La piel curtida, reseca, los ojos enrojecidos, un ligero temblor en las manos.

"-¡La patria!, Las armas anteponiéndose incesantemente a los afectos aún los más queridos. A Crisosto lo recordaba bien parecido, atrevido en el accionar y ahora...¿Qué quedaba para Benita que quizás ya no lo quería? ¿Y para los hijos propios y los nacidos en su ausencia por el ardor de la china que se creía sola?."

El silencio era espeso; nadie hablaba, hasta que el hombre que había callado en busca de memorias, continuó el relato.

"Hombre e ley el comandante, uno más a la hora el mate, tuitos alrededor el jogón."

"Entre amargo y amargo, ¡los recuerdos!". El suspiro hondo se perdió entre las chispas de las brasas cercanas.

Pilar creyó ver lágrimas en los ojos del hombre que volvió a enmudecer.

"Dispues pasó que mi fletaron pal norte. ¡No tuve la misma suerte! El comandante era e pocas pulgas y asigún comentaban, andaba en líos e polleras. Si lo supe ió qui mi agarró pa ievar cartitas. La niña era e cuna muy güena y la familia no queriba saber nada. Lis habían mentau qui nuera e fiar.

"Una e tantas noches iba con la cartita el jefe pa la niña cuando e repente tres hombres salieron al paso, mi tumbaron, mi hurgetiaron todito y dieron con la carta, ¡perjumada pa más! Y de áhi ¡la gran paliza!".

"¡Por alcaguete! ¡Cárguenlo nomás! Y tenís suerte, el patrón mandó dijuntarte, escuché decir a uno. Li juro doñita qui nuentendía nada. ¿Qué teniba que ver con el lío? io cumplía órdenes. De repente vide todo oscuro y reciencito al otro día me desperté mariau y con sangre en la boca. ¿Y áhura qui hago? Me dije a mi mesmo. Si golví iba parar al cepo. Ya le estaba oyendo: -¡hibieras juído, caracho! No, no podía golver."

Nuevamente el silencio largo, tenso, cargado de emociones. Pilar dirigió la mirada hacia el grupo familiar. Durante el relato había permanecido con los ojos entornados.

Los hijos de Crisosto se habían arracimado junto a él. No parecía el mismo. El hombre que recordaban era recio, alegre, con las espaldas dobladas sobre la tierra en el laboreo; hombre manso, querendón. No, no era aquel este padre valiente, aguantador en la pelea, en la adversidad. Los ojos les brillaban de orgullo.

Algo alejada, Benita con los más pequeños tomados de su falda. La observó tensa, solitaria entre los que la rodeaban. ¿Cómo sería Crisosto cuando retornara a la monotonía de la tarea habitual? ¿Podría acostumbrarse a la atadura del hogar?.

Benita sentía un extraño vacío en el corazón. Aparentaba paz que solo era incertidumbre, desaliento.

"Fiero mi ha jugau Diosito". Hacía tiempo que la sangre se le había aquietado y solo paz pretendía su corazón.

Pilar continúa con su balanceo; físicamente inmóvil con un torbellino de recuerdos. ¡Anhela tanto la presencia del esposo, de los muchachos ausentes!

Internamente envidia la escena familiar y siente en hondura la soledad en que la sume la patria desgarrada por permanentes conflictos. ¿Por cuánto tiempo aún?

El hombre, sólo atento a su sentir, continuó relatando su historia.

Montado en un tordillo, "muy superior", que pertenecía al coronel se había largado para el sur. No sabía aún para dónde, pero bien lejos.

Galopó varios días huyendo de los lugares de reclutación. ¡Era desertor! En los ranchos compartió algunos asados, algún guiso.....Para descansar se tumbaba bajo un árbol, entre pajonales y caudillos o en donde lo "pillara" la noche.

No pudo determinar el tiempo de ese deambular.

Había podido cambiar el tordillo de buena sangre por dos caballitos criollos. Siguió los consejos de un viejo paisano: "juya pa las tolderías el sur mijo, es lo menos pior", había sentenciado el hombre.

Y hacia allá rumbeó Crisosto a la buena de Dios.

Por momentos durante el día, el aire era blando y fresco, por las noches se hacía turbio y muy frío.

Siguió por la rastrillada de los maloqueros (camino seguro), evitó guadales, "se le podía ir la vida si se internaba en alguno".

Días y más días subiendo y bajando médanos, haciendo alto junto a las pequeñas aguada que abundaban en la zona. Terminada las provisiones se había alimentado de algarroba, raíces, alguna fruta silvestre que encontraba de tanto en tanto.

De pronto una nueva rastrillada y miles de vizcacheras.

Le habían informado que la presencia de esos animales, anunciaba la cercanía de toldos.

Aumentaron los espinillos, algarrobos, chañares, divisó una aguada mayor que las que había dejado atrás.

"¡Ande se habrán metiu los indios, me decía pa mi mesmo ya sin juerzas! Más montes, arbustos rastreros, de repente, ¡un toldo! Sentí un barullo en la cabeza, alivio, julepe...¿golverme?."

El toldo no había sido uno sino varios. Se había alarmado ante la presencia de una jauría de perros hambrientos que se le vino encima.

"Sofrené los pingos y esperé."

Momentos después un grupo de indios con las chuzas en alto y en cueros se le había abalanzado.

"Juro qui perdí tuito el valor. Parecían dispuestos a "toparme" nomás cuando sofrenaron los caballos. Solivié las manos pa que vieran que no traiba armas."

Se llevaba cebado un caldero de agua; Pilar, Benita, los muchachos, escuchaban en silencio. Los hijos estaban conociendo al padre a través del relato que les costaba creer.

-Benita, caliente comida y sírvele a tu hombre.

Crisosto comió ávido como si no lo hubiera hecho una hora antes. Hasta se le pasó por alto que jamás antes se hubiera permitido haberlo en casa de la doñita.

Bueno, ahora puedes continuar.

La voz de Pilar se escuchaba cansada, pero con interés. El fuego seguía crepitando atizado por uno de los muchachos, con alboroto de chispas.

-Agora ta mejor – dijo el paisano sin denotar fatiga ni molestia.

"Como iba diciendo, luego nomás uno d' ellos se hizo a un lado y ¡vaya sorpresa! Nuera indio sino blanco; cara e perro tráiba. Preguntó qui andaba haciendo por esos pagos. Le dije la purita verdá; se volvió a hablar con un indio que había quedau más lejos. Era el capitanejo e la toldería. Asigún parece lo conformé. Dieron media güelta y se jueron tuitos pa los toldos.

"Quedé en compañía del lenguaráz"; el minformó qui podía allegarme sin miedo."

-¿Y allí se quedó? – quiso saber Pilar.

"No teniba otro rimedio doñita."

"Grande jue mi sorpresa cuando dispues vide varias cautivas viejas todas saparrastrosas, otras vide más mozas, unas pocas bien trajidas, pero las más daban pena. Lindas indias vide dispues con las caras pintarrajeadas y con lujo. ¡Di muchas cosas mi anoticié con los días!"

Está bien por hoy Crisosto, mañana a la misma hora te arrimás y seguía con tu historia. Tu mujer te pondrá al tanto de las tareas. Faltan brazos de hombre y sos bienvenido.

Ta bien doñita pase güena noche. Los muchachos cansados, abandonaron presurosos el lugar. Tras ellos Benita, arrastrando los pies.

Pilar quedó preocupada; había observado en la china total desinterés por el relato. Sólo miraba una y otra vez a los hijos pequeños que había mantenido muy junto a ella como si temiera perderlos.

Ella confiaba en el hombre, se lo veía envejecido por los años, la milicia, por la vida en los toldos.

Soñó esa noche que los maloqueros llegaban al lugar; ¡entre ellos su Antonio que incendiaba la casa!

Debió gritar porque Ramonita se acercó al lecho. Tenía siete años y era su compañía desde que el esposo la trasladara al lugar, luego de la muerte de su madre.

-¡Madrecita!. ¡Despierte!. ¿Está enferma?.

-No, no pequeña, solo un mal sueño, vuelve a dormir.

La niña se retiró hacia el rincón de la habitación en donde tenía armado un jergón de tientos.

El amanecer sorprendió despierta a la señora. La frente perlada de sudor y un intenso dolor en el pecho. Intentó incorporarse. Las piernas no le respondieron. Con voz desmayada llamó a la niña.

A través de la puerta que había quedado entreabierta; llegaba el aroma agridulce de las uvas en sazón atacadas por las avispas. El otoño avanzaba en su amarillear de hojas y ramas desnudas.

El dolor, la desorientación, se ha apoderado de los habitantes de Los Tapiales. La doñita Pilar es trasladada a la ciudad.

Transportada en brazos por su hijo mayor, fue acomodada amorosamente en el landó; Benita y la pequeña acompañan a la patrona.

La peonada, las chinas inmóviles, contemplan el carruaje hasta que desaparece en la primera curva del camino polvoriento. El fondo persistente del zumbir de abejas y avispas, pone una nota sonora al llanto callado de las mujeres.

-¿La volverían a ver? ¡Se la veía tan mal!.

Con precipitadas órdenes, Crisosto quedó a cargo de la propiedad. Debía cargar con múltiples responsabilidades que aceptó acongojado y dispuesta dar todo de si.

-¡La pucha, bien haiga con mi mala estreia! ¡Que dí güeltas fieras tiene la vida!.

Toda la peonada acataba sus órdenes. Respetaban al valiente soldado, al que había tenido el coraje de convivir con la indiada.

Por las noches, fatigado, se reunía con los hijos reencontrados y con los ajenos. Se había comprometido a cuidarlos y a quererlos como a los propios. No se sintió con ánimo para continuar con el relato que le solicitaban los mayores: Solo, en el jergón, recompuso aquella vida en la toltería.

Llegó a granjearse la simpatía del capitanejo Cholcao – hombre taimado y violento-, de la chusma y de las chinas. Trabajó amistad con algunos blancos refugiados por motivos políticos.

Hubo aversión en otros: hombres de avería, seres perversos que sembraban discordia motivando intranquilidad entre las cautivas. Conoció en cierta ocasión a Lanza Seca, personaje sombrío y resuelto. Acaudillaba a un grupo llegado de Mendoza. Era temido y respetado.

En otra de sus noches en blanco recordó a Juliana, cautivada tiempo atrás en Piedra Blanca. Vivía con la hija, fruto de la unión forzada con un capitanejo inferior que la desechó poco después. La recordaba mansa vencida, los ojos pardos resaltando en la cara estragada por la enfermedad. Fue su amiga y compañera en las largas noches invernales. Dormían bajo las estrellas, bajo las heladas, cubiertos tan solo con un poncho raído regalo de un alma caritativa. Una enramada los defendía del fuerte viento del sur que azotaba sin piedad: grandes fogatas y sus cuerpos unidos les confería algo de calor. La pequeñita permanecía en uno de los ranchos en donde pernotaba con otras cautivas.

El cuerpo, la mente, se le fue curtiendo. Tuvo que volverse ladino, componedor.

Nostalgioso de su tierra se le hizo imperioso volver junto a los suyos tras siete años de ausencia. Debía buscar la ocasión y se prometió librar de la ignominia a varias cautivas enfermas. Era conciente que la empresa se le dificultaría, pero no melló en su propósito. Sabía que el precio sería alto: una caballada, abundante aguardiente. El único modo de conseguirlo, tomar parte de un malón. Le perturbaba la idea, sentía un rechazo profundo. Debía vencer los resquemores y lo haría. Varios caballos, los mejores, y luego, en la confusión volvería a los toldos con su salvoconducto.

Confundido entre la indiada rebasada de aguardiente y chicha, consiguió su propósito. Eran buenos animales, podría negociar.

Escabulléndose volvió tierra adentro, se presentó ante Cholcao mediante el lenguaráz. Previo varios parlamentos, llegó a un acuerdo:

-¡Cinco mujeres blancas por la caballada y tres porrones de chicha! Pronunció Crisosto con firmeza; había apartado uno de los animales que negoció con un cautivo a cambio de buena cantidad de bebida.

Cholcao se mostró conforme. Con ojos de codicia había inspeccionado a los animales.

-Las quiero de San Luis, exigió Crisosto. Su voz era decidida y así se mantuvo durante los dos días en que Cholcao, luego de la aprobación, había dado vueltas en procura de otros beneficios.

-¡No dando órdenes! Había manifestado el indio; ¡dando mujeres enfermas!

Con alivio, feliz, comenzó sagazmente los preparativos.

Informó a Juliana y a las restantes cautivas..la mujer, con los ojos cargados de fiebre, recibió con lágrimas la noticia. Con su hijita no habría problemas. La hijas mujeres no eran consideradas por los indios.

Le costó hacerse de los elementos y el mínimo de comestibles para la travesía del regreso: un caldero para hervir lo exiguo de las provisiones, algo de charqui, zapallo, dos guámparos para el agua, un candil de grasa de potro. Lo emocionó la cooperación de las cautivas que quedaban. Preparó antorchas con manojo de paja y cebo atados a la punta de largas cañas. A último momento una cautiva envolvió en una manta algunos choclos.

Aprovechando la fresca avanzaron largo trecho el primer día aún cuando el estado de las enfermas impedía una marcha continua. Eran necesario los altos en el camino.

Juliana le había encargado su hijita. Era consciente que su vida se acercaba al fin.

Sentimientos encontrados ocuparon por ese entonces su mente: ternura de hermano, de padre; en un tiempo acaparó su corazón solitario. Era tierna, generosa. Se entregaba mansamente a su ardor de hombre joven. Se sentía entonces culpable recordando a la familia lejana. Intentó alejarse de ella, ¡pero era tan dura la soledad!

Había podido, por fin abandonar esa tierra hostil, ajena, dolida. El incumplimiento a todos los tratados por parte de los blancos, enardecía la mente de los indios. Solo pedían lo que consideraban suyo.

Recordó con unción el reencuentro con su tierra. El anochecer aliviaba el ardor de aquella tarde. Pudo distinguir las alamedas que anunciaban la civilización. Desmontó y besó los terrones resecos.

Dejó a Juliana y a su hijita Ramona en buenas manos en las afueras del Morro, junto a las otras cautivas. Se despidieron con lágrimas, en silencio.

En la madrugada, al trotecito, volvió a la querencia. ¡Le resultaba difícil de creer!.

Y ahora en el hogar, con responsabilidades caídas del cielo. Grande había sido su sorpresa al encontrar a la hijita de Juliana incorporada a la casa. Dedujo que la madre había fallecido. Dio gracias a la Virgen del Rosario que la pequeña hubiera encontrado protección.

Pilar no llegó a enterarse de la tragedia acaecida un mes después. "El gran malón", imprevisible, volvió a arrasarse Renca y Piedra Blanca.

María fue arrebatada sin piedad junto a otras mujeres de alcurnia. Fueron entregadas a capitanejos con las que tuvieron dispares destino.

El día anterior al asalto ya se había alertado a la población. La joven aterrada, no atinaba a tomar decisiones. Su esposo ausente, ¿Qué sería de ella?, pensó en huir, pero ¿A dónde? Mariquita hacía preguntas, las mujeres de trabajo, los peones solicitaban órdenes. No tenía respuestas precisas. De entre el grupo se adelantó un viejo paisano.

- Usted doñita, va dirse con las mujeres y los changos pal monte cerrau qui hay al pie el cerro; si nu hay tiempo e iegar arriba, ¡que la madre e Dios las ayude!

Lento en el hablar, sin titubeos, trataba de calmar a la gente.

Las indias y las chinas hacían sus ataditos con algo de alimento y pequeños enseres: jarros, botellas con leche, algún abrigo. Aún permanecían frescas en sus memorias, la depredación, los ultrajes, los incendios del último malón.

María continuaba sin reaccionar. El llanto de Mariquita la movilizó.

-Cierren con candado la puerta de entrada, yo sólo retiraré la Virgencita de los Dolores. Hay que protegerla. La tomó con unción del altar familiar y tras un breve titubeo tomó una gruesa manta y envolvió en ella la imagen. Súbitamente se le hizo la luz. Se dirigió con una de las chinitas al último patio. Pidió perdón al cielo por la irreverencia, se santiguó y la dejó caer en el pozo ciego. En grupo se dirigieron al monte. Si el destino les daba tiempo alcanzaría las alturas salvadoras. Caminaron toda la noche; María llevaba abrazada a la muchachita que no cesaba de llorar.

Las luces del alba iluminaron el monte cuando penetraron en él. Las espinas de los talas y espinillos les laceraban los brazos, el rostro, desgarraba sus vestidos. El cabello de María, que había olvidado de sujetar, se prendía del apretado ramaje. No sentía dolor, sólo angustia que le impedía razonar.

¿Qué tiempo transcurrió hasta que escucharon el retemblar de la tierra bajo los cascos de los potros y los aullidos de la chusma?.

María no podía rezar, la mente en blanco concentrada en los alaridos de la barbarie vengadora que minuto a minuto se acercaba. A paso lento, trabajosamente siguieron replegándose. El monte era una multitud de seres despavoridos.

De pronto una humareda espesa comenzó a colarse entre el ramaje leñoso. Habían prendido fuego al monte.

Huyeron despavoridos sin razonar sobre el riesgo. Llegaron a un claro con los ojos congestionados, la tos convulsa, la ropa desgarrada.

María no alcanzó a ver la presencia de quien con brazo de acero la arrancó del lugar. La apretaba contra sí al tiempo que la cabalgadura se lanzaba en alocada carrera. Solo percibió el olor nauseabundo del indio antes de perder el conocimiento.

Despertó en un toldo amplio de madera, paja y cueros. Varias indias la miraban con curiosidad. Más atrás, dos mujeres blancas. Se acurrucó en un rincón. Nadie le dirigía la palabra. Observó en una de ellas encendida mirada de odio.

El indio entró al anochecer. Vestía prendas limpias con toques pueblerinos. La miró desde su talla mediana y miembros nervudos. Los ojos chispeantes rebotaban lujuria.

-¡Yo ser Capitanejo Cayupán! Pronunció con voz altanera y agregó; ¡Indio toro yo! Se acercó a María y le acarició la larga melena rubia.

Con repugnancia rechazó el gesto.

Cayupán sonrió con mueca cruel y se alejó.

María quedó a solas con su miedo, rodeada de rostros extraños, de extrañas voces, de ojos con diabólico rencor hacia el color de sus pupilas y cabello. La atacaban sombras de muerte. Solo la parpadeante luz de un alumbre cortaba las sombras. Varias chinas aguardaban de pie para servir la comida. Las cautivas atizaban el fuego y cuidaban el hervor del potaje de intenso olor.

Se le acercó una de ellas y la invitó a compartir la rústica mesa precedida por el capitanejo. Lo acompañaban varios indios.

Negó con la cabeza, no tenía fuerzas para más. El ambiente saturado de olor a cuerpos sudorosos, a grasa y aguardiente la mareaba. Le fue alcanzado en vasija de madera, un guisado. También lo rechazó sentía náuseas y pánico.

No podía ordenar los hechos. ¡Madre! Alcanzó a pronunciar antes de hundirse nuevamente en la piadosa nada.

Cuando volvió en sí recordó a sus seres queridos. No había modo de precisar el tiempo. Una de las cautivas le acercó un cuenco con agua y algo de comida. Fue preciso ingerirlos. Debe avenirse o la pasará muy mal, le susurró al oído.

Se fue reponiendo lentamente. Tomó conciencia del abandono en que estaba sumido su cuerpo, del hedor que emanaba de las ropas desgarradas. La mujer blanca que le había acercado el tazón de agua, compadecida, la acompañó antes del amanecer hasta un jaguel con piso de tosca situado al borde de un cañadón. Sintió el impacto del agua helada. Su cuerpo y su mente se limpiaron de temor, de olores pútridos.

Estremecida volvió a vestir los andrajos que había lavado previamente. La suave brisa nortea contribuyó a secar su ropa y devolver algo de calor al cuerpo trémulo.

Todo transcurría con calma en tierra de blancos luego de un nuevo armisticio firmado con los indios.

El padre de María se había trasladado a Córdoba con intenciones de acercarse a las autoridades que pudieran ayudarlo a recuperar a su amada hija.

Habían transcurrido ocho años desde el gran malón.

Él ignoraba la suerte corrida por María en su cautiverio.

CAPITULO CUARTO.

Desde el presente que la cobija en la paz del hogar contemplando a sus dos hijas distraídas en juegos, suele rememorar María su vida en tierra adentro.

"Había sido una lucha feroz contra la lujuria de Cayupán su captor. Había soportado hambre, humillaciones, azotes. Había jurado dejarse matar antes que..."

"Por mucho tiempo las noches la atormentaron con pesadillas terroríficas. Escuchaba los pasos de Cayupán acercándose al lugar en donde trataba de descansar. Podía aún percibir su aliento a alcohol, su respiración anhelante; sentir su mano recorriéndole el cuerpo con levedad satánica hasta que volvía el silencio cargado de murmullos inquietantes."

Un estremecimiento la recorrió ante el recuerdo.

"El orgullo desmedido del capitanejo la salvó de que llegara al ultraje total. Esperaba con sadismo la sumisión de la mujer de cabellos como sol."

"¿De donde había sacado las fuerzas necesarias para soportar tanta humillación? Y no solo era el asedio del indio, también debió sufrir a las indias que la habían precedido en los favores de aquel."

-¡Madrecita!

La voz de la hija mayor le llegó desde el cuarto vecino.

-¿Hasta cuándo va a aguardar todo esto que tiene en la petaca, madrecita? ¡Son tan viejas! ¿Por qué no las bota? Yo la ocuparía con mis enaguas y mis vestidos.

"¡La petaca! ¡Su petaca! Allí guardaba intactos, el pilquén de fino paño a telar color encarnado, dos camisas, los collares, las pulseras, el pectoral de plata labrado que Ramón, el padre de sus hijas, le regalara cuando llegó "el acuerdo" por el que logró la libertad; la petaca era el recuerdo máspreciado, el resguardo de una vida plena sin igual."

¿Había sido feliz al abandonarlo? Sentimientos en pugna atormentaron su corazón desde que llegó a sus oídos que habían comenzado los "parlamentos" entre caciques y blancos.

"¡Qué distinta había sido su vida lejos de Cayupán! Éste, henchido de odio hacia la mujer blanca había consultado con las brujas de la toldería. Con gran empeño, estas habían hecho exorcismos durante varios días.

Por fin comunicaron al cacique:

"¡Mujer enganchada! ¡Gualicho grande!"

"Sus voces estridentes, gestos y movimientos desquiciados, los ojos posesos, convencieron al capitanejo."

"Fue arrojada del toldo principal y reducida a la mayor de las miserias."

"Supo que la venderían. ¿A quién? A quien diera a cambio la mejor caballada y la mayor cantidad de alcohol. Eso es lo que valía por ese entonces."

"El cacique Ramón fue su comprador. Llegó a la toldería de su nuevo amo un atardecer de comienzos de invierno. El frío ya abrazaba la región y el viento desaforado, azotaba con furia."

"Jamás olvidaría aquel día".

"Pasó la primera noche en mullida cama de cueros de carnero, lanudos, aseados; otros, enrollados, le sirvieron de respaldo. Bendijo a Dios el permitirle descansar dignamente. Sentía el cuerpo estragado por el hambre, el abandono, el desánimo. No recordó con precisión ese fin de jornada; se había sumido en un sueño profundo, reparador."

-¡Madre! ¿No me va a contestar?, Insistía Ignacia con voz apremiante; -¡necesito la petaca! ¡Y todo esto tan viejo! ¿Para qué lo guarda? ¡Hasta huele mal, madrecita!

-¡Te he ordenado que no abras la petaca! ¡Son mis recuerdos, sí, mis recuerdos y merecen respeto!, contestó alterada desde su cuarto con los ojos henchidos de lágrimas.

Las niñas cuchicheaban entre si:

-¡Para mi el collar! – Exclamaba Ignacita con su voz autoritaria.

-¿Y yo podré quedarme con las pulseras? – La voz de Andreita era suplicante.

-¡Sí, pero algunas también me tocan a mí!

María escuchaba a media la conversación con el desaliento nacido de la imposibilidad por dominar a la mayor de sus hijas.

"Con Andreita no tenía problemas, era una niña dócil, obediente, de ojos traviosos y despreocupados."

"¡Había sido tan brusco el cambio! Sus pensamientos volaron nuevamente a su vida en tierra Mapuche."

"¿Ya habías escuchado hablar de mí, Ramón? ¿Fue compasión lo que te llevó a rescatarme de la degradación en la que había caído?"

"Cómo olvidar aquel mediodía en el que te presentaste en el toldo ante mí, en extremo aseado, con los cabellos sujetos con un lacito en la nuca; cejijunto me miraste desde la altura de tu cuerpo fuerte en la que creí percibir un dejo de tristeza."

"La frente alta, los ojos muy claros me dieron la certeza de una conjunción de razas."

"La comunicación se hizo fácil ya que hablabas con cierta fluidez el castellano. Fue breve aquel encuentro, tus palabras llegaron a mi corazón como nuevo desgarro."

- "¡Fue caro, muy caro comprarte!."

Aunque tu hablar era afable fuiste claro: yo era tu nueva pertenencia. No guardé esperanzas. Desapareciste por días.

"Aún cuando sé que es un desatino, añoró el toldo que se levantaba a orillas de un monte; era amplio, limpio, cueros y mantas separaban los diferentes espacios. Lo encontré cálido, acogedor."

"¡Había pasado tanto frío!."

"Me sentí nuevamente un ser humano Ramón, aún cuando desconocía mi destino. Al amanecer, las cautivas barrían el piso de tierra apisonada con escobas de bizgaña, regaban. ¡Todo parecía un sueño! Hasta una de ellas quedó a mi servicio."

"Muy temprano, al día siguiente de mi arribo peinó mis cabellos apelmazados con una escobita de paja brava. Increíblemente quedó liso, libre de abrojos y bichos. Una y mil veces pasé mis manos por ellos. Un llanto lento, callado, acudió a mis ojos. Cuando me vió aquietada procedió a trenzarlos y los sujetó con bellísimas cintas. ¡Aquí están Ramón, junto a mis más preciados recuerdos!"

La voz alterada y exigente de Ignacita en su siempre pretendida intención de dominar a la pequeña, obligó a María a abandonar la labor y dirigirse a la habitación próxima. Había sido la de su madre convertida en sala de estar.

Allí la petaca de cuero se había convertido en cómodo asiento sobre el que descansaba una manta india y almohadones bordados por sus manos.

El espectáculo que se presentó ante sus ojos la colmó de enojo hasta el sollozo. Las niñas habían desparramado por el suelo el contenido de todo un pasado difícil de olvidar.

Del cuello de Ignacita colgaba el collar de plata con el pectoral; de sus trenzas caían varias cintas indias; en los pies el rústico calzado confeccionado por ella con cuero cosido con finos tientos.

En tanto Andreita había puesto en fila las pulseras de mano y pie.

¡Niñas, por la Virgen Santísima! ¿Qué han hecho? ¡A la pieza las dos a rezar el rosario completo! ¡Y con letanías! ¡Y pedirán perdón a la Virgen por esta gran falta de obediencia y respeto a su madre!

Se retiraron las niñas compungidas y avergonzadas.

- ¡Y recen en voz alta! ¡Quiero escucharlas! Añadió María. Apesadumbrada se arrodilló junto a la petaca.

"¿Hasta qué punto tenían razón sus hijas? El penetrante olor a humedad había molestado a las pequeñas. ¡Habían pasado tantos años!"

Tomó la mantita roja tejida al telar y la llevó al rostro besándola. Ella había cubierto el cuerpecito trémulo de su hija mayor luego que fueron sumergidas en el jagüel de agua helada inmediatamente después del parto.

"Había temido por la vida de la pequeña. Nada había sucedido."

El ritual se había cumplido. Poco después la recién nacida recobró el color y con gran brío se prendió de su seno del que ya brotaba el primer alimento.

"Jamás pensó en negarse a las prácticas observadas en la tribu. Nunca se negaba a las solicitudes de Ramón."

"Era su hombre ante Dios, ese Dios que en la lejanía de las pampas la había bendecido con dos hijas."

-Santa María madre de Dios... Las niñas cumplían con lo ordenado. ¡Sus niñas!

"Quizás sea tiempo de que me desprenda de todo esto."

Juntó los collares, las pulseras, dobló con cuidado las cintas, el chamal negro....Por último colocó el pilquén rojo. Se lo había entregado Ramón cuando marchaba hacia la libertad.

"Nunca podría sacar de sí sus ojos torturados en el rostro aparentemente imperturbable."

La congoja le había impedido decirle todo lo que en su corazón sentía en ese momento. Solo las manos fuertemente unidas trataban de transmitir el dolor de la separación."

-Madre venerada; ruega por nosotros.

-¡Ya está! – Determinó Ignacita al tiempo que ambas corrían hacia la galería.

María había escuchado, confundidos con los recuerdos, el desorden y apuro con que rezaban las oraciones. Estuvo a punto de reprenderlas, pero ¿acaso ella no se había alejado de los preceptos de su religión? ¿De las enseñanzas de la iglesia?

"¿Cuándo empecé a amarte, Ramón? Fuiste cauto, respetuoso de mi cuerpo. Sentías mi rechazo y te alejabas. ¡Cuánto te lo agradecí! Al pasar los días, las semanas, percibí en mi sentimientos movilizados, placenteros ante tu presencia."

"Por las noches, en mi lecho, ¡tantas veces desvelada! Te escuchaba en las cercanías entonando para mí extrañas canciones acompañado con tu kultrum, dulces y melancólicas melodías."

"¿O fue en aquella madrugada, luego de otro fallido intento de acercarte a mi cuerpo palpitante, esquivo, me llevaste transgrediendo la ley de la tribu hasta el jagüel (jamás hombres y mujeres se bañan juntos), y me referiste tu infancia vacía de amor maternal? (Tu madre había partido muy pronto hacia el infinito). Seis años contabas entonces. Vagos recuerdos tenías de ella: su cabello rubio como el mío, su dulzura, el amor con que te protegía de la mujer india que dio a tu padre dos hijos. Desde su llegada había quedado relegada. Te convertiste ya huérfano, en un pequeño salvaje compañero inseparable del cacique en malones y boleadas."

"Todo había sido sombrío en tu vida hasta mi arribo a la toldería."

"Me comentaste que habías escuchado voces que quietaron tu corazón descreído, que sentiste renacer la paz de tus años de chicuelo."

"¡Tantas cosas me dijiste!"

"Eres diosa del tiempo primero, hija del sol desde el principio fuiste y Huen Pillan te envió a mi tierra; pelo como sol tienes, ojos como cielo tienes."

"De pronto miraste hacia lo alto y volviste a la realidad."

"Me ordenaste retornar sin dejarme ver por nadie. En el cielo se apagaban las últimas estrellas. Chachao, el padre de todos, nos protegió."

"No volví a verte por varios días. Tiempo después supe que te habías internado en el monte para ofrecerle sacrificios a tu dios. Pediste perdón, y le solicitaste sus favores".

"Y la vida fue urdiendo lo preciso para que sucediera lo que aconteció poco después, Ramón."

"Ya empezaba a mirarte de frente cuando nuestros ojos se encontraban. Y eso sucedía a menudo."

"Comencé a necesitar tu presencia, a deleitarme con tu rostro, a necesitar caricias...¡Cómo olvidar Ramón aquella noche de luna plena cuando me invitaste a que nos llegáramos a la laguna!"

"Las espadañas se balanceaban sobres sus tallos reflejándose en las aguas quietas. ¿Habían abierto sus corolas para recibirnos? El supremo y ancho espíritu de aquella noche de comienzos de primavera, descendió a mi corazón, despertó mi sangre adormecida.

-¡Madrecita! ¿nos deja jugar en la acequia?- La voz de Ignacia no logró aislarla plenamente de la evocación en que estaba inmersa.

La autorización surgió automática.

"¡Estás tan cerca de mí! Siento latir mi sangre como cuando estábamos en la laguna, nuestro habitual lugar para amarnos."

"¡Qué sencillo resultó Ramón aquella primera vez! ¡Qué dócil mi voluntad para aceptar tus caricias!. Mi cuerpo se estremecía en espasmos de gozo hasta entonces desconocidos para mi."

"Y fuimos uno sobre el mullido pastizal, vibrábamos al unísono y gemimos con locura encadenada. Olvidé los miedos, ¡olvidé a mi Dios!"

"¿Recuerdas Ramón que solo las primeras luces del amanecer separó nuestros cuerpos hechizados, frenéticos? No podía mirarte, pero deseaba ser tuya nuevamente. La culpa me torturaba, mi corazón estaba lleno de ti."

¡Y que sabiduría la tuya en las noches que se sucedían en torbellino infinito enseñándome a conocer tu cuerpo, a conocer el mío que se consumía en fuegos de infierno, en paroxismos de cielo. La naturaleza pródiga nos acompañaba; la hierbecilla florecida en minúsculos pétalos azules que nunca habías visto antes y tus palabras: la diosa Nguanemapú nos bendice María, ella madura la semilla y madurará el misterio de tu vientre; ella ha bajado a nuestro lecho; ella ha bajado a nosotros. Silencié avergonzada mi esterilidad.!

"Desde entonces Ramón fuiste centro y razón de mi ser; Exaltación o tristeza según te encontraras junto a mí o en tus cacerías o malones que tanto me atormentaban."

"¡Fue dura aquella primera noche en soledad! Insomnio, pesadillas en que mi cuerpo ardía en las llamas del infierno; ¡y aquellos otros cuerpos crujientes aullando de dolor, torturados, desvalidos!"

"El amanecer me sorprendió hincada en cruz pidiendo indulgencia a la Virgen de los Dolores en tanto todo mi ser clamaba por tu presencia."

-¡Madrecita! ¿Por qué está triste? – Pregunta Ignacia apareciendo de pronto. La Virgen ya nos perdonó después de rezar el rosario: nunca más abriré la petaca y nunca más voy a decir que huele mal, ¿me perdona madrecita?

Maria abrazó con fuerza a su hija díscola.

-Estás perdonada y no estoy triste, sólo recordaba a tu padre.

-Yo también lo recuerdo, la que lo ha olvidado es Andreita. La pequeña de ojos azules y cabello renegrado miraba la escena asomada tras la puerta, expectante, a la espera de la absolución de la madre. Dicha misión estaba siempre a cargo de la mayor.

Nuevamente a solas María dejó volar sus obsesivos pensamientos.

"¡Cómo te amé Ramón! Te amo en nuestras hijas, en la rebeldía de Ignacita, en la bondad de la pequeña. ¿Cómo olvidarte si mi cuerpo estéril con Patricio se volvió bajo las estrellas de tu tierra en cuna de esperanzas no soñadas? ¡Cuánto era mi júbilo al ver que mi cuerpo se henchía, que albergaba una nueva vida retozando en mi intimidad!"

"¡Qué lentas se sucedían las lunas por entonces! En la placidez de los atardeceres, en soledad, sondeaba mi corazón, ese extraño corazón de mujer blanca tímida, recatada, entregada a un indio ¡por amor! en la vastedad de aquel cielo tantas veces turbulento, sorprendente, riguroso, me acercaba a mi Dios, a ese Dios que había abandonado. ¿Era realmente así? En esos momentos mi espíritu zozobraba en inenarrables dudas, miedos." Sí, ese mismo miedo de aquellos pequeños a quienes enseñaba el catecismo en el pueblo de Renca ante la imagen terrorífica del infierno impreso en una de las páginas del libro: demonios con alas de murciélago, llamas envolviendo a los pecadores. ¿Nunca te confesé Ramón que mi alma presentía que mi Dios me había perdonado y que a su misericordia me aferraba para vivir? Presentía su bondad infinita."

"¡Y aquel anochecer cuando me informaste gozoso que habías distinguido en la cercanía del toldo huellas del dios Ketronamun que era anuncio de buenas nuevas!"

"Por entonces me negué a creerlo, pero en la siguiente luna noté mi primera falta. Recelé hasta el mes siguiente y te hablé del milagro, si, porque fue un milagro, no dudé que había sido mi Dios, que Él era el mismo Chachao de tus creencias con el mismo poder, con la misma misericordia."

"Ya nada fue igual. Creció en ti el asombro del milagro hecho en mí. Me amaste como nunca apasionado, tierno, temeroso. Me ordenaste que no me acercara a nuestra laguna. El dios de la niebla Huaillepú, suele asomarse para hacer abortar a las mujeres preñadas – dijiste muy serio – y si en las noches de luna escuchas un largo silbido no debes temer, es Maip, la diosa de la buena suerte."

"No era fácil para mí Ramón, vivir sujetas a tantas divinidades tutelares aún cuando aprendí a respetarlas; contemplar las espectrales danzas al ritmo de cantos monocordes en vuestras ceremonias tribales que se habían hecho frecuentes desde mi anuncio; ¡y los sacrificios que ofrecías en la soledad del lejano monte según me relatabas rogando que nuestro hijo naciera fuerte y sano.!"

"Todo era deslumbramiento y también temor, pero te amé más que nunca."

"Y así fue madurando nuestra hija bajo el amparo de las divinidades."

"¿Recuerdas el atardecer de aquel benévolo invierno junto al jagüel? En ese instante ¡cómo necesité a mi madre! Supliqué su protección y en el momento en que en cluquillas expelía a mi niña con un grito desgarrador, pronuncié su nombre".

"¡La había sentido tan cerca de mí!"

Desde la tierra, a los brazos de la mujer blanca, lloraba su primer llanto la hijita de María. Su cuerpo estéril, bajo el hechizo de los dioses, había dado fruto.

"¡Que largo me pareció el tiempo en que permaneciste alejado de nuestro lecho! Fueron dos meses de soledad, de dudas que no lograba ahuyentar la presencia de la pequeñita. Tus dos hijos varones eran ahora tu compañía, tu orgullo. ¡Cómo padecía pensando cuales serían tus sentimientos para con la niña. Desconocía la verdad de tu corazón. Le diste tanta ternura!"

Mariquita, por entonces adolescente vivaz y risueña, se asomó a la habitación volviéndola a la realidad:

-Doñita, la buscan, es un chasque que viene e tierra dentro, quiere hablar con usted.

El hombre vestía ropa pueblerina. Su piel cuarteada, los ojos enrojecidos por el aguardiente resultaron conocidos para María. Un temblor extraño le recorrió el cuerpo.

¡Era Damián, el lenguaraz de Ramón!

El miedo la paralizó, no pudo emitir palabra. Presintió lo peor. Trató de recomponerse tras un leve mareo.

Para presentarse ante ella el hombre había dejado el chiripá de jerga india que le era habitual, las crenchas limpias alisadas, sin vincha; con voz lenta, apesadumbrada, habló.

"-No hubo medecina pa curarlo; ¡cha digo!. El tenía ganas dirse. Estaba boquiando el pobrecito cuando casi sin habla si acordó di usted. Siempre si acordaba. No golvió arrimar mujer dispues de su ida. ¡Siempre metiu con la plata. Golpiaba y golpiaba tuito el día; ¡con rabia golpiaba! Y dispues pa Chile siba pa la venta. Esto es pa usted, así lo dijo."

Un delicado pectoral en forma de cruz fue asentado con unción en las manos de María.

Lágrimas calientes, pesadas, cubrieron el obsequio.

Cuando levantó los ojos el hombre había desaparecido.

María había acompañado a Ramón en su tránsito hacia el más allá con el tumulto de recuerdos de los últimos días.

"Quizás lo sabía desde antes Ramón en aquel sueño de nuestra última noche juntos... Chachao te arrancaba de mi lado y montado en un tordillo con alas te había entregado a otros dioses en una nube fulgente que se extendía más allá de las lejanas montañas; De pronto te convertiste en una estrella con destellos azulinos."

"Desperté cubierta de sudor, aletargada. Estiré trémula el brazo y allí estabas, Ramón. Y nos amamos con pasión, enajenados. Mis lágrimas quedaron tatuadas en tu pecho."

De pronto la angustia apretó su garganta en tanto el cause de los ojos se habría en llanto incontenible. En la total vaciedad de su alma la mente se

debatía en imágenes contradictorias: Ramón amándolo, Ramón agonizando sin su presencia. ¡ Lo había abandonado como lo abandonó su madre llamada por los dioses cuando más lo necesitaba, pero ella lo había dejado solo por su voluntad, no había sido lo suficientemente fuerte!. Trató de concentrarse en los momentos felices, pero era inútil, los caminos insondables de los pensamientos la llevaban sin piedad al cuerpo sin vida de Ramón. La angustia persistía. Sintió que no podría resistir, seguir los actos cotidianos, regresar a los gestos, a los pensamientos que aún con dolor la sostenía.

En supremo esfuerzo se rehizo. No podía permitir que sus hijas la vieran en ese estado y podían presentarse en cualquier momento.

Se retiró al dormitorio. Recomendó a Mariquita que las atendiera.

En la penumbra de la habitación, calmadas las lágrimas, se apoderó de ella un desánimo infinito. Cada fibra del cuerpo lo sentía como un aguijón ardiente.

Se sumió en la misericordiosa paz del sueño.

Suaves caricias, la levedad de un beso la despertó. Eran sus hijas que ante un descuido de Mariquita se habían acercado al lecho.

María había dormido por horas. Las chicuelas no podían entender.

Las apretó contra sí y calló.

-¿Está enferma madrecita? – La voz de Ignacita se percibía tensa, temerosa.

-Sólo un gran dolor de cabeza, hijas en un momento estoy con ustedes.

Nuevamente en soledad tomó la imagen de la Virgen de Los Dolores.

"-¿Cuáles son Madre Piadosa los tiempos del alma para este dolor?" Rezó una decena del rosario.

"La preocupación por sus hijas contribuyó a aquietar su espíritu. Las niñas eran consuelo y compañía. ¡Había tanto por enseñarles! Ya encontraría el momento para ponerlas al tanto de lo sucedido.

Retornó a la enseñanza del catecismo y de las primeras letras. Era amada y respetada en el pueblo. ¿Qué más podía pedir?

CAPITULO QUINTO.

Padres, hermanos, esposos, rostros expectantes y a la vez tensos, temerosos aguardaban en el Fortín de las Pulgas la partida que acompañaba a las cautivas rescatadas. Entre ellas María y sus dos pequeñas. Abrazos prolongados, tímidas miradas, lágrimas en las mujeres que trataban de encontrar en los ojos de los suyos, afecto, comprensión.

El sol ardiente del mediodía abrevió la estadía en el lugar. Los carruajes partieron con rumbo distintos con su carga de dolor, de deshonra por algo que no habían buscado.

El único pecado: ¡haber sobrevivido!

La muerte de la madre le fue comunicada por su padre con dulce prudencia. "No debes sufrir hija, murió sin dolor". ¿Cómo podían consolar esas

palabras? Con esfuerzo guardó su pena. Había soñado abrazarla con fuerza, con arrebujarse en su regazo como cuando era pequeñita. "Madrecita, cuénteme un cuento"; ¡A quien recurriría ahora para desahogar su dolor!. Contuvo las lágrimas ante la mirada anhelante de la hija mayor azorada ante lo que veían sus ojos, temerosa de ese anciano de cabellos blancos que rehuía la mirada.

Aún cuando María las había preparado para el cambio, todo sobrepasaba la imaginación infantil. Intuyó Ignasita que algo no andaba bien. Deseó volver a su tierra, estar con su padre.

Solo las manos aferradas a María hablaban de su miedo, de su desconfianza.

Andreita duerme ajena al drama que está viviendo la hermana.

La visible indiferencia del anciano por las pequeñas, la ausencia del esposo que ella percibió como desprecio, la pérdida de la madre, transformó el retorno al hogar como un castigo más para su ser torturado.

Don Antonio había partido al día siguiente de su llegada aduciendo urgentes razones de trabajo. No hizo preguntas sobre su origen.

¡Eran sus nietas! ¿Podría perdonarlo?

Mariquita se hizo cargo del cuidado de las chicuelas. Ella se dejó estar bajo el reparo de la arboleda.

¡El paisaje se mostraba tan diferente al que recordaba! ¡Era todo tan ajeno!

Sus ojos acostumbrados a la inmensidad desolada de las tierras indias, los colores pardos, la escasa y agresiva vegetación; los silencios poblados de mágicos rumores; el azotar implacable del viento; el sol agujoneándoles la piel; movimientos inquietos de lagartijas, iguanas y otras sabandijas entre los pajonales, demoraban su adaptación.

Sintió en sus fibras más íntimas el vibrar de los verdes en todo su apogeo. Aspiró el perfume de los jazmines hasta sentir ensanchársele el pecho. Percibió que desaparecía la angustia que la atenaceaba.

"Nuevamente en mi hogar con seguridad, abrigo. ¡Tengo que olvidar! ¡Debo olvidar!"

Las niñas en cambio se dedicaron con ahínco a descubrir todo el encanto de lo nuevo. Gritos de gozo ante el correr murmurante de la acequia, de las flores silvestres, las mariposas que eludían sus manecitas deseosas de atraparlas. María se sintió reconfortada al verlas felices. Declinando el sol ordenó a Mariquita que las aseara para la cena.

Ya era noche. Las niñas descansaban de su azoro ante tanta belleza. La señora había vuelto al patio. Al poco rato goterones calientes con perfume a hierbas impregnaron la brisa, mojaron sus cabellos. Sintió el lento deslizarse del agua por las mejillas.

Se dejó estar en éxtasis desconocido. Pequeños placeres a los que tendría que aferrarse para seguir viviendo. Era como querer volver a la niñez despreocupada gozando de la lluvia que tanto se hacía desear en el lugar.

El encuentro con Patricio, esperado, temido, sucedió una semana más tarde.

Había ordenado a Mariquita que mantuviera alejada a las niñas.

Turbados, vacilantes, se miraron largamente. Ella tomó la iniciativa y besó levemente la mejilla del marido.

¡Qué hermosa estás! Pronunció él en leve murmullo. Se abrazaron con ternura. Las manos de Patricio corrieron por los cabellos de su esposa en intento de acallar los sollozos que la sacudían.

Todo irá bien... con el tiempo. Las palabras llegaron a los oídos de ella sin emoción. Se sentía insensible. Solo dolor, extravío. ¡Lo había amado tanto!

Fue una semana de calvario. El no hizo mención a su vida en la etapa de la separación forzada, tampoco la interrogó sobre su situación en las lejanas tierras. Los separaba un muro de silencio, de desconfianza.

Por orden del patrón las niñas debían tomar sus alimentos junto a Mariquita en la cocina.

En el único momento en que Patricio hizo mención a ellas dijo fríamente:

-Por las niñas no temas, nada les faltará.

Quiso gritar, la mirada de él la hizo enmudecer.

Fue luego de uno de los tensos almuerzos. Patricio, en el primer desborde de palabras le relató los graves problemas suscitados en el litoral del país en donde el desorden, las rivalidades, la lucha entre hermanos, continuaba sin clemencia.

-Me uniré al ejército del general Urquiza. Ha llegado el momento de terminar con el tirano. La situación es extrema. Quizás cuando vuelva será distinto.

-Pero... ¡no puedes dejarme sola! – clamó María en un último intento por retenerlo, ¿Quería salvar quizás lo insalvable? ¡Debemos hablar!

-¡Ay María! ¿Qué puedes comprender tú que te favoreció la suerte y permaneciste alejada de la situación límite en que estamos inmersos los que no compartimos las ideas del tirano? Nosotros somos los malditos, los renegados de Dios y del todopoderoso que desde Buenos Aires domina el país; ¡y nuestro gobernante en actitud que denigra haciendo matar a nuestros hermanos, a los amigos de toda una vida, hombres probos, patriotas de corazón! ¡Yo mujer soy uno de los salvajes unitarios! ¿Qué puedes entender tú que has aumentado mis problemas trayéndome esas...esas niñas de tierra adentro? Allí debieron quedarse.

A María se le negaban las palabras. Quería responder al agravio, debía responder, no encontraba cómo. Estaban frente a frente en la galería. Se sintió confusamente humillada, burlada.

A lo lejos, cortando el sopor de la siesta, se escucharon las risas de las pequeñas entregadas a sus juegos. Se endureció el rostro de Patricio. Levantó la mirada, no hacia ella sino hacia el paisaje infinito de la pampa.

"Tú has tenido suerte. Había dicho. ¿Era Patricio el que hablaba? ¿Era él, el que consideraba afortunada su situación de cautiva? ¿Ignoraba las humillaciones, las penurias que debió sufrir?

Sintió que le estallaba el corazón. Sus palabras le llegaron como ultraje hacia ella, hacia sus chicuelas, ya nada podía decirse.

Dejó que el silencio entre ambos se ahondara, sintió desprecio hacia ese hombre insensible, desconocido.

¡Todo había muerto entre ellos! La impresión que le causó tal certeza no fue de pesadumbre ni de angustia. Supo que era lo que debía suceder. Ya había dibujado en su mente ese momento. Algún día, quizás, lograra la paz soledosa que se le negaba últimamente.

Un año después por su padre, a quien habían transmitido la noticia, se enteró que Patricio había muerto en los campos de batalla entrerrianos.

Guardó luto de viuda. Sólo las hijas lograban alimentar su espíritu aún cuando avivaban recuerdos que se había impuesto borrar. ¡Era tan frágil su corazón!

Transcurridos ocho meses de los acontecimientos que marcaron su vida, María no se había acercado a la confesión. Pudor, miedo, le impedían llegar hasta la capillita del Cristo del Espino reedificada por los piadosos lugareños.

El padre Francisco trató en varias oportunidades de acercarse a ella, abrir su espíritu. El mutismo rotundo de la joven impedía todo contacto espiritual hasta que...

-¡Madrecita, madrecita!, ¡Despierte!

María se incorporó sobresaltada.

-¿Qué pasa pequeña?

-¡Es Ignasita, está muy enferma! ¡Habla de cosas que no entiendo!

Fueron inútiles los remedios caseros que le administraba y aplicaba la madre y la "médica" del lugar que rezaba oraciones y practicaba exorcismos con la enferma.

Por las noches la niña deliraba abrazada por la fiebre. "¡Corra madre, corra! ¡Las brujas la quieren matar! ¡Vomita fuego el arma de padre! ¡Gualichu! ¡Gualichu! Los gritos se perdían en la oscuridad silenciando los rumores nocturnos. María no se alejó de la niña en ningún momento. Abrazada a ella la contenía en el esfuerzo de dejar el lecho.

Se percibían en el aire extraños influjos. Las peonas en el galpón sobrecogidas de miedo, rezaban el rosario reforzado con oraciones capaces de ahuyentar al demonio. Así lo había dicho la india Benita. "Si lo sabré yo", murmuraba con voz de misterio.

Fueron seis jornadas en que la niña se debatió contra un mal desconocido.

La fiebre desapareció por fin.

Postrada ante la imagen de la Virgen de los Dolores, la madre suplicó su ayuda.

¿La enfermedad de la niña había sido un llamado? Así lo comprendió ella. Era una pecadora y merecía castigo. ¡Pero que no cayera en sus hijas!

Esperó las primeras sombras de la noche. La negra silueta cubierta de espesos crespones se deslizó silenciosa por las callejuelas desiertas. El

humilde espacio sagrado iluminado tan solo por la luz del sagrario, la sumergió en la paz necesaria y reforzó la resolución de transparentar su alma.

Ante la imagen restaurada del Cristo abrió su corazón acongojado, reconoció la vergonzante culpa.

Por instantes dudó sobre si amar era pecado. ¿Merecía ser perdonada?

Fijó la vista en el rostro doliente; ¡el rostro de Ramón era ese rostro! ¡Los ojos de Cristo eran los ojos dolidos del padre de sus hijas cuando llegó el momento de la separación! ¿Se estaría volviendo loca?

Cerró los ojos en desesperado intento de recobrase. Al levantarlos nuevamente una sombra rojiza cubría el pequeño altar. Sintió un leve mareo.

-¿Quieres confesión? La afable voz del padre Francisco la hizo reaccionar. Se incorporó con esfuerzo y en silencio siguió al sacerdote hasta el confesionario.

Las palabras balbuceantes por los sollozos que surgieron a raudales hicieron más difícil el momento.

No fue interrumpida. El sacerdote comprendió la necesidad de María de hablar, hablar hasta agotar los recuerdos que la lastimaban.

Cuando se retiró, las sombras cubrían la plazuela y las calles polvorientas. Mariquita, inquieta, había acudido en su busca. La mortecina luz del candil las acompañó en el regreso.

El sacerdote había sido bondadoso, pero implacable. Sus faltas eran abominables y debía reparar tales flaquezas de la carne. La penitencia dada abarcaba gran parte de las madrugadas: una hora diaria de oración arrodillada ante la imagen de la Madre de Dios; flagelación del cuerpo con ramas de ortiga cada vez que los recuerdos dominaban sus propósitos de olvido; dedicarse a la instrucción religiosa de los niños obviando la enseñanza de las letras (actividad que amaba) y de mayores ignorantes de la Palabra Divina.

Cumplió con servidumbre y perseverancia la penitencia que consideraba justa.

La tentación del demonio era constante; las niñas hacían preguntas (las hacía Ignasita) sobre la vida en cautiverio; observar los juegos de Andreita, los primitivos juegos de los niños en la toldería, cantar vocinglera las melodías cadenciosas de los Mapuches para sus crías. Ella misma las había cantado para las suyas.

¡Ahora que necesitaba arrancar de sí el pasado funesto!

Es el demonio, repetía el padre Francisco cada vez que recurría a su auxilio.

Tiempo después para mayor desazón había comenzado a percibir por las noches el agudo silbar de la diosa Maip, ¡no podía confundirse!

Un silbido armonioso, prolongado, que de súbito se cortaba dando paso al habitual sonido desordenado de la noche.

La sangre entonces se le convulsionaba, perdía el sueño y cuando lo lograba, la presencia de Ramón era tan intensa que lo percibía junto a su cuerpo.

Con cautela preguntó a Benita, de sueño liviano por sus años, sino había escuchado algo. La mujer negó haber percibido ruidos extraños.

La vara de ortiga la llevaba ahora bajo sus ropas. El dolor ahuyentaba los pensamientos pecaminosos a la vez que iba perdiendo la salud. El estómago no le recibía alimentos y le faltaba voluntad para realizar las tareas habituales. Ya no podía dejar el lecho.

Don Antonio llegó avisado por el viejo capataz. Le habían comunicado que la patrona padecía una insólita enfermedad.

Impresionado el anciano por el estado en que encontró a su hija, se sintió culpable y decidido a remediarlo.

"¿Cómo no había comprendido el dolor que debió experimentar María por su indiferencia hacia las niñas? ¡Llevan mi sangre, sangre española! ¿Quién era él para juzgar? La suya había sido una actitud indigna de un hombre de bien. Deberás aceptar la disparidad de razas, viejo necio; ¿Quién te asegura que durante la ocupación mora alguien no hizo las de andar en nuestros antepasados? Ale, dejémonos de mozgoñerías. ¡Ya buscaría compensarla!"

La joven se sintió reconfortada con la presencia solícita del anciano. Días después pudo abandonar el lecho al tiempo que se sintió extrañamente purificada.

Libre ya del silicio recobró bríos y pudo brindar al padre, afecto y las atenciones de hija y ama de casa.

Hablaron largamente:

Si, habían errado los caminos. Él, envejecido; ella sumida y postrada. El, sin sentirse capaz de reconocer las nietas nacidas de la desventura, desconocer prioridades. Todo había sido un despropósito. Ella, con hondos resentimientos; él incapaz de perdonarla; ¡y se amaban tanto.!

Se unieron en estrecho abrazo.

Con voz emocionada, titubeante, el anciano pidió ver a sus nietas. María no podía creer.

Las reunió la mañana siguiente en la galería familiar.

"¡Estaban tan cambiadas! Ignasia ya había entrado en la adolescencia: el cuerpo esbelto, prometedor; Andreita sólo había crecido en altura; era aún una niña esmirriada, inquieta."

"¿Cómo pudo estar tan ciega sumida en su dolor? ¿Cómo había podido estar ajena a la evolución de sus hijas? Se había enterado por Mariquita que su Ignasia era ya una señorita. La había sustituido en tanto ella se debatía en el desconsuelo."

"¡Dios me perdone!" – Pronunció en voz baja. Eran tiempos de decisiones.

El viejo patriarca abrazaba a la más pequeña sentada sobre sus piernas, confiada, mimosa. ¿A quién creyó ver en esa carita afilada de tez aceitunada y ojos en que el celeste y el verde se confundían en insólita tonalidad? ¡Y esos chispazos oscuros que por contraste le daban luz!

"¡Dios, el rostro de mi Pilar se ha engarzado en esta niña", Pronunció el anciano con voz ahogada. "Y el sol sureño ha encendido sus mejilla con tono de magia."

Luego llamó a Ignasita, algo alejada y con el empaque habitual en ella cuando desconfiaba del interlocutor; ¡y vaya que desconfiaba de ese anciano que no había reparado en ellas durante el viaje que las había conducido al nuevo hogar!

¿Y tú jovencita?

-¡Yo soy como mi padre!, Respondió sin esperar que el abuelo terminara la pregunta. Había desafío en la voz.

-Ven, acércate, debe ser un hombre hermoso tu padre, tienen fuerza tus facciones; ¡Tiene fuerza tu mirada! ¡Y esos ojos color noche! Has traído en tus ojos todo el cielo nocturno de las pampas. ¡Tienes suerte pequeña!

La niña fue acercándose despaciosamente hasta que el anciano pudo tomarle las manos. Al ver que los ojos se le habían opacado con lágrimas miró interrogante a María.

-El está con sus dioses en el más allá, pronunció con voz entrecortada. Don Antonio las atrajo contra su pecho en silencio respetuoso.

-Padre, debemos hablar, deje que las niñas vayan a sus juegos y ocupaciones. El diálogo se prolongó por horas.

Tras ello tomó la resolución. Debía alejarse de todo lo que la ataba al pasado. Sus hijas tenían que incorporarse a la vida familiar que les correspondía.

-Estas tierras quedarán a cargo de Don Rosario, el capataz. Es hombre de ley padre, concedor del movimiento del campo, y la peonada lo respeta.

-Padre, quiero volver al Portezuelo por mis hijas, por usted, por mí... ¿Qué me dice?

-¡Cómo no he de querer hija!, ¡Me queda tan poco tiempo y las necesito tanto!

El traslado se hizo efectivo al tercer mes del reencuentro.

Don Antonio quería esperar a su hija con la casona renovada, ampliada para las nuevas necesidades.

Sintió un alivio que no percibía desde hacía mucho tiempo. Devolvería con creces todo el dolor que había causado a María por su ceguera.

Pensó en las nietecitas. "Creo haber sido equitativo con ambas. ¡Andreita!" Secó sus ojos humedecidos.

-"Deberé ser paciente con Ignasia. ¡Y esa mirada inquisidora! Se percibe en ella inteligencia, fuerza de voluntad, ¡quiera Dios ayudar a ambas! Ahora solo debemos mirar hacia el futuro."

Arribaron un apacible día de fines de primavera. El cielo límpido, el ambiente cargado de olor a hierbas, preludio de la lluvia siempre esperada; suspiró profundamente; ¡de vuelta a su hogar!

Las niñas excitadas, anhelantes, las cabezas fuera del coche, hacían preguntas que ella trataba de contestar en medio del torbellino que poblaba su mente.

El landó se detuvo frente al corralón. La actividad era intensa. Vio manos alzadas saludando con afecto y respeto. Todos estaban avisados.

En el tercer patio dos indias trabajaban en los telares a pala como siempre en silencio; tejían la trama que se retorció en diferentes colores. Aparentemente no habían notado su presencia.

Más adelante acorta el paso para contemplar a las chinitas en las diferentes faenas del secado de frutas de la estación.

A lo lejos los surcos verdean en diferentes matices.

Aquí la vida se vive a pleno, todo es celebración para los ojos. Atrajo a las niñas y avanzó gozosa por el sendero recién desbrozado.

María se siente viva y por sobre todo en paz.

Don Antonio las espera en la galería recientemente blanqueada y con flamante piso de ladrillotes.

Andreita se desprende de las manos de la madre y corre a besar al abuelo. Ignasia, con pasos cautelosos, va acercándose a él que le pasa el brazo por los hombros sin que ella haga otro ademán de acercamiento.

"¡He conquistado a mis nietas! Alabado seas, Dios mío," dice para sí.

"Tu casa hija, tuya y de mis nietas" – pronuncia con voz temblorosa.

El día transcurrió en el ajetreo de poner en orden las pertenencias de las viajeras.

-¿Adónde va la petaca, madre? – pregunta Ignasia.

Un estremecimiento que duró segundos perturba a María.

-En mi dormitorio hija. El abuelo tiene una muy hermosa para tu ropa, agrega atajando el pedido indeseado.

El anochecer se descolgó sobre los campos. La cena había transcurrido salpicada de preguntas de las niñas sobre la abuela y la vida de la madre en su niñez.

El corazón de María es un caos de cálidos recuerdos. Envió a dormir a las niñas. Hasta avanzada la noche se los vio en apacible conversación.

Los troncos añosos de las enredaderas persistían en nuevos brotes henchidos de bríos. Se había ampliado el lugar y en el extremo la nueva cocina con flamante fogón; la antigua mesada remozada y varios utensilios relucientes para trabajo comfortable.

En ella reinaba Benita que no podía contener la emoción ante lo que consideraba un milagro, ¡Mi niña!... ¡Mi niña! Repetía en tanto besaba las manos de María que conmovida besó la frente de su ama de leche.

Agorita nomás le cebo unos mates e leche con bizcochitos blanquiau. A sigún mi han conta no sí'a dir más... ¡válgame el cielo, si me la ha traído Diosito!.

Se le atropellan las palabras a la vieja en tanto corre de un lado para otro.

-¡tranquilízate mujer! Habrá tiempo de sobra para que me mimes. ¡Y vaya falta que me hace!.

-¿Y esas niñas tan donosas? Las chicuelas buscan a la madre.

-¡Vamos hijas, preséntense!

-Yo soy Ignasia y ésta es Andrea, exclamo la mayor.

¡No se dice esta, hijita! – amonestó María - se dice mi hermana.

Y agregó – Ella es Mariquita que queda a tus órdenes para que te alivie el trabajo.

Ta gueno, con eia y el Eulogio me suegra.

María observó en la muchacha un gesto de contrariedad. Lo pasó por alto. Ya se adaptará, es hora que yo me ocupe e mis hijas.

Llegando el invierno María conoció a Don Teobaldo, hombre de edad mediana, bregador, de buena posición económica y deseoso de dar fin a su soledad.

Desde la llegada de la familia sus visitas se hicieron casi diarias.

Pasado un tiempo prudencial el hombre confesó sus intenciones: María aceptó. Con el corazón vaciado de pasiones, comprendió que era lo más ventajoso para ella y las niñas. Solo anhelaba tranquilidad y apoyo espiritual.

Se casaron en austera ceremonia el mismo día en que sus hijas fueron bautizadas en el templo de Santo Domingo.

Poco tiempo transcurrió para que María comprendiera que el sosiego que creía haber conquistado podía ser alterado por acontecimientos latentes en toda la provincia.

La calma era solo aparente; la contienda entre hermanos continuaba implacable, descarnada, fruto de resabios de la tiranía que se imponía aún en algunas regiones; sectores que no cejaban en el propósito de dominio.

La familia se encontraba reunida junto a la calidez del fogón y los braseros. El otoño se presentaba desapacible. La fina llovizna del temporal que se dilataba, era recibida como bendición para la tierra resquebrajada, sedienta.

El relato de Don Teobaldo parecía increíble en labios del hombre reposado hecho a las tareas de la tierra, devoto de la naturaleza, aparentemente ajeno al convulsionado país.

Las palabras fluían con pausa reconcentrada, los ojos perdidos en los recientes hechos:

..."¡Si hasta tenía el carretón cargado cuando nos llegó la noticia! el Chacho Peñalosa le había puesto sitio a la ciudad ¡El muy maua!"

"Para colmo de males estábamos desprotegidos. Las principales milicias se encontraban controlando las fronteras. ¡Seguro que se habían anoticiado! Menos mal que tenemos un gobernante de ley y nada lerdo para tomar decisiones y ahí nomás estuvimos preparados para enfrentarlo. Criollo y gringo también; dispuestos a la defensa. No llegábamos a trescientas almas. Los montoneros eran mil fieras en acecho."

El hombre dio unas pitadas al cigarrillo como quien busca palabras justas.

"¡Caracho! ¡Cómo brota el valor ante el peligro! ¡Nos hubieran visto! ¡Defendimos la ciudad por más de seis horas!... No sé de donde vino el chumbazo que me rozó el hombro, ¡ni cuenta me dí!"

"Horas de angustia fueron hasta que el bárbaro aceptó retirarse; ¡le vieran las pretensiones!"

"Y aquí me ven vivito y coleando. El pago es grande y todos debemos contribuir. Muchos animales exigen. ¡Cualquier cosa con tal de que no vuelvan! Mañana mismo me encargo del rodeo".

María cambia con desvelo los emplastos que ha colocado en el hombro herido. Se inclina y besa la mejilla de Don Teobaldo que recibe complacido la inesperada caricia. Siempre que ha ganado en dignidad ante su esposa. Era conoedor que ella escondía la pasión para un recuerdo del que no podía sustraerse y así la había aceptado.

Revivió los encuentros amorosos en los cuales se contraponía el intenso deseo que sentía por su mujer, con la entrega tierna y pasiva de ella. La felicidad plena llegaba cuando luego, en el silencio nocturno, contemplaba el bello rostro de María durmiendo apacible. Hubiera querido adivinar sus sueños. ¡Había tanta paz en sus facciones perfectas; en ese rostro amado en que los años y los tormentos apenas habían hecho mella!

Ella tenía gran consideración por ese hombre fuerte de cuerpo y espíritu que con bondad e inteligencia se había ganado el cariño de sus hijas que desde siempre, lo habían llamado padre.

CAPITULO SEXTO.

Cumple Andrea dieciocho años.

Para festejar el acontecimiento Don Teobaldo organiza un gran festejo como dueño de casa desde el fallecimiento del abuelo.

Han sido invitadas niñas de la sociedad y amigas de estudio de la homenajeadas que llegan paulatinamente desde la ciudad; jóvenes políticos de la amistad de Don Teobaldo; hombres mayores experimentados en las lides de gobernar.

Las jóvenes de la casa no descuidan las actividades de estas ocasiones que en el día tiene mayor brillo: reciben a los invitados, los ubican en los lugares asignados, alternan con la juventud.

Los mates cebados por las chinitas en la cocina son luego distribuidos por Ignacia y la homenajeadas.

Don Teobaldo presenta con orgullo a las hijas del corazón en tanto distribuyen el fragante y espumoso brebaje.

El joven Ladislao, por primera vez concurrente a la finca, ha sido ubicado en lugar preponderante cercano al dueño de casa.

Su presencia ha despertado el interés de las niñas que cuchichean maliciosas tratando de averiguar su nombre. Los jóvenes no lo conocen, informan que ha arribado de Buenos Aires donde cursa estudios.

De estampa recia, ancho de hombros sosteniendo el cuerpo delgado y vigoroso, recién iniciado en las lides políticas ha despertado la atención de los viejos caudillos. Intuyen que con su bonhomía y don de gente despertará afecto sobre todo en la campaña. Estas circunstancias lo convierten en futuro candidato en las elecciones que se avecinan.

"¡Un hallazgo!" "¡Un hallazgo!" Comenta Don Teobaldo con uno de sus vecinos de tertulia.

La frágil figura de Andrea se ve realzada con el vestido de muselina regalo de cumpleaños, el corte bajo el busto ceñido con lazo de raso, los cabellos recogidos en apretada trenza sobre la nuca. El pectoral de plata de su madre ha sido rescatado de la petaca y cae lánguido sobre el pecho aún adolescente.

Sonríe Don Teobaldo al ver a su niña jugando a ser mujer. Esta alcanza el mate al grupo donde se encuentra su padre. Repetidas veces mira de reojo al joven político. Comprueba ruborizada que el la observa interesado. El corazón le palpita desordenado.

El joven conversa fluidamente con el grupo de hombres mayores.

-Ladislao, te presento a mi hija menor, la luz de mis ojos ¡Guay del que me la haga sufrir!

Confusa, las mejillas arreboladas, entrega el mate de plata; sus manos se rozan.

-¡Mucho gusto!, pronuncia él con leve inclinación de cabeza. ¡Quién podría hacer sufrir a un ángel, Don Teobaldo!

-Es que son varios lo que andan aguaitando por estos lados. ¡La pucha, me va a ser difícil entregarla! ¡Hombre de ley deberá ser!

Con apuro, sin pronunciar palabra aparentando no haber escuchado el diálogo, Andreita recibe el mate y llega sin aliento a la cocina.

-¡Mariquita, sigue con el mate! ¡No me siento bien, voy a recostarme!

-¡Pero niña, a mi me toca la repartija e los bizcochos!, implora la chinita.

Mariquita era feliz mariposeando en su tarea de convidar y conversar con los jóvenes de la campaña. ¡Pero había que obedecer!

Sofocada llega Andrea a la habitación. Solo tiene aliento para tirarse sobre el lecho; piensa que ya nada podrá ser igual: una extraña y agradable sensación ha perturbado su cuerpo. Hasta ese momento su vida se reducía a cumplimentar al padre que imponía con dulzura su voluntad. Sus distracciones, aprender a tocar la guitarra, recorrer los senderos que la llevan a la montaña.

En intento por calmar la excitación que la embarga vuelve inconsciente a los días en que con su hermana, compañera de aventuras, suele ascender hasta "la piedra grande" límite impuesto por Don Teobaldo en las sierras.

"El lugar les servía de asiento. Desde allí se complacían con la vista del valle y en los días diáfanos, hasta la gran cordillera que aparecía a la distancia como inofensiva muralla azul."

"Todo era una fiesta para los ojos. Los pájaros que se le habían adelantado en el madrugón desplegaban sus trinos y silbidos disimulados por el ramaje de membrillares e higuerales allá, a la distancia."

"Ascendían desde la pequeña represa en donde vertía sus aguas el hilo cristalino que brotaba del vientre de la mole rocosa."

"Ascendían por claro sendero de cabras. No era riesgoso el camino, salvaban inconvenientes con agilidad; los pollerones arremangados a media pierna. Ignoraban los arañazos de las ramas desprendidas de piquillines y espinillos. Más tarde serían curadas por la vieja Benita."

El paisaje desde esa altura se les incrustaba en el corazón.

"La casona amada se destacaba en los contornos: los corrales, el rancharío de los peones; el ganado vacuno, en los pastizales eran manchas oscuras en movimiento; pinceladas de flores silvestres, el cielo, prodigio de azul."

"Súbitamente cambiaba Ignacia poseída por la nostalgia."

"¡Era extraña su hermana! Nunca podría penetrar en su corazón en el que se acumulaban recuerdos que ella ya había sepultado. Sin embargo allí hablaba, poco, pero hablaba."

"¿Por qué recordó en ese momento tan crucial para su corazón adolescente, aquel día en que con la mirada fija en la inmensidad Ignacia había pronunciado en voz baja: "padre solía decir que el espíritu de los muertos vuelan hacia las altas montañas?" ¿Será cierto? ¿Cómo saberlo?"

"No tuvo espíritu para recordarle que las almas que mueren vuelan a Dios; así lo decía mamita y era lo que ella creía."

"¡Madre, cómo la necesito! Y ella queriendo morir desesperadamente años atrás, prisionera de intensos dolores que nadie pudo calmar."

"Y esos ojos implorantes cada vez que con papá, inventábamos para ella una esperanza."

"Dios había escuchado sus ruegos. Su corazón se había silenciado abrazada a sus hijas balbuceando palabras incoherentes: el silbido... el silbido... escuchen... ya voy!... ya... espérame" "¡Madrecita! Qué cerca sentía su presencia desde aquella altura. ¿Por qué esos recuerdos ahora?"

Llora en silencio confundiendo emociones "¡Dijo que era un ángel, que imprudente estuvo papá!"

-¡Hermana! ¿Qué haces tirada sobre la cama vestida y a oscuras?

De pronto, preocupada, cambia el tono autoritario.

-¿Está enferma, le duele algo?

Aturdida con las preguntas y reconvenciones, no supo que contestar. Por otra parte ¿qué podía contestar si ni ella misma se entendía en esos momentos?

-¡Nada, nada, sí, me duele la cabeza!

-¿Quiere que consulte con el doctor Gutiérrez?

-No, por favor, ya se me va a pasar.

Si así lo quiere niña malcriada. ¡Válgame el cielo lo que hay que aguantar! Pediré que terminen con la guitarreada.

-Escuche, el que canta ahora es el joven Ladislao, cómo me gusta. Y fue muy atento conmigo.

Andrea suspira sin hacer comentario y se vuelve. – Deje nomás hermana, si hasta parece que me hace bien, me distrae.

Hasta ella llega el retrueque de coplas entre el joven y un paisano.

Escucha anhelante. Hace suya la letra que entona el invitado.

Le estoy cantando a una niña

Más hermosa que una flor;

En los ojos todo el cielo,

En la mirada pasión.

-¡Cómo quisiera contestarle! Hasta se olvida de las palabras de su hermana que ha vuelto a sus tareas.

Afuera reina la alegría. Ella no se anima a reintegrarse.

Ignacia cumple sin los festejos acostumbrados veintidós años. Se ha mantenido firme. El padre, conocedor del carácter obstinado de su hija no ha insistido.

Menuda, de pómulos altos y pronunciados, ojos oblicuos de mirar penetrante y altivo. Es considerada una bella mujer. No le faltan pretendientes. Ella se muestra distante.

-A este paso quedará para vestir santo hija, repite don Teobaldo cada vez que es gustoso del pretendiente.

-Hay tiempo padre, hay tiempo, bastante trabajo tengo con las tareas de la casa y las peonas.

"Una parte del pasado vive aún en Ignacia perturbándole el espíritu. No pocas veces vuelve a su memoria el recuerdo del padre indio y su vida en la toltería que despiertan en ella sentimientos encontrados. Amaba a aquel hombre vigoroso y tierno que permitía su presencia en el rústico taller de platería en donde podía admirar su destreza en el repujado y jugar con las

múltiples piedrecillas de colores que engarzaba en algunas de sus piezas. A la vez rechazaba la vida salvaje, dura, a la que sometía a su madre".

"¡La recordaba tan bella y dulce por aquel entonces! Con paciencia infinita había volcado en ella sus conocimientos de lectura y escritura adquiridos del padre Camilo en sus tiempos de catequista en el pueblo de Renca."

"Conserva aún cómo tesoro inapreciable el rústico cuadernillo escrito por María, con el papel y la carbonilla que le conseguía Ramón. En él conoció las primeras letras, aprendió a deletrear y garabatear en la tierra las primeras palabras y con ellas, las primeras dudas y preguntas."

Ignacia comenzó a sentirse ajena a la vida de los toldos cuando los relatos de su madre avivaron su fértil imaginación. En los anocheceres, ausente Ramón, las niñas demoraban el sueño y permanecían junto a ella y el gran fogón que las preservaba de las heladas nocturnas.

Arrebujadas bajo las mantas, en un solo abrazo que la colmaba de paz, se le abría un mundo maravilloso: la casona con calidez de hogar, la acequia murmurando ecos, las flores, las sierras al alcance de las manos, las visitas de los padres que convertía el lugar, aún sin hijos, en alegres festejos. La madre esmerándose en la amplia cocina para agasajarlos.

El día las volvía a la rutina: aprender los rudimentos de la costura y el telar y hasta logró cocerse su calzado, tejer algunas cintas. Con la presencia del padre, las noches se convertían en angustiosos interrogantes que le ahuyentaban el sueño.

La madre junto a Ramón, murmullos, palabras inaudibles, sofocos, risas, gemidos atemperados por las mantas que separaban los ambientes. ¿Gemidos de dolor? Ignacita escondía la cabeza bajo las mantas y sollozaba presa de miedo e impotencia. Entonces el odio hacia el padre ocupaba su corazón.

Con las luces del nuevo día todo parecía cambiar. María se veía feliz rodeada de indiecitos a los que enseñaba el catecismo. Era el único momento en que la niña se integraba a los pequeños nativos con el ceño adusto, la mirada perdida en un lejano y soñado lugar. Luego, el aislamiento que se había impuesto. En esa soledad vivió con asombro los prematuros cambios de su cuerpo. Vergüenza, desconcierto, incomprensión, obraron en ella dolorosamente.

Don Teobaldo recibe con preocupación la repuesta de su hija: "Bastante tengo con la casa y"... la mirada se le ensombrece.

Con la muerte de su amada María terminó para él parte de su existencia, pero bastaron las palabras de su hija para que renaciera la ternura que creía perdida.

La abraza perturbado. "¡La pucha! Yo que creía que la política me iba a traer tranquilidad."

No se le había pasado inadvertido a Don Teobaldo el entusiasmo de Ignacia por Ladislao. Era consciente de que sus hijas no tenían cabida en el mundo del joven y de otros políticos que concurrían a sus reuniones y no toleraba que sus hijas sufrieran.

Por su parte Ignacia trata de alejar cualquier pensamiento que la acerque a lo que presiente inalcanzable.

Dueña de reconcentrada inteligencia lucha con denuedo contra el dolor. Sus desvelos los vuelca en el trabajo y la lectura de los libros que ha encontrado en el cuarto del abuelo. Por un tiempo y hasta alcanzar soltura, fue uno bellamente encuadernado con grandes letras y con apariencia de haber sido leído con frecuencia. En dorado se lee "Las Siete Estrellas de la Mano de Jesús". Un sacerdote es el autor. ¡Cuánta sabiduría encierran esos escritos! Se esfuerza en memorizar algunos fragmentos en los que se siente involucrada:

"No halla cabida el mal / si te me acercas, Jesús / son de rosas las espinas, / válgame entonces mi cruz!".

Este y otros fragmentos, repite Ignacia como plegaria en los momentos en que la soledad es agobio.

Más tarde fueron los poemas de Labardén y Olegario B. Andrade. Con asombro fue descubriendo un mundo nuevo apasionante.

La llena de inquietud espiritual los versos del primero, le subyuga la exaltación de Andrade y acrecienta su afición por la lectura. Se obstina en dar sentido a la belleza de sus cantos, desentrañar metáforas.

En cierta ocasión había consultado al doctor Gutiérrez, hombre sensible que podía comprenderla.

-¡Ay niña, que bello camino has emprendido! ¿No has intentado escribir?

-¡Por Dios, doctor! No serías capaz de...

Ocultó que tenía escritos algunos pensamientos, como aprendió a ocultar emociones que lastimaban su corazón.

Años después, con emoción y asombro leería Felicita, su sobrina, la profundidad de sus escritos:

Dichoso el que con humildad / recibe Jesús, tu cruz. Y en otra página: Tú que me miras / enséñame a mirar / la fugaz delicia de vivir / sí, solo Tú / porque en Tu esencia / encontré esta tarde, / junto a mi tristeza / la excelsa verdad: / vivir en cada instante / lo que la vida me ofrezca.

La libreta de tapas de hule negro se encontraba oculta en el fondo de una antigua petaca de cuero, junto a otros recuerdos. Borrosos, se leían otros poemas, frases inconclusas de intensa belleza. ¿En qué momento de su vida los había escrito? Siempre fue un enigma para ella esa tía amante de la lectura y enclaustrada en la casona de sus ancestros.

Era tiempo de elecciones, menudeaban las reuniones políticas.

El joven Ladislao había hecho su reaparición.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? El necesario para encontrarse con Andrea mujer.

Era una niña dócil, discreta, con el espíritu sereno, reconcentrado y de belleza inusual. Se comentaba que era requerida por un joven de provincia vecina; el padre era gustoso.

Desde la habitación las dos niñas escuchan el diálogo de los políticos;

-¡Tiene alma de caudillo! Claman unos.

-¡No tiene experiencia! Refuta otro grupo.

-¡En la cancha se ven los pingos! Apoya Don Teobaldo. -¡No he pensado en él a la buena de Dios!

-¡Está bueno! Habrá que esperar la opinión de los de la ciudad, contemporiza el doctor Gutiérrez cuyas palabras de hombre de ciencia caen como bálsamo sobre los arrebatos de los punteros.

Ladislao fue incluido en la lista que más tarde saldría triunfante.

Ignacia y Andrea se ilusionaban secretamente. Andrea fue la elegida.

Menudearon las visitas.

-Necesito sus acertadas opiniones Don Teobaldo, se ha puesto difícil la política.

El viejo era sabedor de lo que ocurría. En los primeros tiempos fue Ignacia cuyo entusiasmo por el joven había sido ilusorio. La situación actual era más comprometida. Observaba inquieto el brillo en los ojos de su hija menor, como nunca antes. ¡Y era Ladislao el que lo provocaba!

El júbilo del buen hombre ante la presencia del joven diputado al que apreciaba profundamente, se trocaba en desazón. ¿Hablarle? ¿Instarle a que se alejara? Presentía que era demasiado tarde.

Ladislao recibió la noticia en las primeras horas del día:

-¡Don Teobaldo está muy mal! Informó con voz entrecortada Nicanor, en tanto estrujaba con desasosiego el sombrero deformado por el uso.

Rechazó el tálburi...¡el gateado, rápido!, ordenó, con él llegaré antes.

El cielo presentaba una transparencia tranquila. El follaje amarilleaba preanunciando el otoño. Se percibía el olor agridulce de las uvas en los parrales familiares, el aroma a hojas secas. "¡Debo estar allí antes que...!"

Cuando se acercó al lecho del enfermo comprendió lo crítico de la situación; ¡y él no había confesado sus sentimientos al viejo amigo!. Se culpó de cobarde.

Ignacia y Andrea oraban junto al padre. Los ojos vidriosos, los hombros vencidos. En la galería las mujeres y peones de la casa esperaban acongojados las novedades.

Al momento de ver entrar a Ladislao, Ignacia se levantó y rehuyéndole la mirada le cedió el lugar. El rictus de tensión en el rostro revelaba dolor, resentimiento, hacia ese hombre que amaba.

Don Teobaldo respiraba con dificultad. Abrió los ojos y ante la presencia del joven suspiró hondamente. Pareció reaccionar. Tomó su mano y la de Andrea, las unió sobre su pecho. Con voz apenas audible balbuceó:

-Cuídemela hijo, se la entrego con mi bendición. Las restantes palabras se perdieron en las volutas del vapor de agua con hierbas aromáticas con que se procuraba mayor bienestar al enfermo.

Ignacia es dolida testigo desde los pies del lecho. Siente desgarrarse el corazón ante las palabras del anciano. "Ella se irá y moriré de dolor". Vuelven los recuerdos remotos: su madre abrazada al padre indio y ahora Andrea ceñida a Ladislao. Siente vértigo en tanto las lágrimas desbordan lentas de sus ojos enrojecidos.

La situación le permite descargar tanto padecimiento sin avergonzarse de su debilidad. Sabe que quedará sola. Tendrá que encontrar consuelo en la fortaleza de espíritu heredada de la sangre paterna. Sintió que la desesperanza tocaba fondo. Paradójicamente dicha situación la hizo recobrase.

La agonía de Don Teobaldo había sido larga, apacible. En cierto momento el doctor Gutiérrez les rogó que abandonaran el lugar.

El fin había llegado.

El día se debilita, las peonas encienden velas y candiles, se prepara en silencio la sala mortuoria.

¡Pobre Ignacia! Como había luchado tratando de prolongar la vida de don Teobaldo con los rústicos conocimientos adquiridos en las lejanas tierras del sur y que su madre les administraba cuando caían enfermas. A esto se agregaban medicamentos ordenados por el doctor. Benita había contribuido con los suyos.

-"Ta enfermo e tristeza nomás; ¡vaya saber qui entripau tiene en las entrañas!" Sentenciaba por lo bajo la vieja. Tisanas, emplastos administrados sin conocimiento del doctor, no parecían aliviar al enfermo.

-Me lo veía venir nomás, comentó el peoncito de los mandados. – Estas últimas noches el cuzquito, regalón el pobrecito, si ha andau arrastrando con la panza después de la medianoche.

-¡Y las lechuzas! ¡Dos vide en el alero el galpón!, añadió Mariquita. Y he rezau bien juerte como mi ha enseñau el viejo Tomás: "Creo en Dios y no en vos", ¡Cómo tres veces lo dije y no se jueron las muy ladinas! Lí'habia llegau nomás la hora al patroncito.

-¡Quién l'autorizó pa qui hable chinita e porra! – Agregó la vieja Benita que no paraba de moquear.

Mariquita se alejó rezongando por lo bajo: ¡ta hecha una piltrafa la niña Ignacia! Ni ánimo pa hablar tiene.

Sentada bajo el reparo de la galería, a la media luz del atardecer, discurría Ignacia que quizás no fuera tan mala la completa soledad. Podría replegarse en si misma, llorar, entender la rebeldía que la acosaba. Ella no era como su hermana, quizás pertenecía en esencia a las lejanas tierras, a los toldos. ¿Era su rebeldía fruto de la sangre ranquelina que tanto rechazaba y era evidente tenía engarzada en las venas? ¡Su padre! Hombre fuerte, obstinado y a la vez tierno, imbatible con la lanza, artista moldeando el metal.

El desasosiego se apodera de ella. "¿Llegaría alguna vez a entenderse? Quizás debería aceptar a Juan Cruz, el pretendiente que andaba rondándole nuevamente." Rechaza de plano la idea. Jamás se uniría a un hombre sin amor. Quizás el tiempo le daría la repuesta. Lo único que siente claro es que pertenece a esa heredad bajo el amparo de la Virgen de los Dolores, preservada por siempre de las trágicas contingencias de la época; y estaban sus libros.

La finca había dejado de ser el campo agreste que recordaba cuando el reencuentro con el abuelo. La prosperidad se vio latente bajo la dirección de su padre adoptivo. Solo la acequia con su murmurar de tiempos, el despertar con el silbo de los pájaros, los aromas silvestres invadiendo el perfume de las enredaderas en floración, se mantenían inalterables. Vida, muerte, vida en sucesión sin tiempo. "¿Por qué los humanos debían padecer la decadencia, el fin de los seres amados?"

Se hizo el firme propósito de afrontar sola el futuro. Andrea y Ladislao emprenderían juntos el nuevo camino y llegarían los hijos y llegaría su tiempo

de vieja solterona atenta a las necesidades de los niños. Recordó palabras de la Biblia, recordó a su madre...si, tal vez podría llegar a ser feliz; quizás las repuestas estaban en la vida misma.

La noche envuelve en sombras el patio de tierra, cuelgan como fantasmas del alero de la galería. Ignacia vuelve junto a su hermana que desde la muerte de Don Teobaldo se niega a abandonar la habitación. Ladislao no ha vuelto al lugar.

Andrea llora la muerte de su padre en tanto la mente la lleva a un tiempo no lejano.

La política acercaba semanalmente a Ladislao. La relación entre ambos se había fortalecido, ya no cabía el disimulo.

En el tiempo transcurrido desde el primer encuentro se siente madura, segura de sus sentimientos y a la vez embargada por dudas, temor ante lo desconocido. Cuando por las mañanas se asoma al espejo, le devuelve casi exacto el rostro de su madre (tal es el parecido). Se siente nostálgica al tiempo que sueña con Ladislao, con la vida junto a él; se avergüenza entonces de reconocerse bella aún con los pollerones y la bata de luto. "¿Por qué no ha vuelto? ¿Todo ha sido un sueño?"

"Ladislao, Ladislao", pronuncia para sí. Siente hacia él deseos tiernos, movilizadores, gozo y turbación. Cuando están juntos olvida los temores. Ninguna desgracia será posible. ¿Por qué su hermana no simpatiza con él? Es extraño su comportamiento, toda ella es extraña.

El optimismo se convierte a poco, en dudas que caen como gotas amargas sobre sus sentimientos. "¿Es posible la unión con el hombre que ama?" En varias oportunidades había observado conversaciones apartadas con Don Teobaldo. ¿Era por ella? No se atrevía a hacer preguntas y la muerte inesperada del padre había abierto nuevos caminos. ¿Cuándo lo volvería a ver?

Rumbo a la habitación de la hermana, ante la puerta, ignacia duda y se dirige a la pequeña biblioteca que su padre le hiciera construir para ese fin. Los libros del abuelo, los que recibe de obsequio por quienes conocen su afición por la lectura, ya cubren dos de los anaqueles. Es el ámbito donde alcanza la necesaria paz. Toma "El Facundo", escrito por el polémico Sarmiento. Se lo ha obsequiado Ladislao meses atrás.

"Le va a gustar, es un libro muy codiciado en estos momentos", le había dicho con la cortesía de siempre. Cortesía que odiaba, odiándolo a él; acaricia las tapas. No lo ha leído aún. "Más adelante" se dice. Lo coloca cuidadosamente en el anaquel. Toma el primero de la derecha con tapas desgastadas por el uso. "María" lee con pausa casi reverencial. Lo ha leído una y otra vez. Ha vivido los gozos y desdichas de la protagonista, su temprana muerte.

En los desbordes imaginarios de las vigiliass ella es la que muere y Ladislao comprende tarde su error... "Estoy loca, completamente loca". Arrebatada toma la Biblia y se dirige al dormitorio. Se duerme con ella entre las manos. El libro cae con sonido sordo.

Despierta al amanecer; las sombras dominan aún las primeras claridades. Abandona el lecho y contempla desde el postigón abierto una extraña neblina

que desdibuja los contornos. Nunca ha visto nada igual. Sale al patio humedecido. "Quiera Dios que llueva, hace tanta falta". Suspira y se encamina a la cocina cortando a su paso la niebla que pareciera querer detenerla. No ha percibido el tenue brillo que avanza desde su derecha y que la acompaña en el andar.

"¿Por qué apareciste en nuestras vidas Ladislao? Las lágrimas le nublan la mirada; agradece al cielo que ni Benita ni las peonas estén levantadas.

Está sola; de pronto intuye que "algo", que no puede determinar la acompaña. Percibe la fuerte presencia. Se estremece. Mira hacia un lado y otro. Nadie... "Son los nervios" se dice intentando serenarse. Toma el atizador y remueve las cenizas del fogón avivando las brasas ocultas. Una bocanada de chispas explota con fuerza infernal: rojas, azules, verdes, ascienden a lo alto. Aterrada se echa hacia atrás. La voz se escucha clara:

"Soy tu padre, no temas"

Con esfuerzo, conteniendo el pavor que la inmoviliza, vuelve la cabeza, escudriña cada rincón. En vano, el lugar está desierto.

Como autómatas dirige la mirada al fogón tratando de entender. El chisporroteo se ha atemperado, pero es a sus ojos más extraño aún. Las chispas son ahora pequeñas estrellas refulgente que han comenzado a bailotear al ritmo lento de una secuencia de notas. Fantasmal melodía de luces.

"El kultrum de mi padre"... "¿Es usted?" El susurro se pierde en las primeras claridades.

Nuevamente la voz a sus espaldas. Arrolladora ahora:

"¡Es tu hermana, tu hermana a la que hieres con el pensamiento!"

Sin fuerzas se derrumba en un banco cercano ¿Por qué ahora? ¿Por qué se ha presentado hoy?

De súbito recuerda el sueño de esa noche: Ladislao y ella, a solas en la biblioteca. El la había tomado de las manos, la había abrazado, besado y ella, dócil a las caricias en tanto su cuerpo enardecido se había visto presa de sensaciones nunca imaginadas. El despertar había sido repentino, con los nervios a flor de piel, excitada, sin recordar hasta ese momento lo soñado.

"¡Oh Dios!". Sentimientos de culpa se apoderaron de su corazón que resuelve en llanto lastimero, desolado.

"Perdóneme padre, perdóneme, pero es superior a mis fuerzas. ¡Cómo lo odio a Ladislao y como lo amo!"

-¡Buen día mi...! ¡Válgame el cielo! ¿Qué le pasa? ¡Y a dejau apagar el juego y está llorando!

-¡Nada mujer, nada! He estado imaginando cosas; a de ser tanta lectura, no me hagas caso.

-¡Es usted injusta hermana, muy injusta! Su actitud reservada, indiferente con Ladislao y conmigo, me ha privado del consuelo de contarle mis pesares más íntimos. Tantas veces me sentí acorralada y ¡tan sola!

No, no trate de justificarse, soy consciente de lo mucho que le debo: me ha ayudado con mis hijos, me ha atendido cuando he enfermado en los largos veranos que nos unió en esta casa tan amada, pero me refiero a que nunca me dio pie para que descubriéramos nuestros sentimientos; tiene usted un corazón muy duro hermana. ¿Cree que la vida se deslizó sin preocupaciones para mí?

¡Se equivoca! Cuando nuestro padre bendijo mi unión con Ladislao comenzó para mí una etapa de incertidumbres, de miedo.

-¡Estaba tan aturdida que no pude darme cuenta cabal de lo que ello significaba! ¡Amaba y amo tanto a Ladislao, pero con el pasar de los días comprendí que nada iba a ser fácil para mí!... ¡Usted sabía de nuestra posición en esta sociedad mezquina! ¡Cuántas veces intenté acercarme a su corazón, sí, a usted, y sólo recibía su irónica contestación! ¿Qué más quiere? ¡Es todo suyo! ¡Afronte las consecuencias! No podré olvidar nunca aquellas palabras y aprendí a callar... callar, ¡Dios, como padecí entonces y como sufro ahora en que está en juego el futuro de mis hijas y usted, empeñada en ignorar la situación!

-Y cuándo él volvió, usted dio rienda suelta a ese enfado que nunca pude comprender: respuestas lacónicas, palabras irónicas...

La voz de Andrea se quiebra en sollozos hondos, pesarosos. Ya no es la bella mujer de otrora, resaltan hebras blancas en el cabello renegrido. Ha adelgazado visiblemente. Sólo los ojos mantienen el fulgor de siempre.

Con esfuerzo prosigue en desborde de palabras.

-¡Qué pocas veces pude gozar con sosiego de la compañía de Ladislao aquellos primeros tiempos!...

-No, no se empeñe en que de crédito a sus palabras, sabe y lo supe cuando él volvió que su alejamiento después de la muerte de nuestro padre tuvo una causa, tratar de superar diferencias con su hermana Doralisa que hasta se negaba a conocerme. Y supo salir airoso de la oposición; yo sería su mujer. Estaba seguro que nuestra unión no interferiría en su carrera política; sólo debíamos actuar con prudencia. ¡Y yo acepté cualquier sacrificio!

-¡No, no digas que fue egoísta! Lo prueba la casona que hizo levantar para nuestro hogar... sí, ya sé que en las afueras del pueblo, pero una hermosa casa con todas las comodidades.

-¡Claro que algunas veces me sentí sola! ¿Qué esposa no se siente sola en algún momento de su vida? Y la mayoría, porque los señorones tienen un segundo hogar hasta con hijos. En cambio Ladislao nunca me ha sido infiel, ¡nunca! ¡y vaya si sobran mujeres hermosas y de posición dándole vueltas.!

-¿Cuántas veces la instó, dejando de lado su actitud desdefiosa, a que nos acompañara a la ciudad? Sí, ya sé que se obstina en no abandonar la finca; ¡pero al menos para conocerla! Hasta me abandonó cuando nacieron los niños...¡Y cuanto la necesitaba y la necesito aún! ¡Si no hubiera sido por Mariquita!

-¡No, no le permito que diga que fueron hijos del pecado! ¡¡No los ofenda!! ¿Acaso usted se siente hija del pecado? ¿Por qué habla así si los quiere más que nadie?

Andrea creyó ver en los ojos de su hermana un asomo de remordimiento. Agregó esperanzada:

-Le ruego hermana, ¡ahora la necesito más que nunca!, Tiene que hacerle entender a Felicita la nueva situación, ella la ama y la escucha.

Está bien, medítelo, pero no por mucho tiempo, ya está haciendo preguntas que no se como contestar.

Andrea no se decide a dejar el lecho. Se siente inquieta, sin fuerza. "¿No habré estado demasiado agresiva con Ignacia?" Teme haberla herido en forma irreparable. "¿Si me niega ayuda?" "¡Dios, dame un poco de sosiego!" El cuerpo permanece en total lasitud; la mente vuela a tiempos idos en que la felicidad era dueña de su vida.

"Las cartas de Ladislao llegaban a Los Tapiales durante los largos veranos pasados allí con sus hijos; dos veces por semana cuando permanecía en la ciudad y una vez cuando por razones políticas se ausentaba a Buenos Aires".

"Sixto, el capataz, salía de madrugada en el overo que el patrón le había obsequiado. Se llegaba a la casa de la familia de Ladislao en busca de la carta esperada. Por ellas se enteraban de los acontecimientos ocurridos en Buenos Aires o en la ciudad, ya fueran políticas como noticias que hacían a la vida ciudadana: "Ya recorre Buenos Aires el tranvía, no se pueden imaginar mis queridas, el espanto de la población ante su presencia. "Sí, había sido increíble escuchar después de sus labios, cómo el nuevo transporte trasladaba de un punto a otro a tanta gente junta. Con la última carta recibió en primorosa caja, un bellissimo vestido de sarga azul con cuello alto de encaje. "La tienda de Londres los importa directamente de París; quiero vértelo puesto cuando estemos juntos en nuestro hogar, y no será el último. ¡Ladislao!, ¡Ladislao! ¡Cuánto me cuesta nuestro amor!".

"Su pequeña Felicita había nacido poco antes del terrible flagelo de la fiebre amarilla que azotara a San Luis. ¡Cuánto se había esforzado él y su hermana para protegerlos! "El cólera ha llegado a San Luis; le escribía, día a día nos anotician de gente fallecida por el mal: amigos, conocidos, niños, gente de pueblo. Se cuenta con el apoyo de todo el gobierno. En Buenos Aires está haciendo estragos. Del Ministerio de Salud de la Nación se ha recibido una cartilla con medidas preventivas. Va adjunta, léanla con atención y la ponen en práctica. Por cierto que no debes pensar en abandonar el campo. Ruego a Dios que esta situación no tenga derivaciones en la finca".

"Y fuiste tú, Ignacia, la que tomó las riendas. Yo, con Felicita, era poco lo que podía hacer. Reuniste a la peonada incluso Benita que ya estaba retirada de las tareas diarias. Desde mi habitación escuchaba tus precisas órdenes que también caían en mis tres hijos mayores". "Habrá que hervir todo lo que está en contacto con el cuerpo, y las verduras, y el agua; ¡mucho, mucho hervor! A los niños bañarlos dos veces al día y a los mayorcitos prohibirles jugar en la represa. Beban tisanas varias veces al día y agua hirviendo con eucaliptos en los braseros. Mañana los quiero aquí, ya habré leído la cartilla que envió el patrón." Hablabas sin darte respiro, enérgicamente; ¡cómo agradecía haber leído el libro "la salud en casa" de la biblioteca del abuelo!".

"No hubo protestas. Habían quedado impresionados de la sabiduría de la niña."

Solo Benita había roto el silencio posterior a las directivas:

Mi niña, a más el rosario el sábado, yo agregaré unas cositas que me sé que son güenas pa estos trances; estese tranquila qui aquí no va dentrar ese endiablado mal que ia seievó a uno de sus tíos de usté.

Más tarde Mariquita le había comentado la reacción de la peonada.:

"¡La pucha!, ta bien lo de las tisanas, los rezos a Diosito, las brujerías e la Benita, pero eso e bañarse tuito los días es una exageración e la patroncita... ¡y tanto lavarse! ¿pa´ cuando vamos a trabajar?"

"Han risuelto niña Andrea, meterse e vez en cuando en lacequia; dicen que de todos modos es agua lo mesmo."

Andrea sonríe ante el recuerdo. Guard  para sí los comentarios.  Bastante tenía la pobre con las tareas emprendidas!.

"Ni ella se había salvado de las  rdenes":

!Y usted; hermana,  a la cama! La noto débil aún y de eso se agarran las enfermedades para entrar en el cuerpo. En cuanto esto mejore iremos a visitar al Cristo del Espino.  Todo va a salir bien!

"Yo sabía que tras de su tono áspero se encubría el pánico de perderme a mí y a los niños".

El calor abrasaba día y noche los campos, los sembradíos, los ranchos, la casa, y tu hermana, no habías descansado casi. Te escuch  recorrer una y otra vez la habitación leyendo y releyendo la cartilla para mostrarte segura ante la gente. Al anochecer todos escucharon: la voz fue entonces comprendida, pausada, hasta había un dejo de dulzura y comprensión en el tono.  C mo olvidarme de la cartilla si casi me cuesta la vida!.

La cartilla había llegado con los elementos para llevar a cabo las consignas:

"Quemar azufre en las habitaciones y tirar al suelo durante la operación, una moneda de cobre. Hacerlo durante el día, no ingerir agua durante la digestión; comer liviano, no tomar frío y dormir al aire libre; evitar la humedad.  De Buenos Aires tenían que haber venido!  Si acá no hay humedad y los calores en verano son infernales!  C mo no iban a dormir al aire libre si era imposible el descanso adentro, por las noches?".

"Comencé con vómitos dos días después de que iniciara la quema del azufre. El dolor de cabeza era intolerable. " C brase con las sábanas!, me ordenaba Ignacia; Aguante y estaremos libre de la peste".

"Debí ser trasladada al pueblo con severa intoxicación. Llegaste Ladislao, con las primeras luces; Había angustia en tu mirada clara. Me sacaste en brazos y murmurabas:  Soy culpable, soy culpable!... deb  estar aquí, pero sabe Dios que la situación en la ciudad es insostenible.  Y besabas con toda la devoción mi frente abrasada por la fiebre!

"Y usted hermana clamando perdón por su ignorancia y prometiendo entre sollozo que se encargar  de los niños".

Los recuerdos la vuelven al presente.

"Ha pasado una semana desde la llegada de tu carta Ladislao, y me pesa como una eternidad.  Por qué todo esto? Eramos felices aún con tus prolongadas ausencias. Si parece ayer cuando decidimos la fecha en que nuestra unión se haría efectiva. La casa en la ciudad ya estaba en condiciones de habitarla.  La encontr  tan hermosa!: habitaciones amplias, sala de recibo, tu escritorio, el primer patio con aljibe.  Nada faltaba! En el segundo patio la cocina, al fondo el parral y otros árboles frutales que aún perduran. Por el canal que recorre la propiedad corría como ahora el agua cristalina que me acercaba espiritualmente al hogar que había abandonado. No habías dejado pasar un solo detalle en procura de mi bienestar.  Recuerdas que antes de llegar a nuestro hogar estuvimos en la Iglesia y frente a la Virgen del Rosario nos juramos amor eterno? El crepúsculo cubría de sombras el humilde templo sólo

iluminado a esa hora por la débil luz del sagrario. Más tarde me relataste que desde la puerta de la Sacristía el padre Santiago, estrechamente unido a ti por larga amistad, había bendecido desde su corazón nuestra unión. Estaba convencido que el Señor nos acompañaba en ese momento trascendente de nuestras vidas".

"¡Y aquellas primeras semanas posteriores a nuestra unión!, Olvidaste tus obligaciones en tanto nos perdíamos en la vorágine de lo que más tarde sería un fraccionado amor. ¡Sentíamos urgente necesidad de estar juntos, entregarnos sin reservas!".

"La vida política nos lo impedía y ello avivaba la pasión, la ternura que perduró a través de los años y las circunstancias".

"Y fueron llegando los hijos: Tránsito, Pepa, después el ansiado varón y sin esperarla ya, nuestra Felicita. Cada nacimiento fue un goce para ambos."

"Acepté con resignación que trasladaras al pequeño José a Córdoba para su mejor educación, me resigné que aún niño ingresara al seminario: ¡Mi José a un paso del sacerdocio! Lo tomamos como una bendición del cielo y nos sentimos orgullosos de él; pero ¡cómo lo extrañaba y lo extraño!"

"¿Cómo podía imaginar que cuando me hablabas de que ya llegaría el tiempo de las hijas, sería con el desgarró que me anuncias? ¡No podré soportarlo Ladislao, no podré!..."

CAPITULO SEPTIMO.

Felicita contempla con satisfacción la obra terminada. Había buscado día a día el aislamiento y la sombra del aguaribay centenario que extendía a flor de tierra sus retorcidas raíces junto a la acequia. En la concavidad de uno de sus brazos vegetales se ubicaba la chicuela. Era gozo para sus ojos las flores rosadas y azules de las campanillas que vestían exultantes el viejo tronco. El lugar era ideal, la hora, exacta. El resto de la familia hacía la siesta. Observaba a contraluz la carpeta terminada. Dos angelotes sosteniendo una canasta de flores resalta sobre el fondo transparente de la malla. "La colocaré sobre el toilette de mamá, ¡vaya sorpresa que se va a llevar!. Capaz que crea que fue Tránsito; ¡cuando se lo diga! Fantasea la niña. Dobla con cuidado su tesoro y lo guarda en el bolsillón del delantal de dril. "¡Pepa y Tránsito morirán de envidia!" La pícara sonrisa ilumina el rostro de Felicita; las chispitas doradas de sus ojos verdes resaltan cuando se excita. Brota salud de sus mejillas arreboladas por el sol de la siesta.

Emprende el regreso a la casona en donde muy de tarde en tarde reciben la visita del padre.

"¡Papá y la política! ¡Cómo odio la política!", musita con fastidio.

Dos muchachitas de servicio riegan el amplio patio. El olor salvaje de la tierra mojada confundida con el perfume a menta que en matas rodean el lugar, pueblan el ambiente. Escucha el chirriar de la roldana del aljibe. Sabe que

Prudencio, el peoncito de los mandados, le ofrecerá un jarro de agua recién sacada del pozo.

-Sírvase niña Felicita, ¡qué calorón hace! Pa mi qu' esta noche tenemos lluvia: ¡y güena falta qui hace! ¡están tristonas las plantas y no le digo la ripresa! Si está secando todita.

Sabe la jovencita que la charla se hará interminable sino lo interrumpe:

-¿Ya se levantaron de la siesta Prudencio?

-Reciencito niña, están matieando.

Silenciosamente entra Felicita en la habitación que ocupa la madre durante los veranos: cama de hierro y bronce, cubre cama blanca tejida al crochet, varios almohadones primorosamente bordados. Se acerca a la mesa de luz de la derecha y contempla la fotografía del padre. "¿Cuándo vendrá a visitarnos padre? ¡Cómo lo extraño! ¡Jamás dejó pasar tanto tiempo!", musita con tristeza y un dejo de amargura. La vuelve a asentar sobre el mármol del mueble. Con suspiro entrecortado se vuelve hacia el toilette donde la madre sentada en la butaca, desprende noche a noche su rodete y deja sueltos los cabellos para que ella los cepille una y otra vez hasta que brillen con destellos plateados bajo la luz mortecina del quinqué. ¡Qué joven se ve entonces! Coloca la carpeta, la alisa. El bordado resalta sobre la madera oscura. "¡Ya está!, ahora sólo falta la sorpresa". Sale a la galería y se dirige al otro extremo donde abre sus puertas el comedor. Hasta Felicita llegan las voces alteradas. "¿Qué pasará?", no son normales las discusiones y el enojo en la familia.

Penetra en el lugar. Los antiguos muebles y enseres que el abuelo hiciera traer de España aún se yerguen airosos dando al lugar sensación de señorío y calidez. Al ver entrar a la niña las palabras callan, percibe tensión en los rostros.

-¿Pasa algo madrecita?

-¡No hija, que va ha pasar! ¿Quiere un mate?

La que ha hablado es la tía Ignacia que le alarga el espumoso brebaje. Todo parece igual, pero Felicita presiente algo.

Mamá arregla sin necesidad los flecos del centro de mesa, Tránsito, la hermana mayor, hace volar las manos en el tejido, pierde puntos, los acomoda con fastidio.

Pepa, la segunda, se levanta al observar la mirada interrogante de Felicita y acerca al fogón el caldero. Atiza el fuego aún cuando arde con fuerza; una danza de chispas alcanza la punta de su trenza que se apura a rechazar. Sólo la tía Ignacia y mamá permanecen en apariencia imperturbables; son los ojos los que revelan los estados de ánimo: enfados en los de la tía, pesadumbre en los de su madre que ha permanecido en total mutismo.

-¿De donde viene hija?, da lástima esa carita enrojecida; no se qué le ha dado por andar por ahí a la siesta y seguro, sin sombrero. Antes de que se duerma le voy a colocar la crema de albayalde y miel. Todo ha sido dicho de un tirón con evidente propósito de evitar preguntas. La tía tiene debilidad por la chicuela nacida años después del varón.

¿Qué la tiene tan contenta? La mirada sabia sabe escudriñar los sentimientos de la sobrina.

-¡Nada....nada! ¿Por qué?

-A mí no me engaña, lo está diciendo su carita.

-¡Es una sorpresa! Felicita es incapaz de silenciar sus secretos.

-¿Y para cuándo la sorpresa? – Quiere saber Tránsito.

La madre ha conseguido evadirse de lo que la preocupa y sonrío con esfuerzo.

-¡Las sorpresas no se dicen!, no sean cargosas.

-¡Que bien entonces esperaremos sentadas la sorpresa! El tono de voz de Pepa esconde desdén y desconfianza. Siente celos de esa criatura que acapara la atención de la madre y la tía.

-Ya lo van a saber hermanas, tiempo al tiempo, agrega la niña con tono misterioso.

El mate de la tarde se prolonga. Felicita se mantiene expectante. Los ojos de mamá no son los de siempre, los nota empañados: ¿lágrimas contenidas? Las hermanas mayores discuten por naderías, la tía tan parlanchina y autoritaria parece haber perdido la energía habitual: en otra ocasión hubiera ordenado el fin de los altercados.

La tarde se desliza monótona, tranquila. El sol se vuelca tras el horizonte. La tía Ignacia y Felicita se dirigen como todos los días a la oración, al corral de las cabras. Van a controlar la llegada de la majada, el ordeño. Para la niña es un goce contemplar los cabritos retozando al encuentro de sus madres. Marucho, el perro pastor le hace fiestas.

-¡Ay, tía, moriría si me faltara esto!, pronuncia en tono dramático.

-¡Por todos los santos, niña! Cualquier lugar es adecuado para ser feliz si uno se lo propone; hay enojo en el tono de la mujer.

"Algo está pasando", se dice preocupada Felicita, ¡y grave!

-¡Lo que pasa es que usted es una malcriada! La vida le enseñará que el mundo no gira sólo a su alrededor.

Los ojos de la jovencita se ensombrecen, esos ojos de los cuales la madre dice que son un regalo de Dios. Opta por callar "ya se le pasará".

La desazón se le disipa cuando después de la cena mamá Andrea se dispone a retirarse al dormitorio. Dobla con esmero la ropa blanca de las hijas que ha repasado prolijamente y las guarda en el costurero de pie. Bello petite mueble que la abuela Pilar trajo de España. Atraviesan la galería; llega hasta ellas la algarabía de la peonada en el galpón. Entre risas y contrapuntos sobresale la carcajada de una mujer.

-¡Otra vez a las andadas la Tiberia! comenta la señora – tendré que reprenderla seriamente o andaremos pronto con problemas, y con los que ya tengo es suficiente. Está por preguntar la niña cual es "el problema" que puede acarrear la alegre chinita cuando un relámpago ilumina la ladera de la sierra. Felicita se abraza a su madre.

Es inminente el retumbo del trueno y la mente de la niña revive aquel lejano verano cuando un rayo descargó su fuego sobre un molle de las cercanías. Desde entonces siente pavor por las tormentas eléctricas. Mamá se muestra protectora, la acerca con fuerza a su costado como temiendo perderla. Abrazadas llegan a la habitación. Andrea asegura los postigotes previendo viento, quizás lluvia tan necesaria.

Felicita asienta el farol junto a la puerta y aviva la llama del quinqué situado sobre el toilette y espera.

Mamá se sienta frente al espejo. "¿Cómo no ha visto aún la carpeta?". Se desplaza inquieta a su alrededor tratando de llamar su atención. Ella suelta con

desgano el rodete; el cabello se derrama sobre la espalda. Es entonces que exclama.

-¿Y esta belleza? Toma delicadamente el trabajo, lo observa al trasluz.

-¡La bordé yo sola!, para usted mamita. Se confunden en un abrazo. Felicita nunca lo sintió igual: tan intenso, tan dolido. Por sobre el hombro, la mirada de la chiquilla se posa en el sobre cuya letra conoce. "¿Cómo no lo vió antes?", Se reciben bastantes espaciadas últimamente, "¿por qué no se las ha leído como es habitual? ¿En ese mudo mensaje está el motivo de las extrañas actitudes de ese día?". Siente miedo. Segundos después la carta desaparece en el bolsillo de la mujer.

-Vaya nomás hijita, ya es tarde, me arreglaré sola esta noche – su voz denota agobio - ¿Sabe, me ha dado una gran alegría su obsequio, veo que han sido fructíferas las lecciones de doña Carla.

-¿Se siente bien mamita? ¿Y si me quedo a acompañarla? – agrega mimosa. Desborda de sus labios la pregunta sobre la carta, se contiene, algo le dice que debe respetar su silencio. Recibe la habitual bendición y abandona el lugar.

La tormenta se pierde con leves relumbrones buscando otro destino. "¡Con la falta que hace el agua por aquí!", suspira la niña.

Tránsito y Pepa conversan en voz baja desde sus respectivos lechos. Se silencian al verla y toman los libros de oraciones.

"¡Antipáticas, siempre las mismas como si aún fuera una nena!. No les voy a preguntar nada". Le duele que la dejen de lado. "¿Y si le pregunto a la tía?"

Poco después entra Ignacia con su crema reparadora para aliviar la cara de la sobrina preferida. La deja hacer con total paciencia y antes de que se retire le formula en secreto la pregunta. De inmediato una mueca de disgusto se le dibuja en el rostro:

-Espere a que su madre le informe, por ahora rece y duerma tranquila. Felicita toma el rosario pidiendo por algo que desconoce, pero siente en su corazón un futuro tormento. La noche se le hizo interminable en el desvelo.

Corre el mes de Marzo cuando Felicita y Tránsito abandonan la casa de las afueras para instalarse en la que Ladislao ha hecho construir en el centro de la ciudad. La compartirán con él y la tía Doralisa, su hermana. Es una edificación de una planta, más amplia que la que han abandonado. Puerta de entrada de madera labrada de dos hojas y eslabón de bronce. Sobre el porche, a la derecha, la sala con fino mobiliario; a la izquierda el escritorio del padre, sobrio, con muebles fuertes de estilo, amplia biblioteca. Una segunda puerta, la cancel, con vidrios esmerilados, se abre a un ancho y sereno patio de provincia al que se asoman los dormitorios. El aljibe de mármol blanco y hierro forjado, la galería que lo rodea con múltiples macetones con helechos y plantas de flores, denota la presencia y dirección de una mujer de mundo, y la tía Doralisa lo es. Matrona arrogante, aún joven, pero ya considerada solterona. Maneja los hilos de la política, obras pías, Sociedad de Beneficencia, desde la casa que considera suya.

Desde un primer momento tomó las riendas de su educación. Debía transformarse en señorita codiciada por los mejores partidos. "Ya decidiremos cual", había pronunciado. Desconcertada se propuso hablar con Tránsito: no se sentía capaz de enfrentarla aunque en su corazón se anidó la rebeldía.

Petronila, una de las chinitas de servicio, quedó a disposición de las dos niñas.

Aunque aparentemente su hermana se mostraba pasiva y resignada ante la nueva situación, tomó una actitud de concentración espiritual que la llevaba permanentemente a los actos religiosos: misa y comunión diaria y largas lecturas de la vida de santos. Desde un comienzo se aisló de toda actuación social pese a la insistencia de la tía.

Debió despedirse Felicita de su real identidad aún cuando tenía bien presente las palabras de Ignacia cuando llegó el momento de la dolorosa despedida. "No se deje presionar hija, las ambiciones desmedidas no conducen a la felicidad, mantenga su humildad interior y la fuerza de voluntad para imponerse en lo que la conduzca a ser una mujer cabal ¡Y no deje los estudios!."

Fue construyéndose entonces una calma profunda. No le fue fácil, pero en la mayor parte de las circunstancias lo había logrado.

También contribuyeron las palabras de su hermana mayor: "debe acercarse a Dios hermana, busque un buen director espiritual como lo he hecho yo. El padre Ramón me ha hecho entender ¡tantas cosas!, y por sobre todo acérquese a mamá las veces que sea posible; nos necesita más que nunca.

Costosos vestidos que no dejaban de halagarme poblaban el armario del dormitorio que se nos había asignado. Dos grandes espejos me devolvían una imagen que oscilaba ante el embeleso y la desorientación, el asombro y el dolor de la separación.

En los estantes, entre gajos de alhucema que me acercaban a mi vida anterior, se apilaban camisas, cubre corsés, calzones de fina batista bordada con entredoses y puntillas, y el monograma con mis iniciales. En el cofre de madera de la finca materna había visto algo parecido que se guardaba como tesoro de mi bisabuela Pilar.

Las indicaciones de tía Doralisa eran inapelables: debía cambiar mi ropa dos veces al día ¡por lo menos!, cabello recogido, corsé bien apretado...

Ante mis impacencias dejaba deslizar murmullos que por cierto llegaban a mis oídos: "no se que podré sacar de esta niña salvaje", que yo trataba de ignorar.

-¡Debí habituarme a tantas cosas! Mi madre nos había educado en la austeridad, tanto en el vestir como en el hablar llano no por eso carente de distinción innata heredada de la siempre nombrada y recordada viajera venida de España."

-¡Qué interminables me resultaban por las noches las horas en blanco. La soledad se intensificó desde la partida de Tránsito. Viajaba a Francia con papá a los festejos del inicio de un nuevo siglo. París era el destino. Hacía ya quince días de su partida. Habían hablado largamente; le pidió resignación y paciencia. ¿Más de la que tenía?"

-¡Padre, por qué todo esto! ¿No reflexionó sobre el dolor que nos está causando? ¡Si pudiera entender! Mamá calla, pero siento que la cruz que lleva es superior a sus fuerzas. Tratando de ocultar su pena quiere convencerme que es lo mejor para nosotros y la única solución. Pero qué cortas me resultan las tardes en que me permiten verla, madre, sé que no soy del todo sincera cuando le hablo de mi nueva vida; moriría de pena si supiera cuánto padezco."

"Me he puesto firme. Voy a continuar con la carrera docente. Tía Doralisa ha querido persuadirme: "las niñas de sociedad no concurren a esa Escuela", ¿o pretendes ser una maestra? Evité la controversia. Solo le informé que tenía autorización de papá."

Me llena de júbilo pensar que volveré a ver a mis amigas. No quisiera ofenderlas con el nuevo vestuario que me están preparando para concurrir a clase. Le he rogado a la modista que sean sencillos; me ha mirado con comprensión y afecto.

Han transcurrido cinco días desde que Andrea recibió "la carta". Aún no se decide hablar con la hija menor, la única que por entonces ignora su contenido.

"Esto supera mis fuerzas, debió comunicármelo personalmente, darme tiempo para acomodar mi espíritu al desgarrante cambio."

Rememora las palabras de la carta: "Reparando mi falta que tanto te dañaba he concluido con los trámites reconociendo legalmente a nuestros hijos. Ahora que llevan mi apellido presentaré en sociedad a las niñas según corresponde. En mi última estadía en Buenos Aires decidimos varios amigos y políticos, viajar a Francia, París, a los festejos que allí se realizarán con motivo del advenimiento del nuevo siglo. Los preparativos que se anuncian prometen convertirlo en un acontecimiento excepcional".

"Podrás medir mi cariño y el orgullo que siento por nuestras hijas cuando te enteres que llevaré conmigo a Tránsito. Su belleza y distinción brillará en los salones y actos a realizarse. Felicita tiene tiempo para adquirir los conocimientos necesarios para desenvolverse en el futuro, como corresponde a lo que será su nuevo ambiente. Es fundamental que los reciba de su tía Doralisa, ducha en esos menesteres. Mi chiquilla necesita algunos frenos a su temperamento algo díscolo; ese amor desmedido por la vida al aire libre que he observado en mis estadías en la finca, no es favorable a mis propósitos que no dudo serán los tuyos y no te he olvidado en ningún momento mi querida Andrea; Pepa quedará contigo. ¡Se la ve tan apagada! y no he encontrado en ella apego a la vida mundana. Por otra parte nunca te dejaría sola. Tránsito y Felicita estarán contigo los fines de semana y en verano. El reencuentro en El Portezuelo será doblemente feliz."

¡No! No pudo ser Ladislao el autor de esta carta, ¡y es él!. Todo ha terminado para mí, se repite una y otra vez. "La política nos unió, la política nos separa para siempre... ¡y mis hijas! ¿Cómo podré enfrentarlo? Ha prometido venir antes de viajar.

¡Preferiría no verlo!."

La inminencia de "la reunión" que habían concertado con Ignacia para el sábado siguiente tiene desquiciada a Andrea, el sueño ausente. No soporta ver los ojos interrogantes, casi de súplica de su niñita. Trata de contener el temor que se apodera de su corazón ante el futuro, no le ha bastado por cierto las palabras de Ladislao en su extensa misiva. "Por otra parte todo seguirá igual; mi amor por ti no ha variado y tengo confianza en tu comprensión de siempre, nuestros hijos son prioridad. Necesito a las niñas a mi lado en estos momentos

fundamentales de mi vida política" ¿Y yo Ladislao?, ¿Cómo puedes decir que todo será igual?"

Sintió por momentos revelársele el corazón. Odió a Ladislao con la misma fuerza de su amor y en lo más profundo del alma vagos deseos de venganza. "¿Podría imponerse ante su decisión inconsulta? ¡Si pudiera morir, si pudiera armarse de una coraza, no dejar lugar para sentir nada!"

La mente es un caos y algo se quiebra dentro de ella al comprender su incapacidad para enfrentarlo.

Le costaba abandonar el lecho por las mañanas. Las siestas se prolongaban más allá de la media tarde.

-Tu madre no está bien de salud, consolaba la tía a Felicita que se sentía tan intranquila como aquella. Son los años, a nuestra edad las mujeres sufrimos trastornos. Es la cruz que soportamos.

Felicita no recordaba tal enfermedad en su tía a la que nunca había visto en cama salvo en las horas de descanso. Sólo le quedaba esperar, ¿esperar qué? Las costumbres de la casa se habían alterado en la última semana. Todos se movían como ausentes, contestaban con evasivas. Sí, esperar, no quedaba otro camino.

La alta temperatura de aquel amanecer se ha mantenido en el transcurso de la tarde. La falta de lluvia opaca los verdes. Trinos, silbidos, últimos aleteos, anuncian la hora del rosario. Las oraciones ya han comenzado en la intimidad de cada corazón. El pedido es el mismo: que todo pase pronto y que la noticia no afecte demasiado a Felicita.

El silencio es hondo, poblado de murmullos latentes. La extraña calma llena de inquietud a las mujeres reunidas bajo el fresco del frondoso pimientito testigo mudo de alegrías, desazón y penas a través del tiempo.

-Es la hora del rosario – recuerda Ignacia saliendo del letargo. Las chinitas ya están reunidas en la galería. Se levantan despaciosamente y se dirigen al comedor. En una esquina las espera el pequeño altar familiar.

El momento de devoción ha concluido. Se ordena que se demore la cena hasta nuevo aviso. El grupo se distribuye según costumbre alrededor de la mesa.

La carta no le fue leída a Felicita. Tiene apreciaciones que sólo Andrea puede comprender aún con desencanto infinito.

-¿Por qué, madre? ¿Por qué debemos separarnos? ¡Debe haber una confusión! ¡Cómo podré vivir sin tu compañía; Y eso de llevar un nuevo apellido! ¡Seré el hazmerreír de la escuela!

La aflicción de la chicuela es tan intensa que su madre no encuentra palabras de consuelo. Le preocuparon sus ojos secos en los que vislumbró resentimiento, rencor. Andrea se siente presa de una trampa de la que no sabe como evadirse.

Habla entonces la tía. – No niña, por el contrario, su padre es muy importante y respetado... ¡nadie se atrevería! De eso puedo estar segura. En el ambiente en que él se desenvuelve, la gente vale por el apellido.

Andrea la mira suplicante. Ignacia recibe el mensaje.

-Pero son gente bondadosa, será muy feliz. Agrega tratando de reparar el exabrupto.

Comprende Andrea que su silencio agravaría la situación y con voz entrecortada agrega:

-Yo estaré siempre cerca de ti hija, recuerda que algunos días serán nuestros. Deber tener calma, creer en mí.

-¡No comprendo! ¡no comprendo! Musita la niña "¡Lo odio! ¡Lo odio!" Dice para sí.

-En la vida no se puede tener todo – vuelve a terciar la tía con voz conciliadora, ya se lo dije: puede ser feliz en cualquier lugar si se lo propone.

Pepa se mantiene callada, como ausente. Sólo la mirada... Por primera vez observa Felicita el parecido físico de su hermana con la tía Ignacia. ¿La tez cetrina, su figura pesada falta de gracia?. Fue un instante, luego se pierde en su aflicción.

La noche ya está instalada en el valle. Reina el silencio en el comedor. Solo se escucha el rezongo del último sorbo del mate que la tía no deja de cebar. La cena ha sido pasada por alto. Nadie se mueve ni intenta levantarse. El peso de los próximos cambios las supera impidiéndoles reacciones inmediatas.

-¡Niña Ignacia... ¡niña! – la aparición inesperada de la Tiberia contribuyen a la reacción de la familia.

-¡Qué es eso de entrar sin autorización chinita de porra! La voz altisonante y autoritaria obra como por milagro sobre el alicaído grupo.

-¿Puedes decir de una vez lo que té pasa? ¡Ni que hubieras visto al diablo o la luz mala!

-¡siií! ¡siií! Jué la luz mala que vide con el Jacinto.

-Mirá chinita, el horno no está para bollos, primero me vas a explicar que andabas haciendo con el Jacinto; ¿no te tengo prohibida la junta con ese hombre mujeriego y tomador?

En tanto habla, arrastra a la muchacha fuera del comedor. No quiere que sus sobrinas sean testigos de la discusión que podría resultar embarazosa.

-¡Li juro niña que nada malo! De güeyes perdidos hablábamos y de repente la vide... junto al cerco´ el sur: brillaba y se movía y en cuanto le anoticié al Jacinto, me retrucó que estaba loca y aisito nomás juyó a los saltos el muy pollerudo. Y yo como estaquiada, sin poder moverme y por áhi mi acordé e la Virgencita y le prometí que nu´hei de faltar pal rosario e los sábados y de repente si me afluejaron las piernas y ¡qué julepe niña! Ai ser el alma del Zamudio buscando compaña. Mi mama cuenta que si un finau ha siu pecador, el alma se guelve luz mala y que solo los rezos le abrirán las puertas´el cielo y ...

-¡Basta mujer, basta! Ignacia había tratado en vano de hacer callar a la chinita, sin éxito. Sólo el zamarreo la hizo reaccionar.

-Ahora te vas al rancho, te arreglas las crenchas que se te han alborotado con la charla del Jacinto y le pedís a tu madre que te prepare el té que ella sabe; ¡y bien fuerte!

"Gente ignorante" se dice Ignacia en tanto hace la señal de la cruz; en su corazón agradece lo acontecido que permitió atenuar la tensión que se había suscitado en "la reunión familiar."

"Estoy habituándome muy a mi pesar a las imposiciones de la tía Doralisa. Los primeros tiempos fueron de continuos choques; en cada caso salí perdedora. Comprendí muy pronto que Zunilda, la chinita que había puesto a mi servicio, era la encargada de transmitirle mis inocentes conversaciones, mis quejas. La consideraba confiable, le permitía que ordenara mi ropa, que me ajustara el corsé (no tanto como lo exigía la tía), pero el peinado nó, me hacía sentir tan inútil.

"Apareció sorpresivamente muy temprano y sólo para sermonearme. No está de acuerdo con mi peinado."

"¡Mocosa díscola! Debe entender desde este momento que lo que yo ordeno es por su educación. Parece una muchachita del campo con ese pelo alborotado al viento; no es fino, no es elegante. Ella misma lo sujetó a su gusto y agregó: ¡Y ahora a esa bendita escuela que le impide adquirir buenos modales. Jamás me sentí tan humillada. Con las mejillas encendidas, los ojos llorosos, abandoné la casona adelantándome a Zunilda. Aprendí a callar cada mañana durante el rito del arreglo.

"Mi desquite, ¡La escuela! Era aplicada, cumplía con lecciones y deberes. En los recreos daba rienda suelta a mis deseos de vivir. Tomaba parte en todos los juegos: saltar a la cuerda, la mancha, las rondas con diferentes canciones, compartíamos la vianda en el recreo largo, por humilde que fuera."

Beatriz se incorporó a nuestra aula durante la segunda hora de clase. Llegó acompañada por la señora Directora que la presentó con breves y cálidas palabras. "Será vuestra compañera de estudios. Ha arribado de Italia, su patria, junto a su padre, distinguido profesor de música. Espero de ustedes comprensión y afecto. No domina el castellano y necesita de vuestra ayuda."

"La patética figurita totalmente vestida de negro, sus cabellos muy rubios cayéndole blandamente sobre la espalda en bucles naturales, los grandes ojos castaños de mirada melancólica, casi de súplica, atraieron mi atención. Saludó brevemente y se sentó en silencio en el banco próximo al mío."

"Aprovechando su proximidad la invité a que me acompañara durante el recreo. Sentí en mi interior que podíamos llegar a ser buenas amigas. Entreveía en su mirar, reflejos de honda tristeza."

"Con el transcurrir de los días, las mutuas confianzas, hizo crecer en nosotros una real amistad que perduró en el tiempo. Me fue refiriendo el dolor por la enfermedad de la madre, su temprana orfandad, la ausencia inconsolable, la soledad. Le hice también partícipe de los míos; solo callé mi cambio de apellido. Eso lo silencié siempre y lo llevo conmigo como un estigma."

"Oculté a la tía la nueva relación. Siempre tenía una crítica y me importaba demasiado el afecto que me inspiraba Beatriz para afrontar una prohibición."

Fue durante un almuerzo de domingo. Nunca faltaban a la mesa dos o tres amigos y primas de la tía Doralisa.

- "¿Te has enterado Doralisa – comentó misia Genoveva – que el recién llegado profesor de música ha sido nombrado Director de la Banda de la Policía? Se dice que es muy distinguido ¡y viudo!. Con mirada picaresca desvió la vista hacia Doña Leticia que ya pisaba los umbrales de la soltería. ¿Qué te parece como candidato?

- "Por favor mujer, no son bromas de hacer delante de la niña. ¿Y dónde adquirió distinción ese maestro de música?, Acotó la tía."

- "¿No sabes que lo trajo Nicanor de su último viaje a Italia? La que hablaba era misia Genoveva ¡Como se te ha escapado la noticia!"

- "Lo que sucede primita, es que estoy atiborrada de trabajo con la recaudación para el Altar Mayor de la Iglesia Matriz y eso lleva años. En cambio ustedes son puros figurones en la comisión, ¡Y se acabó el tema!"

Pasaron unos días y estando a solas con ella durante el almuerzo, tocó el tema de Beatriz.

- "He decidido sobrina incorporar a la niña Beatriz a nuestro medio social. Me han informado que es encantadora y de exquisitos modales, te vendrá bien su amistad."

- La conozco tía, somos compañeras de clase.

Vi como se le empalidecía la frente, natural reacción ante un disgusto. Me preparé para su enojo:

- ¿Por qué no me lo has comentado? ¡He quedado como una boba!

- No tía, no, por la Virgencita que no, simplemente no creí importante mencionarlo.

- ¡No té falta la palabra pronta! ¡Tamaño regalo me ha dejado tu padre!

Pensé en mamá y traté de calmarme.

Organizaría una fiesta, invitaría a niñas de mi edad, ¡Las mejores! Y más adelante sería bienvenida a la casa.

Su padre ha instalado un conservatorio, arreglaré con él para que tomes lecciones de violín.

- ¡Pero tía, a mí me gusta la guitarra y es lo que sé! Mi voz iba perdiendo fuerza al observar su rostro, los ojos desorbitados.

- ¡Guitarra! ¡Guitarra! Si te brota...

No alcanzó a terminar el agravio. Me levanté bruscamente dispuesta a abandonar el lugar.

Tranquila niña, ya habrá tiempo de hablar del tema. ¡Terca como el padre! Escuché que agregaba en susurro.

Volví a ocupar mi lugar dispuesta a no aceptar agravios a mi familia materna.

La reunión fue un suceso como todo lo que organizaba la dueña de casa. Se daba en ella algo que Felicita no lograba entender: altanera, autoritaria con las amistades a las que seleccionaba a su arbitrio y conveniencia política y social; no obstante la respetaban, le demostraban afecto, la consultaban.

"¿Por qué mi rechazo? Muy en el fondo lo relacionaba con el contenido de aquella carta y sus consecuencias.

Eran doce niñas entre las que se encontraba Beatriz compitiendo en elegancia y belleza: corsés con ricos encajes y bordados, faldas angostas de seda con pliegues superpuestos según la moda. El largo de los vestidos al tobillo permitía lucir delicadas botitas de cabritilla o gros en delicados colores.

La mesa colmada de ricos manjares: pastelitos dulces, alfajores, colaciones para acompañar el chocolate. Más tarde, ambrosía y diferentes dulces caseros.

Beatriz, que para entonces hablaba con cierta fluidez el castellano, se incorporó con moderación a la tertulia. Al atardecer nos deleitó, a mi pedido, con varias piezas al piano que dominaba a la perfección. "¿Por qué no estudias violín?" "Me había sugerido días antes. "Podríamos interpretar a dúo". ¿Qué distintas sonaron en su boca las mismas palabras que anteriormente habían sublevado mi espíritu? Hasta me resultaron atractivos; "¡Y yo amaba tanto la música!" A las nueve comenzaron a llegar los carruajes para retirar las invitadas.

Quince días después conseguí autorización para compartir un largo fin de semana con mamá y Pepa. La tía se había mostrado inusualmente amable dado mi " buen comportamiento! y la aceptación de estudiar violín.

"¡Resultó tan maravilloso! Gozamos cada minuto. Mi hermana recibió emocionada las prendas de vestir que le obsequié de entre las tantas que se apilaban en mi armario: Una blusa, dos enaguas, un camisón.

"En procura de no opacar los días, silencié arrebatos e imposiciones desmedidas a las que me veía sometida, repetí en cada ocasión propicia cuánto las extrañaba y desvié conversaciones comprometidas hacia noticias relacionadas con mis progresos en los estudios, la amistad con Beatriz, el chocolate ofrecido en su honor. Pepa pedía detalles; traté de satisfacerla esforzándome en ser moderada en las apreciaciones".

Las primeras claridades sorprendieron a las hermanas en mutuas confidencias.

Pepa se había enamorado y estaba temerosa de no ser correspondida. "Lo conocí en casa de Doña Hermelinda y compartimos toda la tarde. ¡Fue tan amable! Y los otros días en la plaza pudimos conversar un ratito. ¡Tiene una mirada tan triste que me hace quererlo!".

"Mañana iremos juntos a la misa de ocho en Santo Domingo en donde han quedado en verse".

"Desperté cercano al mediodía y quedé remoloneando, repasando la conversación de anoche. Me sentí feliz con las esperanzas y sueños de Pepa y más feliz aún de estar en mi habitación de siempre y con mamá. ¿De qué valían la comodidad, el lujo, las tertulias de música en el club social, los bailes, si me faltaba mi familia?".

"¿Era eso la causante de mi vacío interior, de permanente preguntas sin respuestas que trataba de llenar con la lectura de algunos libros que me había prestado tía Ignacia, el Evangelio y el devocionario, los únicos que se me permitían en la casa grande?".

"Ya tendrás tiempo cuando seas mayor para leer esas novelitas tan de moda, que sólo sirven para distraer los espíritus de la devoción a la Virgen y los santos", pontificaba. Yo era de la idea que ambas cosas estaban bien para mi corazón deseoso de conocimientos, ¡Y los libros de la tía Ignacia no eran novelitas como ella decía!"

Mi posición en la escuela no varió en apariencia. Molestaba a mi natural timidez, el nuevo apellido a todas vistas muy respetable. Nadie hizo preguntas. Había algunas distinciones que mis compañeras aceptaban de buen grado: elegida invariablemente como primera figura en los actos escolares, acompañante de la bandera en fechas patrias para las cuales tenía un abrigado vestido blanco, color obligatorio para todas las alumnas en esas ocasiones. Los veinticinco de mayo y nueve de julio nos trasladábamos a la plaza esperando la salida del sol. En el momento en que sus rayos se levantaban sobre la techumbre de los caserones, la Banda de la Policía ejecutaba el Himno Nacional entonado por todos los presentes con gran fervor.

El frío del amanecer, la ventisca, se filtraba a través de las delgadas telas de la mayoría de las niñas que no parecían sufrirlo. Eramos doblemente felices: honrar a la patria y la presencia de los alumnos del Colegio Nacional ¡Grata conjunción de satisfacciones para nuestros corazones ávidos de emociones nuevas!

"¡Pequeña, es hora del almuerzo!" ¡Qué dulce resultó el beso mañanero de mi madre!".

"Esa misma tarde le propuse que alquiláramos un mateo para concurrir al paseo vespertino de la plaza y gozar de la retreta. El día era propicio: una leve brisa nos acercaba el olor a huertas y a hierbas perfumadas de las quintas vecinas. Accedió por fin; ¡se la veía tan hermosa con el vestido de sarga azul que ella reservaba especialmente para acontecimientos especiales! Acomodé sus cabellos renegridos iluminados con los primeros reflejos plateados, como había observado en las señoronas del entorno de tía Doralisa; como único adorno le colocamos el pectoral de Plata de la abuela María al que Pepa sacó brillo frotándolo con ceniza. Mamá pasó suavemente las manos sobre la cruz; ¿Algún recuerdo especialmente querido?".

"Esperamos expectantes la llegada de Nicanor, el peón de los mandados. Le habíamos encargado el coche más hermoso."

"Jue lo mejorcito qui encontré niña, los con más brillo ya estaba reservados, pero este está güenazo y con un caballo e tiro que da gusto."

"Mazurcas, vales, nos deleitan por más de dos horas. Observé ojos curiosos, cuchicheos, saludos amables, afectuosos de matrimonios conocidos y amistades de mamá. Algunas miradas no estaban exentas de indiscreción. Era la primera vez que ella concurría al lugar. Desde coches ocupados por caballeros que transitaban en sentido contrario, recibimos insinuantes inclinaciones de cabeza sombrero en mano, gestos admirativos y hasta cumplidos que se perdían entre las notas de algún vals. Los que no conocían a la hermosa señora que nos acompañaba. Intercambiaban palabras con sus compañeros de paseo y evidentes gestos de admiración. ¡Que orgullosa me sentí de ella!".

"De vuelta en casa ya me esperaba el break de papá. Con la promesa de una nueva salida retorné a casa en el coche manejado con precaución por Ventura, el asistente de papá."

"Habían sido tres días de gloria para mí."

Es pasada la medianoche y Andrea, con la vista fija en la fotografía de su esposo no puede conciliar el sueño. Revive esa jornada dando cauce a su

amargura. Jamás conocerían sus hijas lo que pasaba en su interior. El amor y el respeto que sentían por su padre no debían ser menoscabado y no sería ella la causante que se quebrara. Bastante le preocupaba ya el resentimiento que hacia él, sentía su Felicita.

Se distrae momentáneamente al sentir el frío que se ha levantado con fuerza y se cuele con un silbido entre las hendijas de la puerta. Escucha con nostalgia el canto lejano de un serenatero confundido con largos ladridos de la perrada de los alrededores. Un azotón más violento del Chorrillero alborota ramajes y ventanales. Así de turbador es su sentir en ese momento en que la soledad en el lecho matrimonial, se hace más intensa. El paseo de la tarde con sus hijas puso al desnudo cruelmente, su situación social que siempre se esforzó en ignorar. ¡Se había sentido tan disminuida al observar matrimonios mostrar con orgullo, por lo menos aparente, su unión!. Ladislao había evitado concurrir en su compañía a esa ronda tan atractiva. ¡Debí exigirselo! ¿Por qué me quejo si conozco la causa? Se reconoció cada vez más débil para soportar la situación. Solían salir en el break en días templados, pero siempre hacia los alrededores de la pequeña ciudad que se extendía hacia el norte con algunos ranchos diseminados y extensas quintas. La gente los recibía por igual con gran algazara y veneración. No faltaba quien los acogiera en sus humildes albergues con un vaso de vino patero para el patroncito y dulces para ella.

¡Qué afortunada se sentía entonces de ser compañera de ese hombre de estampa recia y gran afabilidad con los que menos tenían! No faltaban los pedidos de ayuda que él no dejaba de solucionar. Ese era el hombre que amaba y conocía. Pensó que ya no quedaba nada para agregar a la desesperanza que la abrumaba desde la disgregación de la familia.

Se levanta para asegurar la puerta que el viento persistente pugna por abrir.

Se detiene ante el espejo, se atreve a enfrentarse a él. Ha perdido la lozanía, el contorno de los ojos está surcado de leves arrugas testigos impiadosos del tiempo. Pasa levemente los dedos por los pliegues que marcan un rictus de amargura en su boca. "Ladislao no tiene fuerzas para amarme más allá de la política, nunca la tuvo, defiende sus ideales por sobre mí y nuestros hijos; es feliz a costa de mis renunciamentos, de que silencie mis pesares".

Ya en el lecho reconoce avergonzada que aún lo desea, que por tenerlo cerca de tanto en tanto hasta se ha humillado. Es el amante ideal: fozozo y tierno y ella lo necesita en cuerpo y alma. Lleva consigo como única compensación, los recuerdos de los instantes felices, de las noches en que el contacto de sus cuerpos era plenitud. Pasión sin palabras, silencio que agradecía en tanto él recorría su cuerpo con ardor apenas contenido y ella se entregaba con mansedumbre cómplice.

Anhela por momentos la muerte. Así acabarían las esperas, las dudas, la angustia de que sus hijas no le pertenecen enteramente y sobre todo se liberaría de la fascinación que sobre ella ejerce Ladislao. Sin transición vuelve a sus cabales: Felicita aún la necesita... "¿La necesita realmente inmersa como está en el mundo que ha comenzado a vivir?" Debe hacer algo, quizás aceptar la invitación de un grupo de amigas que han creado una Asociación destinada a dedicarse a los que menos tiene. ¡Deja por momentos la casa y entrégate a ellos! Las Hermanas de los Pobres te esperan, necesitamos brazos y corazones dispuestos; verás como cambia tu vida."

Alcanzó el sueño luego de escuchar las campanas de Santo Domingo que acerca el Chorrillero. Pronto se oficiará la primera misa.

"La boda de Pepa se fijó para mediados de diciembre. El beneplácito de mi padre llegó por carta en contestación a la misiva de mamá. En ella le hablaba de la necesidad de un hombre en la casa; (el matrimonio viviría con ella), que era un joven honesto dueño de una pequeña botica y políticamente afín, pero lo más importante, el entusiasmo de su hija con esa unión. Papá a su vez le informaba que se despreocupara del ajuar que el con Tránsito adquiriría en Buenos Aires. "Hablaemos de ella a mi regreso; me ha preocupado sobremanera su actitud indiferente hacia todas las maravillas que ha tenido ocasión de vivir. No ha permitido que le obsequie nada de lo que se ve por aquí, y ha rechazado sistemáticamente las atenciones de jóvenes atraídos por su distinción y belleza. En fin, ya sabremos lo que esta pasando por esa cabecita siempre reconcentrada y como si no viviera en este mundo"

"Anunciaba su arribo para mediados de noviembre. Tres meses habían transcurrido entre una y otra comunicación."

"Los fines de semana teníamos largas conversaciones con mi hermana. ¡Estaba tan exaltada con su próxima boda! No sé si estoy enamorada, ¡Pero es tan bueno, tan atento!" El joven Genaro (que no lo era tanto), era alto, esmirriado, de tez blanca y ojos huidizos. Admiraba a Pepa que poseía el carácter y el empuje del que él carecía. Formarían sin duda un hogar sin muchas ambiciones con varios hijos. ¡No, no era lo que ella esperaba de la vida! Sentía necesidad de estudiar, conocer los misterios que atesoraban los libros que había leído. Intuía que nada le sería dado con facilidad, pero no obstante su timidez se reconocía espíritu fuerte y libre a pesar de la sumisión que se había impuesto para hacer más grata la convivencia de la casa grande.

En ocasión de instalarse en la ciudad un fotógrafo profesional venido de Mendoza, mamá propuso que nos fotografiáramos las tres para obsequiársela a papá. Fue todo un acontecimiento ya que sería la primera vez que nos enfrentaríamos a una cámara. El resultado fue por demás feliz. Ella de pie con un abanico en la mano a medio abrir, al lado Pepa con un ramo de flores que proveyó el fotógrafo y yo sentada en una hermosa banquetta; De fondo un telón que representaba un jardín. ¡Que bella se veía mamá con una sonrisa apenas insinuada!; seguro que pensaba en papá.

Sentí fastidio, pena por su amor que lo consideraba mal retribuido.

El día del arribo de papá y mi hermana Tránsito, todo era actividad en mi casa de las afueras. Me había trasladado a ella el viernes después de clase con autorización de la tía. A media mañana ya brillaban los ambientes; los floreros colmados de la cosecha primaveral. Mamá y Pepa estrenarían vestidos que ellas mismas habían cocido con afán durante la última semana. En la cocina se preparaban los platos y postres preferidos de papá. De la finca se habían traído choclos, zapallos, charque, leche, huevos, chivitos, pollos. El resto fue adquirido en el almacén. Ya había dos bien provistos en el pueblo.

-¡Buenos días niña! ¿Se cayó de la cama?

-¡No mujer, quiero ayudarte en la preparación de la chatasca, el plato preferido de papá.

-Si usted lo manda; ha de estar creyendo que los años me han azonzau y que ya no soy capaz.

-Pero vieja, bien sabes cuánto te necesitamos y lo que te quiero, pero hoy es diferente, muy especial.

Se acercó a la peona y abrazándola la hizo girar en remedo de baile, chichoneándola.

-¡Por Díos niña! Tengo las manos con choclo qui estoy rallando.

-¿Para la humita en chala?

-Sí pues, así l' ordenó la doñita.

-¿Y la Tiberia? Necesito que me ayude.

-¡La Tiberia, la Tiberia!... ¡por ahí anda ayudándole al Nicasio a limpiar el yuyal de junto al canal! No tiene rimedio esa chinita.

-Está bien Genara, yo misma la busco.

A medida que se acercaba al huerto escuchó las risotadas de ambos que se silenciaron al ver su cercanía.

Disgustada, Felicita tironeó la trenza de la china y miró severamente al muchachón.

-¡Den gracias que hoy no quiero darle un mal rato a mamá! Con la cabeza gacha, Zunilda acompañó a la niña hasta la cocina.

-¡Y ahora a trabajar! Lavá y pelá la verdura que tengo separada en la fuente enlozada.

La vieja cocinera seguía en la tarea de rallar choclos. En la sartén hervía una salsa de tomates. El perfume a tomillo y albahaca invadía el lugar.

El charqui ya estaba machacado en el mortero y separadas las hebras desde muy temprano, lo mismo que el picadillo para las empanadas.

-Denseguida la via poner a la Tiberia en el repulgue, es güena pa' eso y a ver si así, se li' asientan los pajaritos que la tienen volando. Ante el tono socarrón de la cocinera se silenció la chinita, empacada.

-¿Me dejas verte hacer la humita vieja? Ante el gesto de molestia de Genera agregó:

-¡No seas egoísta! Por esta vez solamente:

-¡Ta bien, pero qui no si li haga costumbre, aquí yo soy la patrona!

Esta vez la fritura era más liviana, pero con abundante pimentón y algo de sal. Se volvió a la fuente con choclos rayados y le agregó dos tazas de leche, una cucharada colmada de azúcar y canela que mezcló con la fritura; luego, fuera del fuego, batió con fuerza la pasta.

Felicita ordenó a la Tiberia que pusiera al fuego la cazuela panzona con cuatro cucharadas de grasa y dos de aceite, cuatro cebollas en rodajas finas y cuatro tomates en cubos, dos cabezas de ajo, el perejil picado y las rodajas de pimiento. Tomó entonces la niña un tenedor y mezcló los ingredientes. "Mientras controlo esto corta en trozos las papas y el zapallo". De la olla grande en donde hervía el puchero tomó varios cucharones de caldo que agregó a la preparación anterior junto a la verdura. A todo esto agregó tres cucharadas de vinagre y dos de azúcar.

-¿Puedoirme ya, niña?

-¡Vos no te movés de aquí que hay mucho que hacer! Alcanzame el charqui y la harina del tazón... ¡qué bueno se ve! ¿Por qué no lo probas vieja y

me das tu opinión? No le conozco el gusto a papá en los condimentos ni en la sal.

-Ta guenísimo, el patrón se va a morir e gusto en cuantito sepa que lua ha hecho usted. ¿Di seguro que viene hoy?

Se arrebolaron las mejillas de Felicita ante la salida intempestiva de la mujer.

-¿Cómo puedes dudar? Hace once meses... ¿por qué lo dices, has escuchado algo?

-Por nada mi niña, por nada, ocurrencias mías nomás.

Felicita quedó inquieta, pensativa, rechazó el preocupante pensamiento; terminó de observar cómo Genara colocaba en cruz las chalas más anchas, volcaba en el centro una cucharada del preparado, las envolvía en forma de paquetitos y las sujetaba con hilos de la misma chala. ¡Listo niña!, ¡dispués cocinarlas en agua y a comerlas!

Luego de ordenar a la Tiberia que en cuanto terminara el trabajo en la cocina se dirigiera a las habitaciones, se retiró con el interrogante clavado en el corazón.

El día amaneció y se mantuvo radiante, y radiantes las mujeres de la casa de las afueras.

Las pitadas del tren Andino, estremeciendo el suelo, se escucharon con bastante retraso. Las sombras ya eran dueñas del lugar.

Andrea y las hijas toman mate en un intento de acortar tiempos y desazón. Los oídos atentos a la puerta cancel. Media hora, una hora... la pesadumbre las domina. "¿Les habrá pasado algo?", Medita la señora en tanto repiquetea en la mente de Felicita la pregunta de Genara.

El novio de Pepa, único invitado para la presentación oficial, se pasea nervioso.

-¿Sirvo la cena doñita? La voz de la Zunilda suena indecisa. Se percibe en el aire el estado emocional. – Esperemos un rato más, murmura Andrea.

-¿Y por qué tenemos que esperar?, Explota la novia desconsolada.

-Puedes retirarte, concluye la dueña de casa en tanto mira con ojos severos a su hija.

Sin poder precisar el tiempo transcurrido, los aldabonazos se expanden como grito de alerta hasta el segundo patio. La señora y las niñas despiertan del sopor y hacen detener, sobresaltado, al angustiado novio. No obstante nadie se mueve.

La Tiberia atraviesa el patio a la disparada.

Poco después se presenta el mulato Ventura. Se adivina en él, desasosiego, inseguridad. Titubea:

-¡Güenas noches patroncita! Manda decir el patrón qui la saluda y qui ...güeno, qui nua podiu llegarse entuavía, qui un ha podiu safar e tanto correligionario qui jue a esperarlo a l' estación y que misia Doralisa le teniba preparau un agasajo y que hasta el señor gobernador...

-¡Está bien Ventura, está bien! ¿Han llegado sin inconvenientes? El temblor de la voz le impidió continuar.

-Verá doñita, me dijo qui le dijera qui en cuantito... que la niña Tránsito no ha veniu, pero...

Andrea no la deja concluir y volviéndose a la Zunilda que espera con ojos desorbitados, le ordena que sirva la cena.

El silencio es denso en el comedor. Benigno mira con ojos suplicantes a su novia a punto de estallar. No hubo lágrimas ni comentarios. Es la consigna y se respeta. El dolor solo habita en los corazones.

Los platos se suceden probados apenas. Luego del postre el novio pide autorización para retirarse tras lo cual Pepa, se levanta bruscamente mascullando palabras ininteligibles.

Cuando Zunilda entra a retirar los platos habla por primera vez Andrea.

-Zunilda, avisa al Nicasio que mañana a primera hora acerque la comida que no ha sido probada a la casa de la Presidenta de las Hermanas de los Pobres; ellos sabrán agradecerlo, agrega acongojada.

La palidez de la madre asusta a Felicitita que la rodea con sus brazos y le ruega que se retire a descansar. Al besarla siente su frente ardiendo, pero no encuentra palabras ante tan desdicha situación.

La acompaña hasta la habitación y se recluye en la sala a oscuras. Desorientada, con profunda amargura, deja desbordar un sentimiento nuevo en ella que le produce dolor; "¡Jamás perdonaré a su tía". ¿Podrá perdonar a su padre? ¿Por qué siempre termina perdonándolo?" Esa debilidad contra la que no sabe luchar no la hace sentir bien, piensa que con esa actitud traiciona a su madre.

Andrea vela su tormento. La mente confusa no alcanza determinar si es más intensa la humillación o presentir que el amor por parte de él, ya no existe. ¿Quizás otra mujer?. En esa ausencia tan prolongada todo es posible. Siente frío, el corazón late desordenado. En la calle se escucha el lento traqueteo de un carro; las chicharras gritan su canto con anuncio de cambio de tiempo; los perros ladran y se contestan en mensajes secretos.

Con el libro de oraciones entre las manos se sumerge en un sueño intranquilo cortado a ratos por temblores. Se arrebujaba en la mañanita de fina lana.

En la nebulosa de la vigilia le parece escuchar un canto de voces masculinas entonando un vals. Súbitamente la voz de él, reconocible entre cientos.

"¡No, no ahora! ¡Virgencita, no lo quiero ahora!. No obstante es su débil corazón el que triunfa. Presta oídos":

Me juraste amor eterno,

Mi corazón lo guardó.

Con el mismo amor he vuelto,

¡no mates mi corazón!

Sin poder contener el llanto se levanta y espera, sólo espera vacía de sentimientos, con un leve mareo que la obliga a sostenerse en el respaldo de la cama.

Poco después él, con la prestancia de siempre trajeado a la criolla: botas americanas, chaqueta de corte inglés, pañuelo al cuello. Brillan sus ojos claros bajo la frente combada. Ella permanece inmóvil, le zumban los oídos, aumenta su inestabilidad.

Ladislao la abraza con ternura y así, apretada contra su pecho le murmura: ¡Estás hermosa como siempre!

Andrea se odia a sí misma por su debilidad, pero las dudas al contacto del cuerpo amado se disipan como leve nube a la salida del sol "¡Hasta cuando!" Se dice con infinita tristeza.

Se desprende de sus brazos, lo mira a los ojos, los ve serenos, confiables como siempre. ¿Es esa mirada tan franca la que le impelía a tantos renunciamentos o era simplemente amor?

Ladislao pasó junto a ella los días en que la fiebre la obligó a guardar cama. Envió al mulato Ventura a comunicar que sólo atendería en ese domicilio. Se mostró solícito, afectuoso, explicó la ausencia de Tránsito:

-Fue invitada por una familia de mi amistad, la hija mayor tiene su misma edad y me rogó que le permitiera acompañarla en la toma de hábitos a realizarse en estos días; llegará la semana entrante. Estoy creyendo que nuestra hija tiene fuertes inclinaciones espirituales, algo te adelanté en mi carta y me preocupa por ti, ¿o habrá que agradecer a Dios? Es mayor y deberá decidir sobre su destino.

"Quizás sea lo mejor, el amor a Dios no traiciona", se dice Andrea sin dejar de pensar en el dolor de otro hijo que se aleja.

La boda de Pepa se realizó en la fecha prevista. Tránsito había llegado la semana siguiente a la del político. Trajo según lo prometido el ajuar de la novia. Ante la vista de tan ricos obsequios olvidó desaires y rencores.

El encuentro de la viajera con la madre fue trascendental para ambas. Pocas palabras y actitudes de la joven bastaron para que Andrea comprendiera que tendría otro hijo para Dios.

"Hace mucho tiempo madre que me siento más cerca del Señor que del mundo. Teresita, que tomó los hábitos la semana pasada, terminó de convencerme. ¡Se la veía tan feliz! Tuvimos durante el viaje y nuestra permanencia en París, largas conversaciones con un sacerdote trapense, el padre Pierre. Me habló crudamente de la realidad de la vida que quiero emprender: renunciamentos, sacrificios sin límites. El supo despejar las pocas dudas que me quedaban. También me habló de las bondades de mi resolución. Compréndame madre, el llamado del Altísimo es claro y fuerte. ¡Deseo ardientemente ser misionera!

Las últimas palabras de la hija desataron en Andrea ecos venidos de tiempos sepultados en el lejano sur. Eran palabras perdidas en la oquedad de su mente. Solo sombras y las palabras de su madre revividas: "¡El misionero, pequeñas! ¡Llegó el misionero!" La voz le llega envuelta en el chirriar de la arena batida por el implacable viento del sur. "¡Si, era el tiempo el que traía los ecos! ¡Su hija misionera! ¿Qué es ese silbido que me taladra la cabeza? ¡Lo había escuchado antes!" Trata de recordar, no puede.

-¡Madre! ¿Le pasa algo? ¡Está tan pálida, no quise hacerla sufrir!

-Hija, asegure el postigón, es el viento el que trae los ecos y no quiero escucharlos. Su voz sonaba trémula, temerosa.

-¡Madre, tranquilícese por favor!.

Con los ojos vidriados por la fiebre, sin lágrimas, desgarrada, abrazó a su hija.

Reaccionaba por momentos. "Es lo mejor que puede sucederle hija, hablaré con su padre. ¿Cuándo nos abandonará? Espere algún tiempo, necesito ordenar mis ideas, tratar de..."

"Dos semanas duró el delirio de mamá. Tránsito se sentía culpable y no se separaba de su lado lo mismo que yo. Papá, con el ánimo alicaído hizo venir un médico de Buenos Aires para consulta."

-Algo está perturbando su espíritu señor, creo que la enfermedad es del alma. ¿Conoce usted algún motivo que pueda haber desencadenado esta situación? ¿Hay algún indicio que nos conduzca a conocer a qué se refiere cuando menciona ecos, silbidos? Si conociéramos la raíz de todo este desorden mental. Se llamó al sacerdote confesor de Andrea.

"Ella ha sufrido grandemente durante su ausencia Ladislao, pero es una creyente ferviente y no encuentro motivos reales para esta reacción. ¿Quizás culpas tardías por su situación?"

Ladislao se trasladó hasta la finca. Consideró necesario hablar con Ignacia, quizás ella.

Con las estrías del tiempo marcando el rostro cetrino, el cuerpo enjuto, bajó la hermana a la ciudad. Era la primera vez, quizás la última.

Llegó con él y la india "médica" que portaba en un atado de tela rústica, los elementos y yuyos que podía necesitar para la "curación". Había escuchado a Ladislao en total silencio, hierática; la expresión del rostro obligó al político a bajar la vista, pero el miedo al pasado le hizo zozobrar el corazón.

Allí estaba para tratar de ayudar a Andrea. Había pedido ayuda al espíritu de su padre Ramón, a sus dioses, sin olvidar la Virgen de los Dolores protectora de la familia.

Dio algunas órdenes al capataz e hizo llamar a la india que se había aislado en un rincón de la huerta junto al horno de pan desde su llegada.

No aceptó ninguna atención del dueño de casa. Desde la amplia cocina movilizó a cada una de las sobrinas, las interrogó largamente en el afán de descubrir cuál había sido la causa que provocó los síntomas. Se alarmó con el relato de su sobrina Tránsito y les prohibió hacer comentarios con el padre.

La india, desde un rincón, acucillada, prestaba atención con la cabeza alzada y los ojos cerrados.

Dos días permanecieron en la casa. En la habitación de la enferma, a pesar del buen tiempo, ardían las brasas en el bracerito de bronce. Sobre ellas una olla en donde burbujeaba el agua con variadas hiervas medicinales. Se le administraron variados brebajes en tanto la "médica", a solas, ponía de sí la fuerza de todos los conjuros al servicio de la curación.

"Son muy fuertes los influjos de los dioses de mi padre y están aquí, comentó acongojada la tía a sus sobrinas. Quizás le ha llegado la hora, quizás no, agregó con un sollozo seco, profundo. Solo queda esperar."

Felicita escuchaba incrédula, perturbada. Siempre se la había mantenido alejada de toda alusión al pasado y si bien sabía de su ascendencia india desconocía la existencia de otros dioses que no fuera el suyo. Intentó hacer preguntas. "No perturbes tu corazón hija, tienes tiempo para ahondar en tu pasado si más adelante sientes inclinación a ello," aconsejó la tía.

Andrea pudo superar la crisis. ¿Fue la conjunción de oraciones? Ladislao había encargado misas y oraciones al anciano sacerdote que los había bendecido años antes, a quién confió sus pesares.

Las hijas por su parte habían redoblado rosarios y promesas al Santo del Espino.

La ceremonia de la boda de Pepa se llevó a cabo en la casa de las afueras en la mayor intimidad. Se había improvisado el altar en una de las doradas consolas. El espejo, velado con tules y encajes. La novia estaba radiante en su sencillo vestido de gasa. La emoción embellecía el rostro de facciones fuerte en donde se destacaban los ojos muy oscuros y rasgados.

Ladislao, en impecable traje de ceremonia entregó a su hija al enamorado novio cuyos suspiros ensanchaban el pecho algo hundido.

Despertaba simpatía en la reducida concurrencia, la afabilidad de Andrea que se esforzaba en atender a los invitados tratando de superar su salud quebrantada. No se le apagaba la sonrisa en los labios descoloridos ni la palabra amable. Con Ladislao a su lado se esfumaban los miedos, la inseguridad. Cercana a la medianoche se retiraron la mayoría de los invitados quedando sólo los más íntimos reunidos en el patio, sin protocolo, en donde jugueteaba la brisa entre los jazmineros.

Ladislao buscó entonces su guitarra y la de Andrea.

¡Ahora empieza lo bueno, amigos! Pidió a su mujer que lo acompañara en el canto.

Felicita, atenta a la palidez de su madre se acercó a Ladislao y le rogó ser ella su compañera en el dúo. Interpretaron cuecas, zambas, valeses, entonados por la niña. Luego le tocó el turno a la tonada.

Dio comienzo el dueño de casa. Intercaló un cogollo con los ojos fijos en Andrea:

Señora Andrea que viva,
Dueña de mi corazón;
me ciegan sus ojos claros,
No esquite mi corazón.

Se encendieron las mejillas de la destinataria y tras un breve titubeo contestó con voz desmayada:

A usted Ladislao, que viva,
Nunca lo podré olvidar.
Por más lejos que se vaya,
En mi corazón estará.

Atronaron los aplausos. Abrazada a él dejó escapar lágrimas largamente contenidas. Con infinita ternura la acompañó hasta la habitación.

Las niñas fueron las encargadas de despedir parientes y últimos amigos.

La vida de Felicita transcurría entre estudios de violín y bordado (ya había recibido su título de maestra que obsequió a su madre), tertulias con amigas, bailes en el Club Social en donde también hacían su presentación orquestas venidas del exterior. Concurría acompañada por Beatriz y la tía Etelvina con la que mantenía por entonces una relación respetuosa, pero distante. Su real felicidad la constituía sus asiduas visitas a la madre.

En todos los acontecimientos sociales y artísticos brillaba la niña por su belleza y simpatía. Era distinguida por los jóvenes más solicitados de la ciudad y por aquellos que llegaban de la vecina ciudad de Mercedes o de Buenos Aires en ocasiones especiales.

Pero el corazón de Felicita ya había sido cautivado. Se habían conocido en las kermeses de Navidad promovida para recaudar fondos a fin de dar término al altar mayor de la iglesia matriz.

Era la encargada de uno de los tantos quioscos bellamente engalanados. El rostro juvenil, agraciado, emergía entre guía de flores naturales del color de sus ojos. La atracción había sido mutua. Intercambiaron algunas palabras entre la algarabía de las niñas que la acompañaban. Cautivantes miradas por parte del joven subyugaron y movilizaron su espíritu.

Federico era un joven de mediana altura, ojos pardos, mirada aguda. El fino bigote y la barba en punta me concedía aire romántico, distinguido. Flameante abogado recientemente venido de Córdoba.

Poco tiempo le bastó a Felicita para enterarse que el joven pertenecía a la línea política adversa al padre.

Si era arduo mantener relaciones sentimentales con un pretendiente que complaciera a la familia de la novia, se hacía quimérico en el caso de Felicita.

"¡La política, la política!" Se decía desolada. "¡Otra vez la política interfiriendo en mi dicha!".

Pocas oportunidades se les presentaban a los enamorados; ella, asomándose cada siesta al ventanal de la sala para intercambiar miradas y sonrisas cada vez que él, montado en un zaino de gran porte, pasaba una y otra vez por la calle polvorienta y solitaria a esa hora. Cada gesto de Federico bastaba para alterar el ritmo de su corazón y alargar las viglias.

Los domingos, a la salida de la misa de ocho, en tanto su madre conversaba en el atrio con señoras de su amistad, ella, con Pepa y el flamante esposo, se agregaban al grupo de jóvenes que encontraban en el lugar ocasión para hacer sociales. La cercanía del joven, un roce en la mano enguantada, ¡y a soñar!.

Escaso tiempo duró la tranquilidad de Felicita. Un atardecer sereno, caluroso, Andrea y Ladislao tomaban fresco a la sombra de la arboleda en los fondos de su hogar. Al acercarse con el mate que la jovencita gustaba cebar personalmente a sus padres, observó el rostro adusto del político y preocupación en el de la madre.

Recién cambio yerba tatita y le agregué una hojita de menta; ¿pasa algo madre? ¿Me retiro? Agregó titubeante ante el silencio de ambos.

-No hijita, su padre tiene que hablarle. Las manos fuertemente enlazadas sobre la falda daban la pauta del delicado momento.

Algo percibió su corazón enamorado y rogó al cielo que no fuera lo que presentía.

-Siento decirle niña que estoy muy disgustado con usted. Sabrá que tengo mis "bichadores" y por ellos me he enterado que anda en entendimientos con jese doctorcito! Y usted conoce, porque les he advertido, que no quiero noviazgos con adversarios y el es contrario declarado de nuestra causa, por lo tanto un peligro.

A medidas que avanzaban en la prevención, aumentaba el tono de la voz de tal modo que ambas mujeres lo miraban perplejas, asustadas.

-¡Y eso que no tengo el corazón corrompido y no digo lo que dicen esos bastardos: "¡Solo entren en casa del enemigo para venganza!"... ¡Caráfita niña, es usted una irresponsable!.

Dolida, aturdida, pidió permiso para retirarse. Estaba al borde del llanto y solo deseaba desaparecer.

-¡Aún no, niña, demás está decirle que ese asunto se acabó definitivamente; No me obligue a tomar medidas más severas!.

Le pareció a Felicita estar ante una escena de ficción. Jamás lo había visto tan descontrolado y menos aún dirigiéndose a ella, la hija mimada.

El padre, ahora de pie, se paseaba de un lado a otro. El rostro desencajado, los ademanes violentos. ¡Vaya con el pretendiente que ha elegido!.

La madre, empequeñecida en el sillón de mimbre parecía haber perdido el habla, el movimiento.

Lloró Felicita hasta agotar las lágrimas. La situación debía ser grave, pero no podía creer que Federico constituyera un peligro; ¡se amaban!.

Al día siguiente buscó hablar a solas con su madre. El rostro desencajado, muy pálida, solo atinó a responderle: "si su padre lo dice; todo se va arreglar, tiene que arreglarse por usted hijita, por todos; había desazón en la voz de Andrea, desazón y agobio.

En su larga meditación, desvelada, Felicita trata de encontrar explicación en alguna de las palabras del padre. "¿Se había referido a la situación que vivía su prima Casiana casada hacía un año con un conocido político de la oposición? Había escuchado comentarios de su tía Doralisa en reunión de amigas. La joven estaba reducida a la humillación de tener que habitar en una vetusta casa de la periferia sin servidumbre y en condiciones de necesidad que no condecía con la posición social y económica del esposo. La pobre Casiana es víctima de una venganza política, repetía con encono la tía; ¡Cómo puede haber personas tan desalmadas!" Apoyaban las demás.

"Hacía tiempo que no veía a su prima. Varios años mayor que ella, no habían tenido contacto asiduo, pero no, Federico no podía ser como los otros."

Días después ya en casa paterna y tras comprobar que el padre y la tía hacían la siesta, se asomó al ventanal del escritorio. Allí no entraba la servidumbre fuera de las horas de limpieza y menos aún la Tiberia, de la que sospechaba era la que la había delatado. Esperó con impaciencia hasta escuchar el golpeteo de los cascos del caballo zaino del joven. Con el corazón desacompasado intercambiaron miradas, él sonriente, ella con la tristeza estampada en el gesto y un tímido adiós que no supo si el joven habría interpretado. Su padre le había prohibido la concurrencia a la misa de ocho en Santo Domingo:

"¡A la iglesia matriz con su tía y a las once!" Había pontificado sin admitir réplica.

¡Hasta le restringió las visitas a la casa de las afueras!.

Se volvió retraída, melancólica, con permanente desasosiego.

El clima político estaba cargado de tensiones. La situación era por cierto conocida por Ladislao. Se hablaba de un levantamiento contra las autoridades constituidas. Permanecía en la provincia dispuesto a ayudar a los correligionarios en tan alarmante situación.

Nadie por esos días esperaba un movimiento de relevancia y tan salvaje como el que aconteció.

Se almorzaba en la casa del Gobernador en forma habitual. Estaban presentes acompañando al dueño de casa, su esposa, tres amigos entre los que se encontraba Ladislao con la hermana y su hija menor y la prima Casiana que había concurrido sola.

Se alegró Felicita aún cuando no comprendía lo desusado de su presencia en el lugar, sin el esposo. Bendijo la oportunidad que se le presentaba para hablarle, preguntar, conocer la realidad. Debía esperar que los hombres se retiraran a la sala para el café y la copita de oporto.

La realidad era que habían resuelto una reunión privada posterior al almuerzo, para intercambiar ideas y opiniones sobre el momento político.

Mediaba el almuerzo cuando se escuchó gran alboroto en el exterior: bombas de estruendo, tiros, gritos aún inaudibles. Los hombres se pusieron de pie dispuestos a conocer las causas del disturbio. Ladislao previó lo peor.

Súbitamente se abrió la puerta que daba al primer patio. Ventura avanzaba tambaleante, los ojos desorbitados, el rostro desencajado.

¡Una pueblada, patroncito! Alcanzó a balbucear antes de caer de bruces sobre el piso. Por la espalda, a través de un boquete sanguinolento, se iba la vida del fiel Ventura.

Ladislao se hizo cargo de la situación. La balacea continuaba apuntando hacia la casa. Era necesario salvar la vida del Gobernador, de las mujeres, de ellos mismos.

Guiados por el dueño de casa se parapetaron en un cuarto baulero.

Felicita, presa del pánico, percibía sin comprender la violencia en la voz del populacho. Palabras obscenas, insultos, llenaban ya el primer patio. "¡Están alcoholizados!" Advirtió el Gobernador.

Se escuchaban órdenes precisas. En la voz de uno de ellos reconoció la de él, enfervorizado, alentando al pueblo descontrolado "¡Brotaba odios de la boca amada!"

Sintió que trastabillaba, tuvo que apoyarse para no caer. Trató de ordenar los pensamientos que la paralizaban. Vio a su padre tomarse el hombro con gesto de dolor. La primera bala contra el cuarto había atravesado la puerta. El grito seco de Felicita pobló el espacio cerrado. Ladislao le hizo un gesto de que no se moviera. "¡Le dimos a alguien!" Exclamó triunfante una voz anónima.

Tía Doralisa apostrofaba contra los que quería terminar con ellos. "¿Quién quería eliminarlos? ¿Qué hechos tan graves habían cometido para provocar tanta ira? ¡Canallas! ¡Canallas!"

Los políticos, desarmados según costumbres deliberan en voz baja. Ante otra descarga contra la puerta habló en voz alta el Gobernador.

-¡Terminen con esta locura! ¡Aquí estoy! ¡Me rindo!

Se adelantó abriendo la puerta con las manos en alto. Fueron tomados brutalmente dejando a las mujeres espantadas sin saber que actitud tomar.

En el rincón más alejado la esposa del Gobernador rezaba en voz baja sosteniendo a la prima Casiana que había perdido el conocimiento.

-¡Canallas! Yo me encargaré de esto. Era la tía Doralisa, que saliendo del pavor, se dirigió resuelta hacia el exterior ya desierto.

-¡Cirilo! Llamó impetuosa.

Del segundo patio apareció con pasos inseguros y mesándose la cabeza el peón de la huerta. El miedo se le retrataba en el rostro. "¿Quién pudo querer hacer daño al patroncito?" Meditaba sin entender.

-¡Me acompañas o voy sola! Pronunció la tía Doralisa ante el intento del hombre de detenerla.

Se perdieron calle arriba. Tiros perdidos quebraban el silencio.

CAPITULO OCTAVO.

1 914. nuevamente el paisaje familiar, la sólida tierra bajo sus pies y arriba el cielo tan azul, sin pliegues de nubes enturbiándolo; la tenue transparencia del aire, silbidos y trinos de los pájaros que enmudecen y levantan vuelo a su paso; rumores de la actividad campesina.

"¡Todo está igual!"

En ensoñación sublimada vuelve a un mundo de fantasías y sueños: pero ¡tan hermosos! El dulce aroma del hinojo, las flores azules de la alfalfa, la fragancia de la flor del aire adherida a una rama seca de un árbol vetusto; sólo un capullo capaz de concentrar tan increíble belleza. Vida y muerte en extraño contraste.

"¡Necesitaba tanto de todo esto! ¡Es tan difícil la nueva etapa que me toca transitar!"

"Ricardo duerme profundamente y he querido aprovechar el momento para gozar de este anuncio de primavera en el amanecer. ¡He recorrido tantos lugares y sin embargo en ninguno he logrado captar estos matices, estos signos invisibles que se me incrustan en el cuerpo y en el espíritu. Sólo quien los ha vivido desde el nacer a la vida puede percibirlo ¡Mis raíces!"

"Juntos elegimos este lugar del que tanto le he hablado. Conversamos largamente desde que recibió la citación de la Embajada. Con su paciencia infinita y su madurez espiritual me ha devuelto en algo el sosiego. Me ha asegurado que debo confiar en él, que nada sucede porque sí, que aquí tendré tiempo y tranquilidad para indagar en mi interior, que en contacto con la naturaleza y las cosas simples de la vida volveré a encontrar mi verdadera esencia de la que me alejé por circunstancias no queridas. ¡Necesito llegar a la paz interior perdida!"

"¡Cuánto tiempo ha pasado ya! Nos recibió una tía Ignacia con los años marcados en el rostro; los altos pómulos más pronunciados, la nariz emergiendo con fuerza de su rostro ahora empequeñecido, el cuerpo enjuto, pero la misma mirada inquisidora. ¡Cuánta culpa sentí de haberla abandonado por tanto tiempo!"

"Nos habló con saber antiguo, pareció ignorar la larga ausencia y nos abrió los brazos y el corazón."

"Ha introducido en la casa los progresos esenciales para una vida más confortable, pero conservado lo que le da carácter de casona de otro siglo. Con la ayuda de un rústico bastón nos ha llevado de aquí para allá descubriéndonos cada nuevo rincón: un esquinero de madera bellamente tallado, obra de un peón del lugar, donde se destaca la imagen de la Virgen de los Dolores con nuevos vestidos bordados y confeccionados por ella misma. Bellas cintas indias forman parte de los adornos que engalanan el espacio religioso ¿Serán las mismas que se guardaban tan celosamente en la petaca de cuero ahora ubicada junto al esquinero? Ponderé la belleza del arreglo sin otro comentario. Ricardo desconoce aún algunos antecedentes familiares".

"¡Cuánto me falta aún para ese reencuentro que me es tan necesario!"

"Nuevamente en el exterior nos señaló, no muy alejada del lugar, cuatro edificaciones."

"Tuve que deshacerme de algunas tierras, tu sabes: impuestos, derecho de riego, y había que pagar deudas. La silencié con un abrazo."

"Vi corretear niños en alegre despreocupación. Quizás me decida en este paréntesis de mi vida a enseñarles a leer y escribir. Siento que debo ser útil y esa será una bella tarea."

"Milagrosamente me siento más serena bajo el centenario aguaribay de tiempos felices, inocentes. De las raíces que surgen de la tierra como lomos de encantados dragones, nacen airosos incipientes brotes; la vida debe seguir, parece decirme y lo bendigo. El tronco sigue abrazado por campanillas azules, rosadas, a más altura ahora como buscando cielo y libertad; ¡y la acequia con su bordura de plantas aromadas! El aire atrapa el perfume que se vuelca en el ambiente saturado."

"Ecos lejanos me acercan voces, risas, confidencias, lágrimas. Vuelve a mi memoria en forma solapada el recuerdo de aquella carta en la que mi padre pretendía comprensión para lo que era inadmisibile a nuestros corazones. ¡Qué daño me causó siendo mayor comprender la diferencia abismal entre "mi mujer", como papá llamaba a mamá y "mi esposa que solía escuchar en la casa grande."

"Fue siempre un mínimo consuelo observar el amor que se profesaban, la ternura con que la acompañó hasta su muerte lenta que estoy segura tuvo inicio en aquella carta. ¡Cuánto resentimiento hacia él abrigó mi corazón; dolor tenso, íntimo!"

Repentinamente una nube oscura, amenazante, cubre el sol. La fatiga la abate. Las sombras están afuera y dentro de su corazón.

"Ya sin mamá, mi hermana Tránsito ingresó a la orden religiosa que la llevó por lejanos caminos tras cumplir con su vocación de entrega. De tanto en tanto recibimos sus noticias siempre optimistas. Pepa vive abocada a la rutina de un hogar con cuatro hijos, sin metas más amplias. Yo volqué en mi padre la devoción que me despertaba ese hombre vencido por los largos meses de enfermedad y muerte de su mujer. El tiempo le devolvió la fuerza y el espíritu para volver a su verdadera vocación: la política que yo rechazaba en silencio."

"¿Por qué en este momento vuelve a mí tu recuerdo, Federico? ¿tuviste alguna vez conciencia del daño que me causaste?. Aquí mismo desaté mi dolor hasta la hartura. Y llegó el momento en que ese dolor se diluyó en melancólico desprecio."

"Por resolución de papá permanecemos aquí por seguridad, durante varios meses. Observábamos con preocupación como se deterioraba la salud de mi

madre a tal punto que fue necesario trasladarla a la ciudad. Muchos meses duró la agonía. Su fallecimiento nos sumió en el desconcierto y en una soledad interior de la que fue difícil sustraerse."

"Guardamos el primer año de luto riguroso en este soledoso rincón."

"La compañía de tía Ignacia contribuyó ampliamente en nuestra recuperación y la de ella. La riqueza de su conversación en la que alternaba consejos con relatos de antiguos recuerdos, templó mi corazón para seguir viviendo con relativo sosiego en el alma."

"De vuelta a la ciudad papá me comunicó sus deseos de que nos trasladáramos a Buenos Aires. Tía Doralisa para mi contento, no viajaría por razones de salud."

"No me resultó fácil acomodarme a las nuevas circunstancias sumergida en la estridencia de nuestra capital con sorprendentes adelantos, con tanto movimiento e intranquilidad social."

"Papá me confió a la tutela de una entrañable amiga – de muchos años – me dijo. ¿Había algo más? Deseché el pensamiento, no quise insistir en reflexiones que podían dañarme. Papá era libre, pero mi corazón se negaba a aceptar..."

"Debí reconocer que Susana era una mujer maravillosa con inmenso caudal interior."

"Llevaba su soltería con jovialidad y discreción. Alternaba los días entre actos sociales y gente de la cultura. La acompañaba en cada ocasión y para mi placer, me sentía admirada, mimada. No obstante la melancolía se hacía presente cada tanto, sobre todo cuando en los fines de semana nos trasladábamos a su propiedad en las afueras de la ciudad. Ante la vista de los amaneceres agrisados por la persistente niebla, la monótona infinitud de la pampa, la ausencia de pájaros que anidaban en la lejanía, añoraba dolido a mi tierra. Me sentía entonces vacía, sin poder entender el verdadero motivo. ¿Era quizás la falta de amor? Me había negado sistemáticamente a él. La herida se negaba a cerrar."

Fueron tres años de intensa actividad social: veraneos en la selecta playa de Mar del Plata en donde las mujeres parecían perder el recato mostrando brazos y pantorrillas desnudas, (¡cuánto me costó habituarme!), tertulias culturales en donde tuve oportunidad de conocer gente de espíritu libre, incipientes escritores, algunos de fama.

"¡Que algarabía ante el anuncio de la llegada de Rubén Darío, celebrado escritor. Había leído sus poemas y alentaba la misma expectativa."

La timidez me impidió integrarme plenamente. ¡como envidié la desenvoltura de Susana y de una joven poetisa de nombre Alfonsina, pero ¡cuánto gocé al escucharlo decir sus poemas, contar sus sueños! ¡que galanura, cuanta vida!".

"Por entonces hasta incursioné en la pintura. Solo fueron fuegos fatuos que se apagaron al poco tiempo."

"Una de las experiencias más impactantes fue la primera visita al Teatro Colón. Se dice que es uno de los más bellos del mundo. Allí mis ojos, mis oídos y mi espíritu se colmaron de satisfacción: la belleza arquitectónica, el lujo y buen gusto de cada detalle, los dorados por doquier. Gocé de los espectáculos de ópera y ballet de la mano de la elegancia, la vanidad. Cuánto me enriquecí pudiendo aislar lo superfluo de lo valorable."

"¡Y aquella aventura acompañada por Susana para que conociera un mundo nuevo para mí! El sector de la ciudad en donde se agrupaban las tiendas, un verdadero territorio destinado a la venta de infinidad de telas y accesorios para el vestir elegante; sus puertas sin vidrieras desde donde se extendían rollos de Tipe Inglés, lanas de Manchester, ligeros voiles, muselinas, gasas, terciopelos, acomodados sobre las paredes de la calle que permitía apreciar la calidad de los mismos sin penetrar en el local. Vi desfilar elegantes mujeres, señores displicentes, regatear con los formales vendedores. Luego sería enviada la compra a sus domicilios. Brillante espectáculo de comercio manejado desde la calle."

"Hasta llegué a gozar de un viaje en el Palace-Car del Tranway Eléctrico. Fuimos, el alborozado grupo de excursionistas, todos amigos y conocidos, hasta La Floresta. El día era propicio para disfrutar de sana alegría y atención de los jóvenes que nos acompañaban. Estrenaba ese día una blusa y falda de hilo hasta el tobillo y por primera vez sin corsé, la nueva moda, ¡qué libre me sentí desde aquel día!"

"¡Y la lectura!", La biblioteca de Susana rebasaba de libros de autores clásicos y de la nueva generación; ¡Cuánto deleite! Me prometí entonces y lo he cumplido; enriquecer la biblioteca de tía Ignacia que a pesar de los años, con alguna dificultad, continúa con la afición a la lectura."

En la amplia quietud con el rumor de la brisa inquietando las hojas de los árboles, ella aspira ese silencio como si fuese una fragancia. Se siente dueña de ese instante, de ese mundo que en el lejano Buenos Aires le parecía inalcanzable.

"No podría olvidar lo vivido en esos años. Los festejos del Centenario de vida independiente; los agasajos a las delegaciones del mundo entero; la llegada de la Infanta Isabel de Bordón representante de España; el desfile militar con la presencia de los marineros japoneses; la iluminación desbordante de los buques en el puerto dando a la noche fulgores de magia; el haberse trasladado a uno de los actos en reluciente automóvil gozando del vértigo de la velocidad, ¡casi veinte kilómetros por hora! (lo había adquirido Susana en un impulso feminista) y del que se desprendió poco después; Y por sobre todo no podría olvidarlo porque en aquel lugar se reencontró con el amor."

"Lo conocí en un entreacto de la ópera La Bohème en el salón dorado de nuestro gran coliseo. Se separó del grupo que integraba y se acercó a saludar a Susana que se encargó de las presentaciones: una amiga muy bella como verás, pronunció con voz y ojos picarescos. Un humilde estudioso del alma y algo de poeta, manifestó él con tono jovial y pronunciado acento extranjero besándome la mano enguantada. ¿Qué fue lo que desencadenó en mí el palpar desordenado de mi corazón? ¿Quizás la mirada con un dejo de tristeza en los ojos intensamente negros? Sin embargo había sonreído. ¿O quizás fue esa mano amplia, decidora, de largos dedos de artista que había aprisionado la mía con fuerza viril? ¡Las manos!, Detalle que siempre admiré en los hombres, y en él tuvieron especial sugestión al punto que en aquel breve contacto logró encender en mi cuerpo una extraña sensación placentera, turbadora."

"No hubo dudas de que la atracción fue mutua y ante el rotundo ¡no! de papá con el agregado de: no quiero gringos en la familia, nos propusimos luchar por esa relación nacida con presagios de dicha".

"Habíamos encomendado a Susana que le informara de la incipiente relación. No tardó en comentar el resultado de la entrevista: no te aflijas

Felicita, es un excelente partido. Ya domaremos a ese viejo terco". Había sentenciado con alegre confianza.

"Nos veíamos a menudo en casa de mi amiga. Hablábamos largamente de la vida, de nuestras soledades (él había enviudado a poco de casarse), de mis sentimientos confusos. Le confié todos... casi todos mis interrogantes, mis indecisiones."

"¡Era tan sabio en el decir! ¡Y sus poemas en donde el amor era profundo abismo de gozo y el sol una traición a la tristeza!. De mí, decía que era refulgente nube surgida de una nada plena de promesas".

"Nos fuimos conociendo, descubriendo, hasta sentirnos fuertemente ligados por el mismo sentimiento de ternura y pasión contenida, de apremiante necesidad de una intimidad total."

"Nos presentamos ante papá con la resolución tomada: queríamos casarnos: yo, firmemente decidida; él plantado en su resolución.

La ceremonia según nuestro común acuerdo debía ser sencilla con asistencia de las más cercana amistades. Papá aceptó ante lo inevitable. Hasta llegó a demostrar complacencia para con Ricardo cuando con el trato pudo apreciar su honorabilidad."

"¡Felicita, Felicita!, Tenaz como tu tía Ignacia y terca también" murmuró Ladislao cuando los contempló tan fuertemente unidos.

"Sólo seis meses duró nuestra dicha. El gozo de conocer la plenitud del amor, el secreto de íntimas caricias, la trascendencia del compañerismo, de la comunión de ideales, de sueños, de pequeños sueños con los que sabíamos lograríamos la felicidad."

"¡Como podré olvidar aquella mañana cuando inusitadamente temprano el aldabonazo de la puerta de calle trajo la desventura en tan pocas palabras.

La escueta nota de la embajada de su país: "declarada la guerra debe presentarse para su incorporación al ejército", marcó el comienzo de quizás, el fin de una quimera.

"Nos hemos dado quince días de la paz que nos proporciona El Portezuelo. No iré al puerto a despedirlo; yo quedo con una nueva vida en mis entrañas, él con mi promesa de amarlo, de esperar su regreso con el hijo en brazos. Le escribiré semana a semana; quizás las leerá en una lejana trinchera. Guardaré las tuyas día a día."

Fundidos en apasionado y torturante abrazo en la entrada de la finca, se dieron el último adiós. Le prometió ser fuerte, trató de alejar de la mente la idea de que podía ser la última vez.

El coche se perdió entre la polvareda que se levantaba con la persistente ventisca. El cielo encapotado parecía acompañar el estado de ánimo de Felicita. Siguió mirando la nada inmóvil, negándose a dar la espalda al horizonte que alejaba a su esposo.

De pronto el leve aleteo en el vientre... "¡Hijo! te has hecho presente ahora que tanto te necesito, serás el lazo vivo que me una a tu padre"

Emprende el regreso. Presiente que en la vieja casona la espera será más llevadera.

¡Esperar! ¡Esperar!. Misteriosa constante en la familia.

Los rayos del sol han abierto una brecha entre la nublação que corre al ritmo del viento. La saludan con desborde de trinos, los pájaros desde la arboleda.

Como un torbellino vuelven a ella las últimas palabras de Ricardo.

"La vida es una sucesión de instantes Felicita, y todo mi ser me dice que muchos de ellos nos verán unidos. ¡La fe hace milagros!"

Camina lentamente en tanto desdobra la hoja de papel que Ricardo ha depositado momentos antes en sus manos. Se acerca a uno de los álamos que orillean el sendero de entrada. Sin fuerzas se desliza sobre el tronco hasta sentir la tierra bajo su cuerpo. Vacila ante el temor de que sea una despedida sin retorno. Permanece inmóvil, las manos sobre el vientre.

De pronto un nuevo aleteo en su vientre la moviliza, extiende el papel, el temblor de las manos le impide leer en un primer intento. La voz secreta la decide al fin.

Felicita

He de volver a tu universo,
A la tierra vital que te cobija
Para elevarme y caer en los abismos
De tu cuerpo de lluvia.
En los secretos de la noche,
En el sol trepando la mañana,
En el tiempo sideral de los relojes
Hasta que brote la raíz, en mieses,
De girasoles eternos.

"¡Dios! ¡Debí presentirlo! No es una despedida, es la más bella promesa de retorno."

La tía Ignacia observa con preocupación emocionada la figura encogida, el mentón sobre las rodillas, los brazos protegiendo su vientre. La memoria la ubica en otro tiempo, en otro lejano lugar. En su sobrina se repite la imagen de las mujeres en actitud de descanso de la que fuera su gente.

"Muchos dioses te protegen mi niña", se dice dirigiendo la mirada hacia las lejanas montañas del oeste que en el recuerdo, desde una piedra de la sierra, se divisaban azules.

*** FIN ***